Rafael De Castro

La Cuestion Mexicana

LA CUESTION MEXICANA

Ó

ESPOSICION

DE LAS

CAUSAS QUE HACIAN INDISPENSABLES LA INTERVENCION EUROPEA
Y EL RESTABLECIMIENTO DE LA MONARQUIA EN MÉXICO

COMO

UNICOS MEDIOS DE SALVAR LA NACIONALIDAD Y LA INDEPENDENCIA DEL PAIS,

POR

D. J. RAFAEL DE CASTRO

HISTORIÓGRAFO DEL IMPERIO MEXICANO.

ABRIL—1864

MÉXICO
IMPRENTA DE J. M. ANDRADE Y F. ESCALANTE
CALLE DE TIBURCIO NUMERO 19
1864

AL EXMO. SEÑOR

PRESIDENTE DE LA REGENCIA DEL IMPERIO MEXICANO,

GENERAL

D. JUAN NEPOMUCENO ALMONTE.

SEÑOR:

En la historia de las grandes épocas de cada nacion, siempre hay un hombre destinado por la Providencia para que en él se personifique el acontecimiento que tiene mision de representar.

Esa grande época, en nuestra historia, es una mudanza radical de instituciones, es el cambio difícil de un gobierno anárquico por un gobierno de órden, de una república turbulenta y borrascosa por una monarquía constitucional, bajo la égida de un príncipe que tiene por divisa *la equidad en la justicia*, y que reune todas las condiciones necesarias para ser el fundador de un grande imperio.

Y ese hombre que la Providencia colocara en nuestro camino para salvar á la patria de una ruina segura, es el hijo de un héroe de nuestra independencia, es el general Almonte.

Pero el que tiene que cumplir con una mision providencial en la tierra, debe estar dotado de facultades estraordinarias de abnegacion y de sufrimiento, porque no de otro modo se pueden arrostrar las amarguras y los sinsabores de que ha sido V. E. víctima, las calumnias y las injusticias de que ha sido V. E. blanco.

¿A quién, pues, sino al hombre de fe, al hombre de conviccion íntima y profunda en la bondad de la causa que sostiene con imperturbable constancia, debiera yo dedicar este pequeño trabajo?

Sírvase V. E. admitirle, que si logro yo así desvanecer los errores que hombres sin cordura ó mal aconsejados, han difundido con sus falsos informes sobre LA CUESTION MEXICANA, habré logrado mi objeto, y quedará satisfecha mi ambicion.

México, Abril de 1864.

J. Rafael de Castro.

Vous ne voulez pas la vérité!

MR. THIERS.

I.

Al leer la discusion que sobre los asuntos de México y con motivo de la contestacion al notabilísimo discurso del Emperador Napoleon III, tuvo lu gar en el cuerpo legislativo frances en los primeros dias del año, nos ha sorprendido en estremo ver la carencia absoluta de datos exactos que hay en Europa sobre las cosas de nuestro país, y por consiguiente la abundancia de errores que se advierte en todo lo que por allá se dice ó se escribe de México.

Deplorable es por cierto esta circunstancia, porque influye de una manera lastimosa en la conducta que por lo regular observan las potencias del otro lado del Atlántico en sus relaciones con los pueblos americanos.

Deseosos nosotros de fijar bien los hechos y de establecer las cosas en su verdadero estado, á fin de que se conozca la verdad en esta grave cuestion, tomamos hoy la pluma para esponer con imparcialidad las causas que han hecho indispensables la intervencion europea en México y el restablecimiento de la monarquía como únicos medios de salvar la nacionalidad y la independencia del país.

De paso refutarémos tambien las aserciones erróneas que no escasean en los discursos que pronunció la oposicion contra la previsora, audaz, inteligente y noble política de Napoleon III en América.

La esposicion sencilla de los hechos no ofrece dificultad mayor.

La refutacion fuera árdua, cuando no atrevida empresa, si solo se tomaran en consideracion la grandeza de los oradores de la oposicion en Francia y nuestra pequeñez; pero el ofuscamiento que produce el espíritu de partido hasta en las inteligencias mas preclaras, nos allana las dificultades, rebajándolas á nuestro nivel.

Haciendo á un lado los intereses bastardos que pueden haber influido en las determinaciones de ciertos individuos, fijarémos desde luego, en la pre-

sente cuestion, sus bases fundamentales, para sacar en seguida, como consecuencia que rectamente se deduce de esas premisas, la indispensable necesidad de la intervencion europea y del restablecimiento del imperio en México.

Ante todas cosas, comenzarémos por establecer que hay dos cuestiones muy distintas en ésta que se llama CUESTION MEXICANA: la una es la cuestion europea, y la otra, la cuestion americana.

Las dilucidarémos ambas para dar mayor claridad al asunto, y despues procederémos á refutar los principales errores que se advierten en los discursos pronunciados por la oposicion francesa sobre los asuntos de México

II.

La cuestion europea que se eslabona con la de América, es la del equilibrio de las grandes potencias del orbe. Desde Justo Lipse hasta nuestros dias, el sistema político de Europa no ha tenido otra basa; pero hoy el eje en que descansa ese equilibrio está desquiciado. El crecimiento sin igual de un pueblo en este hemisferio y el poder inmenso que ha revelado al mundo en la lucha gigantesca que le devora, han hecho abrir los ojos á las otras naciones que contemplan asombradas tantos recursos y tanta pujanza como los que ponen en juego en su guerra civil los anglo-americanos; recursos y pujanza que ni ellos mismos podian sospechar que tuvieran en tanto grado.

Hagamos una rápida reseña de su engrandecimiento.

En primer lugar debemos asentar este hecho, que la república de Washington, apartándose de las sanas doctrinas de sus sabios y prudentes fundadores, quiere estenderse, en una proporcion desmedida, á costa de sus vecinos mas débiles, pretendiendo así cumplir lo que allí llaman el destino manifiesto de la raza anglo-sajona en América.

Una contemplacion filosófica de los grandes acontecimientos humanos, nos enseña que por lo regular la caida de los gobiernos como el desquiciamiento y la ruina de los imperios mejor consolidados, tienen su orígen en el abuso del principio que les ha dado vida. Sin entrar ahora en la comprobacion de esta verdad, porque seria ocioso registrar la historia para demostrarla, sobre todo, cuando nadie puede ponerla en duda en su aplicacion á los Estados-Unidos, porque la misma guerra por la que están pasando en estos momentos es la mejor prueba de su exactitud, procederémos al exámen de la política que han seguido con relacion á su engrandecimiento ter-

ritorial, para hallar de este modo la clave que nos esplique sus antiguas pretensiones y sus nuevas necesidades.

Desde el dia 4 de Julio de 1776 los trece Estados que entonces se declararon independientes, han ido ensanchando sus conquistas hasta hoy. La historia de las agregaciones sucesivas de territorio en los Estados-Unidos ofrece un espectáculo muy singular, que caracteriza á ese nuevo pueblo, formado de la aglomeracion de individuos que de todas las partes del mundo han ido allí halagados por la esperanza de enriquecerse, predominando como tipo en el cual van á confundirse tantas nacionalidades distintas, el de la raza anglo-sajona, con sus instintos invasores y mercantiles, como si en la historia moderna la Providencia, que dirige los destinos de las sociedades humanas, quisiera presentarnos reunidos en un solo pueblo, los rasgos mas notables que distinguieron en la antigüedad á los penos y á los romanos.

El dia 30 de Abril de 1803, un ministro americano, aprovechándose de la situacion en que entonces se hallaba la Francia, acepta, sin facultades para ello, pero sin titubear, la oferta que le hace Napoleon I de ceder la Luisiana á los Estados-Unidos, por la suma de quince millones de pesos! Esta cesion tan barata como importante, debió sin duda despertar la codicia de los anglo-americanos é inspirarles el deseo de redondear su territorio, por la parte del Atlántico, con la adquisicion de las Floridas, que al fin obtuvieron por el tratado del 23 de Febrero de 1819, cuyo tratado se negó á ratificar Fernando VII en Agosto de dicho año, pero que sancionaron las Cortes el 22 de Febrero de 1821, y se llevó al cabo el 7 de Julio siguiente.

El 21 de Enero de 1823, en cuyo año se declaró por el congreso crímen de piratería el tráfico de negros, Mr. Clay presentó en la cámara de representantes una *resolucion*, por la cual los Estados-Unidos declaraban oponerse á una intervencion armada de la Europa para apoyar la reconquista de las colonias españolas.

He aquí, pues, los dos rasgos característicos de la política americana desde que comenzaron á figurar con cierta representacion en el equilibrio político del mundo cristiano: ensanchar su territorio, y oponerse á toda intervencion de Europa en América.

La primera parte de su plan político la han llevado al cabo hasta ahora con una felicidad que raya en fabulosa, pues habiendo comenzado su independencia con una estension de territorio que no pasaba del litoral ocupado por los trece Estados primitivos que formaban la Confederacion, hoy abarcan, merced á su fortuna y á las adquisiciones conseguidas por los tratados celebrados el 23 de Setiembre de 1783 con Inglaterra, el 30 de Abril de 1803 con Francia, el 23 de Febrero de 1819 con España, el 2 de Febrero

de 1848 y el 30 de Diciembre 1853 con México, una superficie que se aproxima mucho en estension á la que comprende la Europa entera.

En efecto, segun el mensaje presentado al congreso americano por el presidente en 1848, despues de la guerra con México, la república de los Estados-Unidos tenia entonces una estension territorial de 2,081.685,098 acres cuadrados, á los que deben agregarse las 23,210 leguas cuadradas que les cedimos por el tratado de la Mesilla. Segun el censo formado en dichos Estados-Unidos en 1860, y el "Anuario de la Economía Política y de la Estadística para 1863," la superficie de esa república es de 8.306,865 kilómetros cuadrados, siendo su poblacion la de 31.648,496 habitantes, entre los cuales se cuentan 3.999,853 esclavos; cuando la Europa solo tiene, segun el "Anuario Enciclopédico" para 1859–1860, 10.148,000 kilómetros cuadrados, con una poblacion de 273,820,000 habitantes.

Por manera que los anglo-americanos ambicionan todavía aumentar su territorio con las futuras adquisiciones que proyectan contra México y la grande Antilla, cuando tienen ya tierras por mas de las ocho décimas partes de la Europa entera, con solo una novena parte de su poblacion!

Esta codicia de tierras tiene una esplicacion natural en la doble organizacion que presentan los Estados-Unidos, la del trabajo libre en los Estados del Norte, y la del trabajo forzado con la esclavitud de los negros en los Estados del Sur.

Esta diferencia esencial en la economía interior de los Estados de la gran confederacion americana, ha causado la guerra terrible que se están haciendo los del Norte y los del Sur, pretendiendo los segundos constituirse en república separada é independiente de los primeros.

La prevision de este suceso, cuya probabilidad era cada vez mas visible con motivo del aumento estraordinario que segun los censos periódicos adquiria la esclavitud en los Estados del Sur, llegando ya, como acabamos de verlo, antes de que comenzara la guerra, á casi cuatro millones los infelices que gemian allí bajo el yugo férreo de tan bárbara institucion; nos demuestra hasta la evidencia porqué los hombres políticos de las márgenes del Missisipí han ambicionado siempre la adquisicion de nuevos territorios por la parte de nuestras fronteras. De ese modo, en efecto, estendian su importancia sobre un país mas dilatado, y á su vez esa importancia pesaba con mayor gravedad en la balanza de las determinaciones del gabinete y del congreso de Washington.

Pero la esclavitud es un cáncer roedor de voracidad insaciable que, á medida que se le da mas alimento, es mas terrible en sus exigencias. Y así es cómo se esplica porqué los Estados-Unidos, que en un principio no tenian

un palmo de tierra en las playas del Seno Mexicano, hoy que ocupan desde el cabo de Tancha, en la punta meridional de la Florida, hasta la desembocadura del Rio Bravo del Norte, una inmensa estension de costas, en las que mezclan sus lágrimas con las olas del Océano los infelices negros; hoy que poseen tantos flancos débiles en esas costas por donde pueden ser atacados con gran ventaja en una guerra estranjera, calculan que les es necesario todavía, para su propia conservacion, si no adquirir inmediatamente todas las demas tierras bañadas por las aguas del Golfo Mexicano, á lo menos dominar en él sin rival ni contradiccion.

La guerra civil actual en los Estados-Unidos ha de tener como resultado próximo la ereccion de los Estados del Sur en república separada é independiente, ó la dominacion completa de dichos Estados por los del Norte.

Si la resolucion de este problema, que se está debatiendo con tanto encarnizamiento en los campos de batalla, es favorable á los Estados del Norte, los abolicionistas se aprovecharán sin duda del triunfo para imponer la manumision en todos los Estados de esclavos. En este caso, un cambio tan radical en la economía interior de la gran república americana ejercerá una influencia incalculable en los otros países que todavía conservan la esclavitud en América, como son las colonias españolas y el imperio del Brasil.

Por lo que toca á México, debemos advertir que antes de estallar la guerra en los Estados-Unidos, la ambicion de estender su territorio á costa nuestra, estaba templada, pero no sofocada, en los Estados del Norte por el temor que en ellos predominaba de acrecentar el poder y la influencia de los Estados del Sur, que eran los que salian beneficiados directamente con este aumento territorial.

Si la influencia de los abolicionistas no fuere bastante para hacer decretar desde luego la emancipacion de todos los negros, y en esa situacion tuviesen los Estados-Unidos una guerra con la Gran Bretaña, por ejemplo, que ha dado la libertad en sus colonias de América á todos los esclavos que en ellas tenia, no hay duda que correrian gran peligro por la parte del Sur los anglo-americanos; porque á la Inglaterra le seria muy fácil desembarcar en ella muchos miles de negros que, hablando el mismo idioma que sus hermanos de color, esclavos todavía allí, y ofreciéndoles la libertad con armas para conquistarla, causarian una conflagracion general en esa parte del Sur. Este peligro no le desconocen los anglo-americanos, á pesar de la confianza que manifiestan en su superioridad incontestable sobre la raza africana; y el ejemplo de la severidad con que juzgaron y condenaron á John Brown, prueba superabundantemente la verdad del aserto que dejamos estampado.

Para apercibirse contra esta eventualidad y para conservar y fortalecer su influencia, los Estados del Sur han trabajado siempre sin descanso ni vagar por la adquisicion de la isla de Cuba y de nuevos territorios en México. En esta sed de adquisicion de tierras no les han ido en zaga los Estados del Norte, á pesar del temor y de la rivalidad que han sentido siempre respecto de los Estados del Sur, puesto que no han tenido empacho ni el presidente de los Estados-Unidos ni el último de los seudo-demócratas que abogan por la esclavitud de una parte del género humano, en suponer contra México los cargos mas infundados, los mas notoriamente falsos, ni en insistir en la compra de la isla de Cuba, á pesar de que la sola indicacion de este proyecto fué bastante para que en España recibiera el agente del gabinete de Washington un triste desengaño.

Si la guerra civil en los Estados-Unidos tiene por resultado la ereccion de la república de los Estados del Sur, la conservacion de la esclavitud en ella será una consecuencia natural de su separacion, y entonces los peligros que dejamos señalados en el supuesto de una guerra con la Gran Bretaña, serán tanto mayores para la nueva república cuanto mas reducido quede su poder. Esos peligros influirán en ella con mayor fuerza para hacerla ambicionar la adquisicion de la isla de Cuba, que por su posicion geográfica es un valladar de la mayor importancia, pues si los Estados del Sur llegasen á ser dueños de la reina de las Antillas, el ancho Seno Mexicano se convertiria en un gran lago de los Estados Confederados; cuyas dos entradas, la una por entre el cabo de Tancha y la punta de Hicacos en la isla de Cuba, y la otra por el estrecho formado entre el cabo de Catoche en Yucatan y el de San Antonio en dicha isla, se podrian cerrar con un crucero de pocos buques monitores, cegando así por esa parte, de una manera muy ventajosa para ellos, la fuente de los graves peligros que correrian en una invasion estranjera de la clase que dejamos indicada.

El conocimiento de las pretensiones de los Estados-Unidos y el riesgo con que siempre amenaza á las sociedades humanas el engrandecimiento desmedido de un pueblo, inspiraron á las potencias occidentales de Europa, hace algunos años, la idea de hacer entrar al gabinete de Washington en convenios por los cuales se garantizasen recíprocamente las partes contratantes la integridad de sus posesiones respectivas. El gobierno americano se negó á entrar en tales convenios, y las razones en que fundaba su negativa debieron despertar en Europa mayores temores que los que antes habia sobre las pretensiones ambiciosas de los anglo-americanos.

Esta divergencia de miras y de intereses entre los Estados-Unidos por una parte, y Francia, Inglaterra y España por otra, ha hecho pensar á algunos

hombres previsores en la posibilidad de una guerra de Occidente, parecida en sus causas y en sus tendencias á la de Oriente que con tanta gloria terminaron, con la toma de Sebastopol, los ejércitos aliados de las naciones europeas que comprendieron la necesidad de poner coto á las invasiones y al engrandecimiento de la Rusia.

Esta necesidad se hacia cada vez mas patente respecto de los Estados-Unidos, y á no ser por la guerra en que se hallan empeñados, ¿quién puede decir lo que seria hoy de nosotros?—De seguro que si los dejan en libertad de estenderse como lo ambicionan, crecerán hasta hacer que la tierra y su dominacion no tengan en América mas que un mismo término.

Empero, como el ensayo de una gran dominacion de pueblos concentrada en una sola autoridad, cual sucedió en Roma, no tuvo para la humanidad resultados felices, no alcanzamos de qué modo pudieran los anglo-americanos afianzar su poderío, estendiéndose tanto; pues mientras mas ensanche adquieran, mayores serán las dificultades que tengan para conservarse unidos y para defenderse de un enemigo estranjero. La historia del mundo nos enseña, con innumerables ejemplos, la facilidad con que los grandes conquistadores, sean pueblos ó reyes, destruyen la independencia política de otras naciones; pero tambien nos demuestra la dificultad que encuentran para conservar despues bajo su dominio las tierras que someten á su yugo. El genio de un gran capitan es suficiente sin duda para ganar batallas y para cambiar, si se quiere, en pocos años la faz de un continente; mas para dar consistencia y porvenir á su autoridad, se requieren otras dotes distintas que para conquistar. Así sucedió con Alejandro Magno, cuyo imperio colosal vemos desmembrado y disuelto á la muerte del héroe de Macedonia; así sucedió tambien con el grande Anníbal, que perdió sus conquistas en pocos años; y con César, que no recogió ningun fruto de sus victorias; y con los descendientes de Carlomagno, que no pudieron conservar el imperio de Occidente; y con los de Gengiskan, entre quienes se dividió el fundado por este célebre conquistador asiático; y con los de Tamerlan, que fué acaso el mayor conquistador del mundo, y cuyos inmensos dominios se repartieron entre sus muchos herederos; y con Carlos V que tuvo que dividir, antes de su muerte, sus distintas posesiones, en las que nunca se ponia el sol; y así sucedió por fin en nuestros dias con el gran Napoleon que en cada batalla ganaba un reino que agregaba á la auréola de sus conquistas, y cuya obra desapareció á su caida como por ensalmo.—¡No parece sino que la Providencia no consiente que se repita de nuevo una gran dominacion de pueblos!......

Pero mientras llega el desmembramiento, se pasa por la conquista, y los

males que con ella se sufren son incalculables; por cuya razon es menester apercibirse con tiempo contra las eventualidades. Cualquiera otro camino que se siga, conducirá infaliblemente al error, y en este particular cualquier error es grave, porque puede comprometer la paz y la felicidad de los pueblos y causar gran derramamiento de sangre humana.

III.

Colocado el imperio mexicano en medio de los mares, entre las dos estremidades, oriental y occidental, del antiguo mundo; bañadas sus costas por dos grandes océanos que facilitan sus comunicaciones con todos los pueblos de la tierra, y favorecido ademas por la naturaleza que con mano pródiga derramó sobre esta verdadera tierra de promision sus dones á porfía, pues á la vez que la dotó con todos los climas, la enriqueció con la facultad de producir cuantas cosas son necesarias á la vida y bienestar del hombre; y colocada tambien la isla de Cuba á la entrada del golfo de México, cual si fuera el centinela avanzado de una fuerte posicion estratégica, y dotado su suelo con una feracidad prodigiosa para la produccion de los frutos coloniales;—era muy natural que los vecinos Estados del Norte trataran de aprovechar la ocasion oportuna que se les presentara para dominar en este país y en la grande Antilla, á fin de imponer la ley en el Seno Mexicano y convertirle en un gran lago de su confederacion.

Pero tambien era natural que por su parte las potencias occidentales de Europa comprendieran los peligros que para su comercio y su industria acarrearia un incremento tan estraordinario en un pueblo inclinado por su misma prosperidad á las aventuras mas arriesgadas.

La pugna de estos grandes intereses y los conflictos que esa pugna puede originar, constituyen precisamente la cuestion americana.

De las potencias europeas, España es la que está mas directamente interesada en la cuestion, porque es la que corre mas peligros de perder sus colonias en esta parte del mundo.

Un acontecimiento desusado en la política ibérica y único en su género en la moderna historia de las naciones hispano-americanas, acaba de consumarse en estos últimos años. La pequeña república de Santo Domingo se ha incorporado en su antigua metrópoli, y esta anexion que, á pesar de los recientes disturbios de que es teatro esa isla, se llevará al cabo con el brío que se ha despertado de nuevo en los españoles con motivo de su feliz cam-

paña de Africa, nos sugiere varias observaciones que nos apresuramos á estampar aquí, por la trascendencia que semejante hecho puede tener en nuestras propias cosas y por el influjo que debe ejercer en Cuba y en Puerto-Rico, en un porvenir mas ó menos cercano, sobre la sustitucion del trabajo del hombre libre, en lugar del que hacen los esclavos; trabajo que se esplota hoy en una inmensa escala, tanto en los Estados-Unidos, como en el Brasil y en las espresadas colonias españolas.

La cuestion de la esclavitud, resuelta ya en principio hace tiempo de una manera favorable á la dignidad humana y que intereses poderosos oponen todavía obstáculos para que tan noble resolucion se aplique convenientemente en los pueblos que dejamos mencionados, pesa en la política de esos países, en términos de haber provocado la guerra civil actual en los Estados-Unidos, con grandes probabilidades de que, si no tiene por resultado la desmembracion inmediata de la Gran República Americana, tendrá el de allanar por lo menos las dificultades de la emancipacion de sus esclavos, bien que á costa de los mas crueles sacrificios.

Al decretar el gobierno español la reincorporacion de Santo Domingo en la monarquía de Isabel II, ha tenido esta reina que tributar un digno homenaje á la humanidad y á los progresos de la civilizacion, declarando que en su nueva colonia no se restablecerá la esclavitud.

Isabel I fué entre los monarcas de España quien primero consintió en que se trajeran de Africa negros esclavos á la América; y al cabo de tres centurias y media, Isabel II es la primera que, en el trono de Castilla, reconoce el principio, con el hecho consumado en Santo Domingo, de la emancipacion de esos mismos negros!

Esta coincidencia entre las dos Isabeles está realzada por esta otra mas digna de notarse todavía, cual es la de que en la isla de Santo Domingo fué donde primero importó España negros esclavos de Africa, y que en esa misma isla es donde primero ha tenido que reconocer España su libertad.

¿Pero este suceso podrá considerarse por el gobierno español como un hecho aislado, sin trascendencia ninguna en sus demas posesiones de América?

Mucho se engañarian los consejeros de Isabel II si tal cosa se imaginaron al inclinar su ánimo á aceptar la anexion de la parte española de la isla de Santo Domingo.

En efecto, consistiendo las otras posesiones de España en América, en las islas de Cuba y Puerto-Rico, esplotadas por negros esclavos, y hallándose la de Santo Domingo en medio de las dos y separada tan solo de ellas por pequeños freus que la ponen á muy corta distancia de la una y de la otra,

y en constante comunicacion con ambas, ¿cómo será posible pretender que los principios de libertad reconocidos en la una, no ejerzan ningun influjo en las otras dos?

Lo que se considere bueno y justo para Santo Domingo, no puede menos de considerarse justo y bueno tambien para Cuba y Puerto-Rico; y como quiera que el gobierno español no se halla en la situacion en que se encontraba el gobierno inglés cuando decretó la emancipacion de los negros en sus colonias de América, esto es, en aptitud de emancipar á los esclavos de Cuba y Puerto-Rico, pagando la debida indemnizacion á sus amos, tendrá que ponerse en cada disposicion que adopte, relativa á la administracion de Santo Domingo, en contradiccion manifiesta con las medidas que tome en el gobierno de sus otras colonias. El mal que de esto debe resultar, se puede disminuir considerablemente cambiando España de política en Cuba y Puerto-Rico; y para que ese cambio sea eficaz, es menester que tienda á satisfacer las legítimas aspiraciones que nacen de los progresos y adelantos á que han llegado los cubanos y portoriqueños.

No dudamos que si el gobierno español se deja guiar por la luz de la esperiencia, así lo hará; porque está en su interes hacerlo. Ademas, habiéndose establecido en la Península, desde hace algunos años, el sistema constitucional y con él todas las instituciones que le son consiguientes, si el gobierno español se desvia, en la administracion de sus colonias, de los sanos principios que en la madre patria recomienda, y sobre todo, si establece diferencias odiosas entre unas y otras, la contradiccion en que incurra hará muy precaria su situacion en ellas. Cuando esta contradiccion recae sobre los principios fundamentales del órden social, no es de creerse que el afianzamiento de las instituciones que rigen en esas colonias llegue á consolidarse nunca; porque no es propio del órden progresivo y natural de las sociedades humanas, que un gobierno se sostenga mucho tiempo en perenne oposicion con los mismos principios que en otras partes ha tenido que reconocer, y mas que reconocer, que sancionar por su bondad.

España tendrá, pues, que variar de política con Cuba y Puerto-Rico, si no quiere espōner estos preciosos florones de la corona de Castilla á las mas graves perturbaciones en su economía interior.

Al aceptar la emancipacion de la esclavitud en la isla de Santo Domingo, donde solo los negros se ocupan en la labranza de la tierra, reconoce tambien la posibilidad de esplotar por brazos libres las ricas posesiones de Cuba y Puerto-Rico, y esta posibilidad que se ha negado tenazmente por los partidarios de la esclavitud, convertida en un hecho, pulveriza en todas sus partes el grande argumento que los estadistas miopes de la política colonial

oponian siempre contra una emancipacion gradual y prudente de los esclavos, como si fuera posible la existencia perpetua de una sociedad humana, fundada en un órden de cosas del todo opuesto á la misma humanidad.

Si el trabajo por brazos esclavos fuera una necesidad indeclinable en ciertas comarcas de la tierra, seria entonces preciso admitir que la Divina Providencia habia condenado irremediablemente á los habitantes de esas comarcas, á no poder vivir sin la terrible institucion de la esclavitud; fallo cruel, inhumano é incompatible con la sabiduría infinita del Supremo Hacedor.

No hay duda que tanto en las colonias españolas, como en los Estados-Unidos y en el Brasil, el cambio del trabajo que hoy hacen los esclavos por el de hombres libres, combinando la manumision de aquellos con la importacion de estos, ha de causar en la economía interior de esos países trastornos mas ó menos graves, segun sea mayor ó menor la cordura con que se proceda en esta gran reforma; pero de esos trastornos no se deduce que deba rechazarse la medida, cuando su necesidad es cada vez mas apremiante.

Una falsa política de torpe equilibrio ha impulsado al gobierno colonial español á mantener en las colonias que le quedan en América el tráfico de esclavos, figurándose que mientras los blancos teman una sublevacion de los negros, no se atreverán á levantarse contra la madre patria. Ya pasó el tiempo de una política tan suspicaz y cautelosa, y el gobierno español se verá obligado, á consecuencia de los mismos incidentes que se vayan presentando, á tomar con oportunidad las medidas indispensables que las circunstancias requieran, para poner en armonía su nueva posicion en América, con la posibilidad de conservar sus colonias.

¿Y cuáles serán esas medidas?—La contestacion á esta pregunta envuelve precisamente la resolucion del gran problema que preocupa hoy á los hombres de Estado de la metrópoli y á los habitantes pacíficos de las colonias, que quieren llegar al goce de los derechos del ciudadano de todo país libre, sin pasar por los violentos sacudimientos que producen las revoluciones á mano armada, y que quieren tambien, por medio de reformas juiciosas y adecuadas á las circunstancias, que cada dia se aumente mas y mas en su patria el número de los individuos que deben participar de los grandes beneficios que trae consigo la civilizacion.

Cuando un país ha estado gobernado durante mucho tiempo por instituciones como las que rigen en las colonias españolas, al gobierno es á quien le toca tomar la iniciativa en las reformas que hacen necesarias las nuevas exigencias sociales. Pero si el gobierno, alucinado ó mal aconsejado, se abstiene de tomarla, creyendo engañado que puede seguir tranquilo por la senda que se ha trazado, sin variacion ninguna, cuando todo en su derredor cam-

bia, varía, se mueve, progresa y adelanta; ó si por temor de que una concesion le arrastre á otra y á otras que le sean consiguientes, se resiste á entrar por la via que una política mas ilustrada y mejor inspirada debiera señalarle; entonces ese gobierno corre peligro de caer en caduquez, y de que los pueblos cuyos destinos debiera dirigir, tomen por sí la demanda y hagan sin él lo que él no supo, no pudo ó no se atrevió á hacer.

Grande seria, pues, la ilusion de los estadistas de la península ibérica si persistieran en creer que lo que se han acostumbrado á considerar como sistema necesario en las colonias y especialmente en Cuba, puede durar mucho tiempo, cuando con el trascurso de los años y con los progresos sociales de la grande Antilla, han variado tanto las cosas y han crecido tanto las necesidades y las legítimas aspiraciones de sus habitantes.

No hay un verdadero hombre de Estado que ignore hoy que llega infaliblemente un dia en que el pueblo mas sumiso y obediente, sacude airado el molesto yugo de ciertas instituciones que, si en un principio pudieron ser adecuadas á las circunstancias que las inspiraron, con el tiempo caducan, y es indispensable reformarlas luego que dejan de estar en consonancia con el espíritu de la época, para evitar los sacudimientos que traeria consigo su violenta supresion.

Cuando nos alcanza ese dia sin que los estadistas encargados de dirigir los destinos del pueblo se penetren de la precision de cambiar de sistema, bien sea porque no comprendan los progresos sociales en todas sus tendencias, ó porque no descubran en ellos las nuevas necesidades que crean los adelantos de la civilizacion, ó porque estén obcecados con el influjo poderoso que en ciertas personas de rutina ejerce lo pasado sobre el presente; entonces los que piensan y preven, se afligen al contemplar que los esfuerzos de los hombres de corazon, de inteligencia y de buena voluntad, que desearian conciliar todos los intereses, y que en este sentido estarian mejor dispuestos que nadie á trabajar por el desenvolvimiento y consolidacion de un órden de cosas arreglado á las legítimas exigencias de la actualidad, se afligen, repetimos, al contemplar que esos esfuerzos tiendan á un fin del todo opuesto al que se propondrian bajo otras circunstancias. De aquí es que las mas veces sucede que esos hombres de corazon, de inteligencia y de buena voluntad, sin propósito deliberado, en lugar de propender al sostenimiento de lo que existe, ayudan por el contrario á su destruccion.

Los buenos españoles que piensan y preven, se afligen en verdad, porque no alcanzan cómo será posible, sin cambiar de sistema, fundar en sus colonias de América, fuera del círculo del ejército peninsular que en ellas mantiene la metrópoli, un elemento capaz de prestar al gobierno su ayuda in-

dependiente el dia de un conflicto. Y no se crea que es inútil esa ayuda, porque aun cuando todavía no se haya esperimentado la necesidad de ella, á nadie se le esconde que lo que constituye en realidad la fuerza positiva de un Estado, es ese elemento social, conjunto de voluntades independientes de la autoridad, cuya adhesion es el resultado de una deliberacion libre y no de una obediencia pasiva. Ese elemento es el único que puede comunicar al gobierno aquella fuerza moral que se difunde por todas las clases de la sociedad, que penetra en el alma de las instituciones, que todo lo anima y vigoriza, siendo tal su favorable eficacia, que une estrechamente al país entero con sus gobernantes, por una accion espontánea, hija de la comunidad de miras y de intereses.

Este y no otro es el secreto de la fuerza imponderable de algunos Estados. Los gobiernos que se colocan fuera de tales condiciones, no se sostienen sino en virtud de una tirantez continua de todos los resortes de la administracion; y como es moralmente imposible que semejante órden de cosas constituya una existencia normal, su duracion no puede ser muy larga.

En vista de la exactitud de estas consideraciones, es de esperar que la ilustrada España de nuestros dias no desperdiciará ninguna buena oportunidad de introducir en el gobierno de sus Antillas todas aquellas reformas aconsejadas por una política previsora, y cuya conveniencia ha demostrado ya de una manera indudable la sábia y concienzuda esperiencia de otras naciones.

A nosotros no nos toca entrar en este escrito en la esplanacion de cuáles deban ser esas reformas, pero sí apuntarémos, cuando lo requiera nuestro propósito, aquellas que nos parezcan esenciales á la conservacion de los grandes intereses que, en el órden natural de las cosas, deben estar mancomunados en esta grave cuestion de América.

IV.

Para una nacion industriosa y mercantil como es la Inglaterra, el problema de conservar la paz ó de mover guerras se resuelve por cifras. En la cuestion de Occidente ó de América, la Inglaterra pulsa dificultades de la mayor cuantía, que hasta ahora la han hecho cejar antes de comprometer un lance, siempre que ha podido hacerlo sin empañar mucho su honra; porque de una guerra con los Estados-Unidos, se seguiria indudablemente para ella la suspension de muchas empresas y especialmente de los trabajos en

sus fábricas de algodon, que casi esclusivamente reciben de los anglo-americanos las primeras materias que necesitan. El que conoce la estadística inglesa, sabe muy bien que una poblacion de muchos millones no tiene otro modo de vivir en el Reino-Unido de la Gran Bretaña é Irlanda, que el que encuentra en las industrias que se alimentan con el tráfico de los Estados-Unidos.

El temor que asaltaria al gobierno inglés de verse de repente con una poblacion enorme de proletarios sin trabajo y por consiguiente sin pan, en el momento que estallase la guerra con los Estados-Unidos, le ha obligado á ceder en cuantas cuestiones graves se han suscitado entre ambas naciones. Por esta causa la Inglaterra ha tenido que devorar en amargo silencio la soberbia de sus hijos, y no faltan ejemplos en la historia de ayer que confirmen este aserto.

En la cuestion de las pesquerías, cedió la Inglaterra.

En la cuestion de límites del Oregon, cedió la Inglaterra.

En la cuestion de la violenta espulsion del ministro de S. M. B. Sir John Crampton, y de sus principales cónsules en los Estados-Unidos, cuando la guerra de Crimea, cedió la Inglaterra.

En toda cuestion importante, por ruidosa y amenazadora que se haya presentado al principio, en estos últimos años, ha cedido pues la Inglaterra á las arrogantes pretensiones de los anglo-americanos!

¡Y no era para menos!

En efecto, acabamos de decir que para el gobierno inglés las cuestiones de paz ó de guerra se resuelven por cifras: veamos esas cifras.

Comencemos por el comercio de algodon que tienen la Inglaterra y los demas países industriales con los anglo-americanos, pues este artículo merece la preferencia por su importancia.

Para proceder con exactitud, tomaremos nuestros datos del último censo oficial formado en 1860, en los Estados-Unidos.

Segun estos datos, produjeron dichos Estados en los años fiscales que abajo se espresan, las pacas siguientes:

	Años de 1857-58	De 1858-59	De 1859-60
Pacas....	3.184.047	3.949.054	4.746.216

La paca tiene, por término medio, 200 kilógramos.

Los años fiscales se cuentan desde el 1º de Julio hasta el 30 de Junio del año siguiente.

De estas pacas se esportaron para el estranjero y se destinaron para el consumo del país, en los mismos años fiscales, las siguientes:

	En 1857-58	En 1858-59	En 1859-60
Para Inglaterra.........	1.809.696	2.019.252	2.669.432
„ el consumo interior..	593.862	927.651	972.043
„ Francia.............	384.002	450.696	589.587
„ el Norte de Europa.	215.145	330.012	295.072
„ otros países........	181.342	221.443	220.082
Produccion total........	3.184.047	3.949.054	4.746.216

Segun estos datos, los ingleses ocupan el primer lugar en el consumo del algodon que producen los Estados-Unidos; los mismos anglo-americanos, el segundo, y los franceses el tercero.

En el consumo inglés los países que producen algodon entran en la proporcion siguiente:

Los Estados-Unidos, por............	84 ½	por 100
Las Indias Orientales, por............	11	id.
El Egipto, por......................	2 ½	id.
El Brasil, por......................	2	id.
En junto....	100	

El consumo que se hizo en las fábricas de los Estados-Unidos durante los años espresados, indica el incremento que en ellos tomaba, antes de la guerra, la industria algodonera, incremento que no podia menos de guardar armonía con el desarrollo de la prosperidad general de esa nacion privilegiada.

En efecto, el valor total de los productos de la industria anglo-americana en 1850, segun el censo de ese año, fué de 1.019 millones de pesos, mientras que en 1860 pasó de 1.900 millones; de suerte que tuvo un aumento de 86 ½ por 100 en diez años!

En estas cifras figura la industria algodonera por mas de 100 millones de pesos en 1860, en lugar de 65 ½ millones á que llegó en 1850; es decir, que tuvo un aumento de 52 ⅔ por 100 en la década citada; pero en el consumo del algodon que tuvieron los Estados-Unidos en los tres últimos años de ella, se advierte un aumento de 63 ⅔ por 100.

Veamos ahora cuánto importó el comercio general de los anglo-americanos con los ingleses en el año fiscal de 1859-60.

	ESPORTACION.	IMPORTACION.
Con la Gran Bretaña y sus posesiones en Europa.	$ 203.436.259	$ 138.698.448
Con sus posesiones en Africa................	22.706.328	23.851.381
Idem idem en las Indias Occidentales y en Africa.............	7.384.583	4.602.614
Idem idem en la Australia..........	4.119.287	128.800
Idem idem en las Indias Orientales...	1.240.650	10.692.342
Comercio total......	$ 238.887.107	$ 177.973.585

La importancia, pues, del comercio de importacion y de esportacion entre la Inglaterra y los Estados-Unidos fué, en 1859-60, de $ 416.860.692.

En vista de tan estupenda cantidad, ¿cómo es posible que la Inglaterra no cíe, en toda cuestion con los Estados-Unidos, al momento que vea que su insistencia puede dar por resultado la guerra, y con esta la interrupcion del comercio de entrambas naciones?....

Pudiera decirse que los Estados-Unidos tienen el mismo interés en conservar la paz que Inglaterra, por ser recíproca la utilidad que ambos países sacan de sus mutuas transacciones; pero este reparo, en la apariencia exacto, no lo es en la realidad; porque los ingleses necesitan estar bien con los anglo-americanos para poder vivir, sin padecer hambres y miserias, en proporcion de la gente que se alimenta de su comercio con los Estados-Unidos; mientras que estos muy bien pueden pasarse sin el comercio inglés, por la facilidad de trabajar de cualquier otro modo que tienen sus habitantes, facilidad debida á la riqueza natural del país y á la inmensidad de su territorio.

De aquí resulta que la Inglaterra guarda, industrial y mercantilmente hablando, una condicion de tributaria respecto de los Estados-Unidos. Tanto esta condicion, que es tambien comun á los demas países con quienes trafican en cierta estension los Estados-Unidos, como la guerra civil que asuela hace tres años la region de esos Estados donde se cosecha el algodon, han hecho meditar muy seriamente á los hombres pensadores del antiguo como del nuevo mundo, en la necesidad de buscar en otras comarcas terrenos á propósito para la siembra de esa preciosa planta, que seria hoy una de las fuentes de prosperidad mas grande para la agricultura, la industria y el comercio del país que llegara á cultivarla en escala mayor.

Los millones de brazos que se dedican á la siembra del algodon, los mi-

llones de brazos que se emplean en las fábricas donde se teje y los millones de brazos que se ocupan en la conduccion y trasporte de esta mercancía, ora sea en su estado de primera materia, ora hilada ó convertida en tela, componen en los países que consumen algodon, una gran parte de su poblacion industriosa y trabajadora.

Y si consideramos que casi todo el algodon que se consume en Europa y en América, se produce en los Estados-Unidos, ¿no es muy natural la consecuencia de que se paralicen los trabajos en las fábricas y en el campo, así como las operaciones mercantiles que tienen por objeto el algodon, con el hecho de estallar una guerra en los Estados-Unidos?

¿Y porqué ha de ser el mundo comercial y fabril tributario de una sola nacion en un punto tan importante como este?

La dolorosa esperiencia que hace tres años aflige á las clases proletarias que viven de la industria algodonera en el mundo, debe abrir los ojos á los gobiernos ilustrados de las naciones que en primer término figuran por su industria y su comercio en el gran cuadro de la actividad humana. Estas naciones son la Inglaterra y la Francia, y principalmente la primera, porque es la que ocupa el puesto preferente en ese cuadro como nacion industriosa y mercantil.

Inspiradas de los mejores deseos y de sus intereses mas caros, esas dos naciones han hecho ensayos costosos en Africa y Asia para cultivar el algodon, con el fin de verse libres de la presion moral que por los motivos ya espresados ejercen los Estados-Unidos sobre los pueblos que fomentan en grande este ramo de su comercio y de su industria; pero por causas que seria ocioso referir ahora, esos ensayos no han correspondido ni á las esperanzas que de ellos se concibieran, ni á los sacrificios que han costado. El algodon producido de esta manera no acudia ni en calidad, ni en cantidad, ni en baratura como el cosechado en los Estados-Unidos.

El recelo que tienen las grandes potencias europeas de mezclarse en los asuntos de América, á causa del temor que inspiran los Estados-Unidos por las consecuencias que traeria para una nacion comercial y fabril una guerra con ellos, ha sido el motivo por el que se han emprendido esos infructuosos ensayos en países que carecen de las condiciones necesarias para que tengan buenos resultados. Hoy que se ofrece una oportunidad de acabar con ese temor, si es que la Europa sabe aprovechar la guerra que debilita y amansa al pueblo anglo-americano, seria conveniente pensar en la América latina para sembrar en grande escala el algodon. En México hay una inmensa estension de territorio donde con muy poco costo se puede cultivar de una calidad correspondiente á la de mayor consumo, que es la conocida con el nombre de

middling fair, en Nueva Orleans, sin que por esto se entienda que no se produce de mejor clase. Entre los terrenos mas propios para el cultivo de esta planta, se presenta en primer término, el de toda la península de Yucatan, en donde, por circunstancias locales, se consiguen brazos muy baratos para la labranza de la tierra, pudiendo nosotros asegurar, sin temor de ser desmentidos, que ni en los mismos Estados-Unidos se produce el *middling fair* á un precio tan bajo como en Yucatan. La produccion en este procurrente se puede ensanchar hasta donde se quiera, sin riesgo ninguno de pérdida para los capitales que se inviertan en la especulacion, porque allí no se ha dado nunca el caso de que la intemperie de las estaciones venga á frustrar las esperanzas del labrador, como sucede con harta frecuencia en los Estados-Unidos.

Tan feraz es la tierra en Yucatan, que un *mecate* ó cordel, produce por término medio 100 libras de algodon en bruto, sin que se olvide que en esta clase de datos hay siempre mucha variedad, como lo veremos despues respecto de los Estados-Unidos.

La agricultura en Yucatan no está muy adelantada; no siempre se emplea el arado, pues los indígenas hacen sus siembras por lo regular abriendo agujeros con estacas y depositando en ellos la semilla: Dios hace lo demas. Esto no debe estrañar, porque así es como siembran tambien el maiz en lo que ellos llaman *tlacololcs*. La operacion es muy sencilla. En tiempo de seca le prenden fuego al monte; aguardan á que caigan los primeros aguaceros del tiempo de aguas para que se ablande la tierra, y entonces, con una estaca, van abriendo agujeros y echando en ellos la semilla; los tapan con una pisada á medida que van así sembrando, y despues esperan el dia de la cosecha para recoger el fruto. Esto no puede ser mas primitivo.

Como el indio tiene tan pocas necesidades, casi con tres dias de trabajo al año las satisface: un dia para quemar al monte, otro para sembrar y otro para cosechar.—Solo en terrenos vírgenes y feracísimos como los de México se concibe esto, y solo así se comprende tambien esa indolencia, esa falta de prevision, esa indiferencia del porvenir y ese ningun cuidado por el dia de mañana que caracterizan al indio.

Cuando en el cultivo del algodon se siembra la semilla con la debida preparacion del terreno, dura la planta, dando fruto, como diez años; por lo que no se conocen en Yucatan las siembras anuales en el cultivo inteligente del algodon, encontrándose como originario del país el arbusto que le produce.

En la ciudad de Valladolid, de la espresada península, se puso una fábrica de hilados y tejidos, y los géneros que se manufacturaban en ella, competian ventajosamente con los de igual clase de las fábricas inglesas.

Para que se vea ahora cuán vária es la fertilidad particular de cada ter-

reno para la produccion de este fruto, asentaremos aquí, que en los Estados productores de algodon en la vecina república, el rendimiento de las tierras propias para su cultivo, se calcula que es, por hectárea, el siguiente:

		EN CAPULLO.	LIMPIO.
En la Florida,	Kilógramos	283	126
En el Tennessee	id	339	153
En la Carolina del Sur	id	362	163
En la Georgia	id	655	254
En el Alabama	id	593	262
En la Luisiana	id	623	279
En el Mississipí	id	735	320
En el Arkansas	id	792	356
En Tejas	id	849	381

Nosotros no podemos presentar datos semejantes, porque nuestros labradores no se han metido todavía en esos cálculos, que para ellos son pormenores de poca monta, y que en realidad prueban el cuidado con que en otras partes se atiende la agricultura, y el contraste que forma ese esmero con nuestra indolente desidia. Con mejor conocimiento de las riquezas que tenemos en nuestras tierras, hubiéramos sabido que en Tejas poseiamos, sin contar las riquezas auríferas de California, un territorio de fecundidad superior á la de todos los demas Estados algodoneros de la Union anglo-americana, siendo mas del triple que la del Estado de la Florida, por ejemplo, como se ve por el estado que precede. Con ese conocimiento hubiéramos sido mas cautos, y acaso entonces se habria evitado la guerra funesta con el Norte, en la que perdimos mas de la mitad de todo nuestro territorio.

Debemos llamar la atencion sobre que á medida que los Estados algodoneros se acercan á nuestras fronteras, el suelo es de mayor rendimiento.

Ademas de la península de Yucatan, tenemos otros Estados donde se cosecha tambien el algodon, que pondremos en seguida, con las leguas cuadradas que tienen de estension.

EN EL GOLFO DE MEXICO.

Estados.	Leguas cuadradas.
Yucatan	6,801
Tabasco	1,599
Veracruz	3,501
Tamaulipas	4,219
A la vuelta	16,120

EN EL INTERIOR.

Estados.	Leguas cuadradas.
De la vuelta	16,120
Nuevo Leon y Coahuila	10,412
Chihuahua	12,557
Durango	6,743
San Luis Potosí	4,101
EN EL MAR PACIFICO.	
Jalisco	8,324
Colima	446
Guerrero	4,431
Oaxaca	4,288
Tehuantepec	1,677
Chiapas	2,598
Total de leguas cuadradas	71,697

La Francia tiene, inclusa la Córcega, 542,397 kilómetros cuadrados, ó sean, á razon de 19¾ kilómetros cuadrados por legua geográfica, 27,463 leguas cuadradas; es decir, que tenemos aquí comarcas donde cabe la Francia muy holgadamente 2⅗ veces, en las que se cosecha el algodon.

En el distrito de San Andrés Tuxtla, del Estado de Veracruz, se logra un escelente *middling fair*. Hace años que este distrito abastece las fábricas de Jalapa y de Puebla, y su produccion no se aumenta por falta de brazos, siendo esta carencia tal, que se han perdido cosechas en el campo, por no haber gente para levantarlas.

Por la misma razon se deja de cultivar el algodon en otras comarcas. El que se produce en Durango y en los Estados de las costas del Pacífico, es de superior clase.

Aquí se ha de ocurrir indefectiblemente esta pregunta: ¿Pues si hay tanto terreno propio para la siembra del algodon en México, cómo es que no se cultiva?—Sí se cultiva, pero no en cantidad suficiente, por dos causas muy poderosas, que por fortuna no son de carácter permanente, sino transitorio. Es la primera, la falta de garantías sociales para el agricultor, causa que tiene por corolario la escasez de brazos para la labranza de la tierra, y la segunda, la carencia de buenas vías de comunicacion.

En Yucatan mismo, donde los brazos abundan, no se cosecha en escala mayor, porque allí la terrible guerra de castas asuela los campos, diezma

las poblaciones, y es causa de que las siembras se limiten á una área muy reducida alrededor de las grandes ciudades, porque á mayor distancia no llegaria la proteccion del gobierno contra los indios alzados.

Y es lástima en verdad, que esto suceda, porque con dificultad se encontrarán tierras mas ricas que las de México. Para que se pueda formar idea de su fertilidad, daremos aquí algunos apuntes tomados de los datos que existen en el ministerio de Fomento y de otros que de buena fuente hemos adquirido. En algunos Estados sucede con frecuencia que el trigo acude, en años de bonanza, á razon de 80 y 100 por 1. En Michoacan el garbanzo produce 200 por 1, y se ha dado el caso que un agricultor haya levantado 600 fanegas de maíz en una labor de 5 cuartillos!... En el distrito de Atlixco, del Estado de Puebla, se dan muchas veces 70 cargas de trigo por una de sembradura, bien que la proporcion ordinaria sea menor. En Chiapas el cacao da cuatro cosechas al año; la principal es la de Mayo; las otras tres se llaman *alegrones* de Agosto, de Todos Santos y de la Candelaria. El algodon se da en Chiapas, como en Yucatan, perfectamente en sus dos clases, de arbusto y de mata, siendo esta última la que produce mas. Los beneficios de esta prodigiosa vegetacion se palparon en 1786, época conocida aquí con el nombre del *año del hambre*, por la gran escasez de frutos que hubo á consecuencia de fortísimas y estraordinarias heladas, seguidas de una seca prolongada. Los funestos efectos de esa *hambre* se amortiguaron considerablemente, por no decir que se neutralizaron completamente, con la facultad de producir tres cosechas de maíz al año que tienen las comarcas de Tierra Caliente. Los cabildos eclesiásticos facilitaron entonces cuantiosas sumas á la agricultura para hacer nuevas siembras, y el año del hambre se pasó sin mayores desgracias.

Si comparamos esta produccion exuberante con la de ciertos Estados de Europa, tendrémos este resultado: que en Noruega, por ejemplo, que es país muy estéril, el trigo no produce mas que 4 por 1, y que en Nápoles, en las tierras de Otranto y de Labor, que son las mas feraces, acude en la proporcion de 20 por 1. Si estas tierras, célebres en la historia, fueron tan funestas por su fertilidad al héroe de Cartago, cuando olvidó en las delicias de Cápua su odio jurado contra Roma, ¿qué mucho que nuestros pobres indígenas se entreguen á la holganza en un país cuatro y cinco veces mas fértil en el trigo y que en el maíz no tiene término de comparacion? —La necesidad no aguija, pues, en México al hombre en su pereza; así es que el mismo clima y hasta las riquezas abundantísimas que poseemos, las revoluciones y los trastornos en medio de los cuales hemos vivido hasta ahora desde nuestra independencia, todo ha conspirado hasta aquí á entorpecer el fomento y desarrollo de nuestra prosperidad.

Pero esto no puede durar eternamente. Tan deplorable situacion debe concluir, y concluirá.

Tan luego como se establezca un gobierno fuerte que proteja al hombre trabajador contra las depredaciones de los malvados, y que sea inexorable en la aplicacion de la ley, entonces abundarán los hombres industriosos y morigerados, que huyen de los países revueltos para ir adonde hay seguridad. Cuando México brinde á esos hombres la hospitalidad con sus riquezas naturales, y les ofrezca paz y órden, con garantías sociales, y les asegure la igualdad ante la ley bajo la proteccion del príncipe que tiene por divisa *la equidad en la justicia*, lo que sucederá sin duda cuando con la presencia del emperador aquí se desvanezcan los temores que causa hoy su ausencia, ¿con cuánto mayor gusto no preferirán esta tierra á cualquiera otra los emigrantes de todas las partes del mundo?... Ese príncipe, nuestro emperador Maximiliano I, será el que venga á la vanguardia de esa emigracion europea que hasta hoy ha ido á los Estados-Unidos por millones y que desviará su corriente hácia las costas de México, por encontrar aquí entre nosotros las ventajas de que ahora carecen aquellos.

En la guerra misma de que son víctima en la actualidad nuestros vecinos, puede hallar México un escelente principio de colonizacion en grande; pues si los Estados del Sur sucumben á la fuerza colosal de los del Norte, los inteligentes agricultores de las márgenes del Mississipi y de sus caudalosos confluentes que no quieran sufrir las consecuencias del *væ victis* del Breno yankee, abandonarán la tierra regada con su sangre y vendrán con gusto á poblar nuestras inmensas soledades que no piden mas que brazos que las esploten, trayéndonos con esos brazos su industria, su espíritu de asociacion, su actividad, sus capitales y su amor al trabajo, dotes preciosas que han dado tanta prosperidad á los norte-americanos, y de que por desgracia carecemos nosotros.

Esos emigrantes del Sur de los Estados-Unidos traerian como hombres libres contratados por cierto número de años para trabajar en las empresas que acometan, á los negros que quieran seguirles. En cuanto los negros sepan que aquí no hay contra ellos la odiosidad que en los Estados-Unidos, la mayor parte preferirá vivir y trabajar en México mas bien que en esa tierra donde han sido tan desgraciados. M. Guizot dijo una vez en la cámara de diputados que *el trabajo era un freno;* nosotros preferimos decir que *el trabajo es la gran palanca de la civilizacion.*—El trabajo proporciona á las clases menesterosas de una nacion, un bienestar general del que se sigue su mejor educacion, y nadie ignora que mientras mas acomodada y mas digna es la condicion del pueblo, mas garantías de órden brinda á la sociedad. Si

no nos engaña la memoria, al mismo M. Guizot le hemos oido decir, hace ya muchos años, que es una gloria para la civilizacion moderna el haber comprendido y puesto en evidencia el valor moral y la importancia social del trabajo, el haberle restituido la estimacion y el rango que le pertenecen.... El desprecio del trabajo y el orgullo de la ociosidad son señales ciertas de que la nacion donde esto sucede, se halla bajo el imperio de una fuerza disolvente, y que camina á su decadencia. El trabajo es la ley que Dios ha impuesto al hombre; con él, desarrolla y perfecciona todas las cosas que le rodean, y se desarrolla y perfecciona á sí mismo; el trabajo ha venido á ser entre las naciones modernas la prenda mas segura de paz; y á tantas razones que le hacen acreedor á la solicitud del hombre, debemos agregar la consideracion de que el respeto y la libertad que merece, son los que pueden hacernos esperar una pronta regeneracion de nuestra disipada sociedad.

Con el trabajo honrado, libre y lucrativo tambien para los negros que vengan de los Estádos-Unidos, se civilizarán esos hombres que hasta ahora han sido verdaderos *párias* en medio de una sociedad cristiana. Acostumbrados á las faenas mas fuertes de la labranza y á un clima de los mas ingratos, hallarán en nuestros campos, y sobre todo en nuestras costas y en nuestras fronteras, una hospitalidad generosa y las mismas garantías que cualquier otro habitante del país.

El ejemplo que nos den esos laboriosos colonos y los que de Europa se apresurarán á venir á México en cuanto sepan que es una verdad que aquí hallarán fácil y segura satisfaccion á sus necesidades, con toda clase de garantías, será una enseñanza saludable para nosotros mismos, que aprenderemos con ellos á ser industriosos y trabajadores, á ser emprendedores y económicos.

De la emigracion del Sur de los Estados-Unidos sacará México otra ventaja inestimable; cual es, que poblándose con ella nuestras tierras fronterizas y nuestras costas, las pretensiones conquistadoras de los del Norte tropezarán, desde sus primeros pasos de invasion, con un enemigo encarnizado que será un valladar inespugnable que opondrémos nosotros á su ambicion. El temor de que se repita lo sucedido en Tejas, no debe inquietarnos en lo sucesivo; porque la pérdida de Tejas fué una desgracia debida á nuestras disensiones pasadas, pero de hoy mas, arrancado de raiz, con el restablecimiento del imperio, el árbol de emponzoñados frutos que las producia, no debemos temer que una fraccion del país sea bastante fuerte para imponer á la nacion entera su separacion.

Otra ventaja no menos apreciable es, la de que ya son prácticos esos colonos en el cultivo del algodon, de la caña y del tabaco, tres frutos que cada

uno de ellos en particular enriqueceria á cualquier país, y que los tres se producen de calidad superior en México.

En 1860 produjeron los Estados-Unidos, segun los mejores cálculos, sobre 400,000 bocoyes de tabaco. Por término medio pesa el bocoy 544 kilógramos; de suerte que se puede calcular la cosecha del tabaco en doscientos diez y siete y medio millones de kilógramos.

Las tierras en México son mucho mas propias que las de los Estados-Unidos para el cultivo del tabaco; pues le producimos tan bueno ó mejor que el que se cosecha en Cuba, esceptuando solo las vegas privilegiadas de la comarca allí llamada de Vuelta-Abajo. Cultivando nosotros con inteligencia esa planta lo mismo que la caña de azúcar, que da aquí un fruto de mas calidad que en Cuba, pronto serian preferidos nuestros productos en los mercados consumidores de Europa, á los que llevaren de los Estados-Unidos; y disminuyéndose por un lado la produccion en ellos, porque la guerra, los desórdenes y la emigracion traen consigo la paralizacion de los trabajos agrícolas, y aumentándose por el contrario entre nosotros, es indudable que á la vuelta de algunos años, muy pocos en verdad, nuestro comercio de esportacion en tabaco, en azúcar y en algodon, sin contar el añil, el cacao, la grana, las maderas preciosas, la vainilla y otros mas que seria muy largo enumerar, se convertiria en un venero de riqueza inagotable, propio para hacer la prosperidad de un grande imperio.

La imaginacion menos susceptible de exaltarse, no puede concebir hasta dónde llegarán la riqueza y el engrandecimiento de México el dia en que haya paz entre nosotros. Los millones de nuestras minas y de los abundantes placeres de oro que están ahí sin esplotarse porque no hay seguridad todavía para el hombre trabajador, serán muchos, no lo dudamos, el dia que el gobierno imperial nos dé la paz y el órden que necesitamos; pero sin el mas leve temor de equivocarnos, podemos asegurar que serán pocos comparados con los que valgan los productos exuberantes de nuestra agricultura. Baste recordar que aquí hay terrenos donde se cogen tres cosechas al año de maíz, y que acude ese grano en proporciones desconocidas en Europa. El trigo se da tan bueno como el primero, y cuando tengamos un camino de hierro que á poco coste le lleve del centro de produccion al puerto de esportacion, competirá con ventaja en los mercados de consumo con cualquier trigo del mundo, en calidad y en baratura, y lo mismo se puede decir de los demás frutos.—Nunca acabariamos si fuéramos á hablar de todos los productos que serán dentro de poco artículos muy importantes de esportacion en el comercio del imperio mexicano con las naciones estranjeras.

Inútil seria entrar en el exámen de las ventajas políticas y mercantiles

que para la Europa tendria el hecho de encontrar en otro país los productos que con tanto afan busca en los Estados–Unidos, de los que tiene que sufrir, con callada indignacion, altanerías que en otra potencia no consintiera; porque esas ventajas no se esconden á ninguna inteligencia algo práctica en la política actual de las naciones del uno y del otro lado del Atlántico.

La agricultura abatida hoy en México por las razones que dejamos indicadas y que están al alcance de todo el mundo, tomará sin duda ninguna un incremento incalculable el dia en que con la paz y las garantías sociales que nos dará el imperio y que son consiguientes á la estabilidad propia de la institucion monárquica, veamos acudir á estas regiones la emigracion estranjera y los capitales que en Europa producen un corto interés y con los que se ganaria aquí sobrado para satisfacer las esperanzas mas exigentes. De esta manera dentro de pocos años la agricultura tomará un vuelo estraordinario, y las siembras de algodon, de tabaco, de caña, de trigo, de maíz y de todos los frutos caloniales que se hagan en nuestros campos, serán bastantes á suplir con ventaja general, la falta de los frutos que puedan dejar de producir los Estados-Unidos; en lo que la Europa tendrá gran satisfaccion, porque se convencerá con la evidencia de los hechos que en esta tierra puede encontrar esos frutos que necesita para mantener y dar trabajo á la clase proletaria y menesterosa de su poblacion, para alimentar su industria fabril y para fomentar su comercio.

La condicion topográfica y la situacion geográfica de las comarcas donde se produce aquí el algodon, por ejemplo, facilitan admirablemente el trasporte del fruto cosechado desde el lugar de la produccion al punto en que deba embarcarse para su esportacion; pues todas esas comarcas, menos los Estados del interior, están bañadas por las aguas del Seno Mexicano, ó por las del Pacífico, siendo por consiguiente fácil su comunicacion por mar con Europa. Esta circunstancia debiera haber facilitado las siembras de algodon y de otros frutos en las costas; pero la falta de seguridad ciega en su fuente todo venero de riqueza pública.

Ademas, los buques que llegan cargados á nuestros puertos, tienen que volverse por lo regular en lastre, escepto los pocos que van á buscar un cargamento de retorno de palo de tinte á Laguna de Términos, por ser muy contados y en muy pequeña cantidad los frutos que podemos devolver en cambio de los que recibimos del comercio estranjero, saldándose siempre nuestra balanza mercantil con los millones que en pesos y en barras de plata mandamos para cubrir nuestros pedidos.

Cuando se haya establecido otro tráfico, los buques del comercio estranjero hallarán en los puertos de México, tanto en el Golfo como el en Pacífi-

co el flete que necesiten, consistente en un fruto tan valioso como lo es el algodon, cuando á él solo se limitáran los esfuerzos de nuestra agricultura.

La necesidad de conservar la paz interior, muy espuesta en Inglaterra, mas que en ninguna otra parte, por ser allí mayor el número de los proletarios que se dedican á los trabajos de las fábricas de hilados y tejidos de algodon, si llegaran á suspenderse las labores de dichas fábricas, ha obligado el gobierno inglés á transigir con los anglo-americanos en cuestiones que con otra potencia hubieran tenido por resultado la guerra. A esto se agrega que hallándose la Inglaterra sola en una lucha con los Estados-Unidos, no seria muy seguro el éxito en su favor.

La guerra entre esas dos potencias causaria al comercio del mundo males incalculables, y con dificultad puede haber dos pueblos que se hallen en situacion de causarse mayores perjuicios que el inglés y el anglo-americano.

Dos veces han medido sus fuerzas estas dos grandes potencias. En la primera lograron los anglo-americanos, colonos entonces, y que no eran la décima parte de lo que hoy son, la independencia absoluta de su metrópoli. En la segunda, en la guerra de 1812, no quedaron tan mal los hijos que pudieran lisonjearse ahora los padres de obtener un fácil triunfo sobre ellos. La guerra fratricida en que están empeñados hace tres años, ha venido, por el contrario, á poner de manifiesto los inmensos recursos de que pueden disponer nuestros vecinos, y naturalmente esos recursos, que hoy emplean para destruirse, los reunirian para acabar con el enemigo estranjero. Las probabilidades, pues, de una guerra entre los ingleses y los anglo-americanos, estarian hoy mas bien en favor de estos últimos que de los isleños sus progenitores.

Pero si los ingleses le han huido el cuerpo á la dificultad cuando solos debian soportar todo el peso de la lucha, unidos con Francia y España cambiaría para ellos de faz la cuestion. Entonces, como en la guerra de Oriente, las ventajas estarían de parte de las potencias coligadas.

En este caso los Estados-Unidos ocuparian en la guerra de Occidente el lugar que tenia la Rusia en la de Oriente.

Y no hay duda que los anglo-americanos harian esfuerzos inauditos..... como los rusos, pero tambien como ellos tendrian al fin y al cabo que sucumbir á la ley de la necesidad, porque contra fuerza mayor no hay resistencia que valga.

V.

El peligro que en caso de una guerra con la Gran Bretaña corren los habitantes de la vecina república de que, conservando la esclavitud, les asuelen en muy poco tiempo la rica parte de su territorio que esplotan con el trabajo forzado de los negros, desaparece en gran parte con la incorporacion de Cuba en los Estados-Unidos, por lo fácil que les seria entonces cerrar las entradas del Golfo mexicano, quedando así mas espeditos para defender las costas que baña el mar Atlántico, de un desembarco intentado con la mira siniestra de sublevar á los esclavos contra sus amos. De suerte que tanto por medida de precaucion como por medida de seguridad, es de suponer que los anglo-americanos se echarian, en caso de una guerra como la que hemos señalado, sobre la hermosa isla que es hoy la joya mas preciosa de la corona de Castilla.

Por la importancia del comercio de España con los Estados-Unidos y con Cuba, y por la que esta isla representa en dicho comercio, podemos calcular la importancia y los peligros que para la metrópoli tiene esa codiciada prenda.

Tomando siempre nuestros datos de documentos oficiales, ocurriremos, para justificar nuestras aserciones, al censo decenal formado en 1860 en los Estados-Unidos, y á los datos estadísticos publicados por España relativos al mismo año.

Segun el primer documento, el comercio general de los anglo-americanos con España y sus colonias, fué, en el año fiscal de 1859–60, el siguiente:

	ESPORTACION.	IMPORTACION.
Con España	$ 6.479,300	$ 3.042,051
Con la isla de Cuba	„ 12.382,869	„ 34.032,276
Con las otras colonias	„ 2.333,625	„ 7.417,987
Comercio total	$ 21.195,794	$ 44.492,314

Como se ve por estos datos, la importancia total del comercio de España y sus colonias con los Estados-Unidos, es, valor en dichos Estados, de $ 65.688,108. Pero solo el comercio de Cuba figura en ese cuadro por el duplo del de España en la esportacion de los Estados-Unidos, y por el óctuplo en la importacion.

Si consideramos ahora la esportacion de frutos de la isla de Cuba tan solo para los Estados-Unidos, esportacion que pasa de 34 millones de pesos en el año, podremos calcular la prosperidad que ha alcanzado la reina de las Antillas, á consecuencia del fomento de su agricultura, que es la base mas sólida de la riqueza de una nacion.

El comercio total de Cuba con su metrópoli en el año de 1860, segun los datos publicados por España, ascendió á R. v. 162.134,804 en importaciones, y á R. v. 223.930,708 en esportaciones; sean en junto R. v. 386.065,512; los que, reducidos á nuestra moneda, dan un valor de $ 19.303,275. Comparando el comercio de importacion y de esportacion de Cuba con los Estados-Unidos y con su metrópoli, tenemos este resultado:

	IMPORTACION.	ESPORTACION.
Con los Estados-Unidos..........	$ 12.382,869	$ 34.032,276
Con España......................	„ 11.196,535	„ 8.106,740
Diferencia en favor de los Estados-Unidos......................	$ 1.186,334	$ 25.925,536

No necesitamos hacer comentarios, porque estas cifras hablan bien alto por sí solas.

Sin embargo, como por ellas se ve que la isla de Cuba, mercantilmente hablando, es mas de los Estados-Unidos que de España; que políticamente hablando necesita mas á los Estados-Unidos que á España para dar salida á los ricos productos de su agricultura, y que geográficamente hablando Cuba está aquí, á la mano, en América, mientras que España está tan lejos, allá en Europa, es de todo punto indispensable que la metrópoli piense muy seriamente en lo que debe hacer con su colonia, para evitar conflictos desagradables y ruinosos para ambas.

Ya hemos hablado algo sobre este particular; pero como hay hombres para quienes la historia es muda y la esperiencia estéril, y como es probable que por ahora los Estados del Norte sojuzguen á los del Sur, en cuyo caso es de temerse que nuestros vecinos den rienda suelta á sus pretensiones conquistadoras que se estienden á ser real y efectivamente los únicos *norte-americanos* del mundo de Colon, aspirando á que el camino de hierro que atraviesa el istmo de Panamá sea la frontera por parte del Sur de la Gran Confederacion Americana; nosotros creemos cumplir con un deber de mexicanos y de hispano-americanos, al insistir en esta idea, á pesar de que con lo que hemos dicho respecto de la codicia de los del Norte sobre México y

Cuba, debiera bastar para asentar las premisas de las cuales se deducen los peligros que nos amenazan de una guerra de conquista por esa parte, y como consecuencia de ella la posibilidad de otra guerra estraordinaria en Occidente como la última de Oriente.

Nadie estrañará que con esta prevision la arrogante nacion española, que conoce en sus mas insignificantes pormenores hasta dónde alcanzan la persistencia y acaso la necesidad que tienen los Estados-Unidos, para su propia defensa y conservacion, de agregar á su territorio la rica y fuerte isla de Cuba, se aperciba al combate de una manera digna del nombre castellano, pudiendo asegurarse que si le toca el destino de sucumbir, perderá, pero con gloria y honor.

Mas no debemos hacernos ilusiones. La conquista de Cuba será fácil para los Estados-Unidos, á pesar de la resistencia heróica de España, que defenderá el último giron que le queda de sus antiguas inmensas posesiones de América, con la desesperacion terrible del que lucha por su honra y por su bien. El mal éxito de la mision que llevaba Mr. Soulé cuando fué de embajador á Madrid, con otros hechos que están al alcance de todo el que observa con cuidado la marcha de los grandes negocios políticos, prueban hasta la evidencia que los españoles están resueltos á jugar el todo por el todo en la defensa de Cuba.

Pero esta resolucion de España, para que le sea fructuosa, no puede ser un hecho aislado. Por grandes que sean el valor y el arrojo militar de los hijos de Pelayo, nada se puede contra fuerza mayor, mas que morir con gloria. Los Estados-Unidos, por su proximidad á la isla de Cuba, por la asombrosa facilidad de sus medios de comunicacion, por el espíritu emprendedor de sus habitantes, por los inmensos recursos de que pueden disponer, como lo prueba su guerra actual, y por las simpatías indudables con que cuentan en Cuba, aunque esas simpatías deben haberse moderado mucho con el triste espectáculo que en su guerra civil presentan hoy al mundo, se hallan en una posicion muy ventajosa para llevar al cabo sus planes de conquista; y esa posicion es mucho mas favorable todavía si se contempla con respecto á España, que está tan lejos de su colonia, sin que sea parte á neutralizar esta causa evidente de inferioridad, el ejército brillante que mantiene en ella. Al gabinete de Madrid no se le ocultan estas verdades, y por eso comprendió que debia formar causa comun con Inglaterra y Francia que se hallan interesadas como España en la cuestion de América, y tambien por razones de equilibrio entre las grandes potencias, lo mismo que lo estaban en la cuestion de Oriente, agregándose ademas en la de Occidente la proteccion que deben á su industria y á su comercio.

5

El interés y la conveniencia unen, pues, á los ingleses y á los franceses con los españoles, y de esta manera la causa de los últimos en América toma un aspecto mas favorable. La defensa heróica y desesperada que hubiera hecho sin duda España, hallándose sola el dia del combate, la hará, en union con Inglaterra y Francia, con las mayores probabilidades posibles de buen éxito, probabilidades que, aislada, estarian todas de la parte contraria.

Sin embargo, los peligros para España se aumentan de dia en dia en una proporcion alarmante, y debe pensar con seriedad en el modo de conjurarlos.

¿De qué lado corre España mas riesgo de perder á Cuba?

¿De parte de los Estados-Unidos, ó Desunidos, ó de parte de México siendo un grande imperio, ó de parte de los mismos cubanos que aspiren á la independencia?

La pérdida de la isla de Cuba para España, siguiendo ésta en su política colonial como hasta aquí, es una cuestion de tiempo.

Si cambia de conducta, como lo hemos manifestado ya, y adopta, por ejemplo, para su hermosa Antilla el establecimiento de la mas perfecta igualdad de derechos civiles y políticos entre cubanos y españoles, ó bien las doctrinas que con tan buen éxito han aplicado los ingleses en el Canadá, la cuestion puede variar de aspecto; pero cualquiera que sea la senda que se proponga seguir, su atencion toda debe fijarse en la cuestion de esclavitud, porque de su prévia resolucion depende la del problema de la conservacion de su colonia. Y hé aquí porqué en otro lugar hemos calificado de *torpe equilibrio* el sistema que impulsaba á España á mantener á los blancos sujetos por el temor de los negros.

Si España no se cuida de mejorar su política, de estirpar radicalmente el tráfico vergonzoso de Africa y de sustituir gradualmente el trabajo que hoy hacen los negros esclavos, con el de hombres libres, á fin de llegar paulatinamente, sin trastornos ni violencias, á la emancipacion completa de los negros, la pérdida de la isla de Cuba para ella es infalible en un tiempo mas ó menos próximo.

Si por el contrario, el gobierno de la metrópoli adopta para su colonia una política previsora, y á la vez que va aumentando su poblacion de trabajadores libres, entra francamente para con los habitantes de Cuba, sin distinciones odiosas, en la via de las concesiones y reformas que hacen cada vez mas urgentes los progresos morales y materiales de esa preciosa Antilla, su posesion podrá prolongarse tanto tiempo cuanto sepa estrechar los lazos de amistad y de conveniencia recíproca entre criollos y peninsulares residentes en Cuba, y entre unos y otros y la madre patria.

En efecto, si la isla de Cuba tuviese toda su poblacion libre, el interés que

tendrian por su adquisicion los Estados de esclavos de la confederacion americana, ó la república que de ellos se pueda formar, se modificaria en el acto de una manera estraordinaria; porque entonces, en lugar de ser su posesion un elemento de fuerza para ellos, seria por el contrario, un motivo de frecuentes trastornos, por la influencia que ejerceria la libertad que en Cuba gozase una gran poblacion de negros que antes eran esclavos, formando parte integrante de una república que tiene por principio conservar en dura esclavitud otra gran poblacion de negros. Esa influencia seria exactamente la misma que la que va á ejercer ahora la libertad que gozan los negros de Santo Domingo, sobre la esclavitud en que gimen los negros de Cuba.

Por parte de Inglaterra tambien cesaban como por ensalmo los peligros que Cuba tuviera que correr, si logra emancipar su esclavitud; porque entonces la invasion de los negros de Jamaica en caso de una contienda entre Inglaterra y España, no ejercerá mas influjo, ni introducirá mas desórdenes en la grande Antilla, que los que son consiguientes á una guerra comun.

Con respecto á México, si apuntamos la idea de un peligro para Cuba, es mas bien porque la hemos oido á personas que se la han atribuido á un personaje que ha influido de una manera funesta para España, tanto en la cuestion mexicana como en la posesion de sus propias colonias y en sus intereses en toda la América; mas no porque á nosotros nos labre tan peregrina ocurrencia. Es sin embargo una verdad que, al retirarse España de la intervencion, legó á los españoles establecidos en la América que antes fuera suya, el desaliento mas profundo; porque todos vieron en el abandono injustificable en que se dejaba á los de México, la sentencia de muerte de la influencia moral que la España podia ejercer en América. Y si al menos el mal aquí parara, fuera todavía llevadero; mas por desgracia para España, tambien sembró en sus colonias, al retirarse su valiente ejército de México, la idea de una impotencia muy desfavorable á la dominacion de los españoles en ellas, y esa semilla germinó tan velozmente en esta tierra feraz de independencia, que á los pocos meses la nueva colonia de Santo Domingo empuñaba la espada de la emancipacion para espulsarlos de su suelo.

Libre España de los peligros que amenazan á Cuba por parte de las potencias estranjeras, quedará solo espuesta á los de la independencia de su colonia; mas esta es cosa que ella misma puede evitar, conduciéndose de tal manera, que los habitantes de Cuba encuentren mas ventajas en seguir unidos á su metrópoli que en separarse de ella.

Empero, si la conservacion de Cuba llegase á ser tan precaria y costosa para España, que le conviniera deshacerse de ella, en este caso los cubanos deben ser preferidos á todo el mundo en la compra, por ser así de rigo-

rosa justicia y de estricta equidad, y tambien porque son bastante ricos para poder pagar su independencia.

Acaso seria ese el camino mas acertado que pudiera seguir España, y completaria su obra si erigiese un imperio en las Antillas, con un príncipe español por emperador, reconociendo esta nueva monarquía, como deuda pública, el capital que se calculase valer el sacrificio que haria la metrópoli en desprenderse de sus islas. Ademas podrian estipularse ventajas temporales para el comercio de España en el tratado de emancipacion, que la indemnizaran superabundantemente de la pérdida de sus colonias.

Si México se interesa tanto en la suerte de Cuba, es porque el dia que los Estados-Unidos la adquieran, corremos aquí mucho peligro de perder nuestra independencia.

Pero sea de esto lo que fuere, en la cuestion americana los intereses de las potencias occidentales de Europa están íntimamente ligados entre sí, y ligados con los de México, aunque para unas haya mas ventajas que para otras en que la resolucion del problema tome un sesgo que se incline mas especialmente á favor de tales ó cuales pretensiones particulares.

Esto es muy cierto; y así como en la cuestion de Oriente el interés de la Francia era puramente de equilibrio europeo, mientras que el de Inglaterra era mayor en cuanto peligraban sus posesiones de la India con la proximidad y estension de dominio de la Rusia por las regiones orientales; de la propia manera en la *cuestion mexicana* el interés de la Francia es menor que el de Inglaterra; porque si bien es verdad que la Francia tiene aquí otro interés de gran tamaño, como es el industrial y mercantil, ademas del interés comun de conservar un equilibrio saludable entre las grandes naciones, no ya de Europa solamente, sino del mundo civilizado (pues los Estados-Unidos de América se han colocado en el catálogo de las grandes potencias en un puesto que no ocupan todas las que componen el quinario de las que así se llaman en Europa); la Inglaterra por su parte tiene tambien ese mismo doble interés, y ademas otro mayor por el peligro que corren sus grandes colonias de este lado del globo con el engrandecimiento estraordinario que han adquirido sus hijos los anglo-americanos.

Calificamos de saludable el equilibrio de poder entre las grandes naciones de la tierra, porque es el único medio de evitar la pérdida de la independencia y autonomía de los pueblos de segundo órden, cuya existencia es muy necesaria á la conservacion de la paz en todo el mundo.

Cuando se trató en Francia del reconocimiento de la independencia de la república de Tejas, el gran ministro de Luis Felipe, Mr. Guizot, espuso en la cámara de diputados, con la claridad y superior inteligencia que le ca-

racterizan, la necesidad imperiosa de estender el sistema de equilibrio europeo á la América, calculando que así debia ser, en razon de la influencia que ejercian ya los Estados-Unidos en el mundo entero por sus riquezas, por su comercio, por su agricultura, por su marina, por su industria, por todas las razones, en fin, que constituyen la prepotencia de una gran nacion. Entonces los límites de los Estados-Unidos no eran los que hoy tiene ese pueblo privilegiado por la naturaleza; ni Tejas, ni Nuevo-México, ni California, ni la Mesilla, ni el Oregon, pertenecian al anglo-americano, y sin embargo, la mirada penetrante y previsora del sabio Mr. Guizot descubria al través de la oscuridad del porvenir, que pronto llegaria el caso de que las grandes potencias de Europa tendrian que tomar en consideracion el incremento veloz y estraordinario de ese pueblo que ya no se contenta con dominar en el nuevo mundo, sino que tambien quiere ejercer su influencia imperiosa en el antiguo, escudado con la necesidad que tiene la Europa de los productos de su agricultura.

En aquella época Mr. Thiers le hacia en la cámara de diputados la oposicion á Mr. Guizot, y arrastrado sin duda por la pasion de la rivalidad y del antagonismo, no solo desconoció la bondad de la política de su contrario, sino que la atacó sosteniendo la conveniencia para Europa del engrandecimiento de los Estados-Unidos, aunque fuera á costa de México.

Ahora, cual nunca se podia esperar, se ha presentado á la Europa una oportunidad muy favorable, con la guerra civil de los Estados-Unidos, para poner un remedio radical á esa dolencia que aqueja á la América; pero la misma causa de la guerra retrae á la Francia y á la Inglaterra del reconocimiento de los Estados Confederados, antes de que esté sancionada su independencia por la victoria. En realidad nadie en Europa está mas interesado que Inglaterra en la separacion de los Estados del Sur; pero el deseo de propender á este resultado está contenido en el gabinete de Saint James por la cifra asombrosa de 416 millones de pesos que importa el tráfico entre los ingleses y los anglo-americanos, y por el sentimiento moral de no aparecer como prohijando la esclavitud en la nueva república, cuando por otra parte hace tantos esfuerzos por estirpar el infame tráfico de negros.

La Francia por su parte se encuentra en el mismo caso, pues no seria ella la que abogara por la esclavitud en ningun país del mundo.

Y España, que todavía tiene esclavos en las Antillas, desearia mas que ninguna otra potencia de Europa, el desmembramiento del coloso del Norte; porque es la mas débil para resistir á sus invasiones y la que está mas espuesta á perder una parte muy valiosa de sus colonias. No es pues la cuestion de la esclavitud la que la detiene para reconocer la independencia

de los Estados Confederados, sino su impotencia para hacer sola lo que debe ser obra comun de todas.

México deplora las circunstancias que impiden á las grandes potencias occidentales de Europa tomar la iniciativa en el afianzamiento de la segregacion de los Estados Confederados; porque si tal cosa hicieran, nosotros contribuiriamos con nuestro débil, pero eficaz apoyo, al logro de tan ventajoso objeto, y la nueva república tomaria asiento en el gran concierto de las naciones cristianas, bajo la condicion del respeto inviolable á la integridad del territorio de las demas.

Así desapareceria completamente el temor que hoy nos asiste de vernos envueltos, mas tarde ó mas temprano, en guerras desastrosas, como son todas las de conquista.

VI.

En la violenta perturbacion que pudiera traer consigo la guerra que probablemente resultaria de empeñarse los anglo-americanos en llevar al cabo sus proyectos de conquista sobre México y Cuba, por la conveniencia de que intervengan las potencias occidentales de Europa en el asunto, para poner un término á la ilimitada ambicion de nuestros vecinos del Norte, se ocurre desde luego preguntar, como ya lo dejamos apuntado, ¿cuál es el interés de la Francia en tan grave complicacion?

El de Inglaterra y España es patente, así como el de México, por la necesidad que estas naciones tienen de una garantía contra las tendencias invasoras de los anglo-mericanos; pero la Francia no cuenta con ricas posesiones en América que conservar, y por lo tanto su interés en la cuestion de Occidente pudiera considerarse como secundario. Así podrian imaginárselo en efecto, políticos miopes que no calculan para el porvenir, ó bien hombres de Estado de primer órden que prefieren, antes que convenir en que merece aplauso, censurar con miras de oposicion parlamentaria, el gran pensamiento del emperador Napoleon III, revelado en el curso que le ha dado á la intervencion en México; acontecimiento providencial que ha venido á salvarnos de la disolucion infalible en que hubiéramos caido, arrastrados por nuestros continuos trastornos.

Sin embargo, como hemos visto mas arriba, la Francia figura en segundo lugar, entre todas las naciones, en el comercio de algodones con los Estados-Unidos, y su tráfico general ascendió en el año fiscal de 1859–60 á $62.206,278

por importaciones, y á $43.219,549 por esportaciones. A estas cifras es menester agregar el comercio de sus colonias, que subió á $843,919 por importaciones y á $190,078 por esportaciones. Todas estas sumas reunidas dan un comercio total de $106.459,824.

La importancia de este comercio haria vacilar á la Francia en las determinaciones que pudieran provocar un conflicto con los Estados-Unidos, si la Francia no tuviera mas norma en sus relaciones y en su conducta con los otros pueblos de la tierra que el interés material del momento. En ciertas épocas así ha sucedido, en verdad; pero no son esas páginas de su historia las que mas la enaltecen. Cuando por fortuna suya preside sus destinos un gefe que tiene fe en su mision, que ha sido criado en la escuela de la adversidad y que en ella ha aprendido á no sacrificar el porvenir al presente, sino que, por el contrario, esplota el presente para afianzar el porvenir; entonces la espresion del poeta inglés cuando dice que *el soldado de la Francia es el soldado de Dios*, es tan cierta como la de Napoleon III al proclamar que "cuan-" do se despliega el pabellon francés, una causa justa le precede y un gran " pueblo le sigue."

Y en verdad que pocas veces habrá cumplido la Francia en sus empresas políticas una mision tan providencial como la que la ha traido á México.

El gran pensamiento de Napoleon III en América, por lo mismo que se aparta de la política rutinera de estadistas adocenados, necesita para ser justamente apreciado, que un buen éxito corone la empresa y que el tiempo venga á justificar su prevision.

Con el hecho solo de resolverse á acometer una grande obra cuyos ventajosos resultados no son inmediatos, tratándose de un pueblo tan impaciente como el francés, y tan poco avezado en sus negocios y especulaciones á las empresas que necesitan largos años para consolidar sus beneficios; prueba Napoleon III la audacia de sus concepciones, y la enérgica resolucion que se requiere *y que tiene* para llevarlas al cabo.

Si el comercio de la Francia con los Estados-Unidos es importante, no lo es menos el que tiene con la América española; y al tomar el emperador Napoleon III la iniciativa en el establecimiento de un órden de cosas en ella, que traiga por consecuencia el reinado de la paz y de las garantías en países dilatadísimos donde hasta ahora ha imperado solo la anarquía, echa los cimientos del edificio que en un porvenir muy cercano ha de garantizar á esa Francia, hoy tan próspera, un comercio de incalculables ventajas por los mercados consumidores que abrirá á su exuberante produccion.

La iniciativa que ha tomado la Francia en México y la prosperidad que gozará este país con el restablecimiento de la monarquía, servirán de norma

á las otras repúblicas hispano-americanas, que al ver la felicidad que disfruta México, se tendrán por dichosas en seguir tan noble ejemplo, seguras de que irán por mejor camino que cuando pretendieron remedar á los anglo-americanos.

La Providencia, que vela por los destinos de sus criaturas, permite que haya en el mundo revoluciones terribles para enseñanza de los pueblos. Hace tres años que esa gran nacion del Norte se aplica con afanoso empeño á emplear toda su ciencia, todos sus progresos en la industria y en las artes, todos sus recursos en hombres, en dinero, en crédito y en productos para destruirse.

Este acontecimiento, por deplorable que sea, debe aprovecharse por las otras naciones para arrancar de raiz todos los gérmenes de discordia que habian sembrado nuestros vecinos con sus tendencias de dominacion en todo este hemisferio y con su famosa doctrina de Monroe, que es el emblema de su política.

Pero aun cuando esta circunstancia no ayudara, en cualquier tiempo que las aspiraciones dominadoras de los Estados-Unidos en nuestro hemisferio traspasasen los límites señalados al equilibrio natural que debe haber entre las potencias de allende y aquende los mares, hoy que las distancias entre el antiguo y el nuevo mundo se han reducido á muy cortos dias de travesía, y tal vez pronto las veremos limitadas á lo que den de sí los telégrafos submarinos, es de todo punto inconcuso que una nacion como la Francia se halla en el caso de influir en todas las grandes determinaciones de los pueblos de Europa y de América, por las ventajas morales y materiales que de ello resultan, sin que pueda decirse que los sacrificios que haga en proteger al débil contra el fuerte le sean onerosos, ni que salga tan perjudicada aunque no cobre indemnizaciones y se contente con decir con Mr. Guizot, cuando el bombardeo de Tánger por el príncipe de Joinville, que *es bastante rica para pagar su gloria.* Ademas, nosotros ni pretendemos ni podemos pedir que los gastos de la intervencion sean una pérdida para la Francia; pues si ella es bastante rica para pagar su gloria, cuando por alcanzar gloria emprenda una guerra, nosotros no somos tan pobres, por atrasados que ahora estemos, que no podamos, con paz y órden y un buen gobierno, pagar lo que cueste nuestra salvacion de la ruina segura con que nos amenazaban nuestras interminables y ferales disensiones.

De paso haremos observar que entre la Francia y la Inglaterra ha habido un cambio completo en estos últimos tiempos; aquella, durante el gobierno de Luis Felipe, iba siempre remolcada por ésta; y ahora, ésta es la que va remolcada por aquella.

Algunos políticos creerán sin duda que los peligros de invasion por parte del Norte, que corren México y Cuba, desaparecerán del todo con la rotura de los lazos que unian á los Estados libres con los de esclavos de la Gran Confederacion Americana, si es que llegan á formarse dos repúblicas de las dos grandes fracciones de ese país que hoy están en lucha. Este acontecimiento, previsto hace ya algunos años como cosa muy próxima, tiene que suceder forzosamente, un poco antes ó un poco despues, por ser imposible que dure mucho tiempo una union, preñada de continuos motivos de desavenencias, á causa de la diversidad y oposicion de intereses y principios que hay entre unos y otros Estados.

Sobre este punto tenemos datos particulares que pasamos á referir, porque los acontecimientos hoy dispensan ya de toda reserva.

Durante la administracion del general D. Ignacio Comonfort vino á México, de los Estados-Unidos, un estadista del Sur, y con él tuvo el autor de este opúsculo varias conferencias relativas á un gran pensamiento que, segun parece, era el objeto principal y verdadero de su viaje, aunque él ostensiblemente venia á otro negocio muy distinto. Proyectaban entonces los Estados del Sur su separacion de los del Norte, y querian prepararse para ello. Con tal objeto el estadista en cuestion nos inició en su plan, que en globo se reducia á formar una gran república de la union de los Estados del Sur con México y Cuba, y para halagar nuestra vanidad, se designaba á México para que fuera la capital de la nueva nacion.

Las dificultades del plan por la oposicion que forzosamente debia encontrar por parte de los Estados del Norte, de España y de México, nos obligaron á calificar de peligrosa ilusion el pensamiento, el que, por otra parte, no podia granjearse muchas simpatías entre nosotros por tener como mira principal el sostenimiento de la institucion de la esclavitud. Aun cuando así no fuera, un cambio tan radical en el modo de ser de los tres países que debian formar la nueva república, no era de tan fácil realizacion que pudieran contar unos con otros, como si todos fuesen libres, para aceptar la proposicion. El único que podia disponer de sus destinos era México, y de seguro que hubiera desechado la oferta de ser la cabeza de ese gran gigante en cierne, por las desgracias consiguientes á la guerra que hubiera tenido que sostener contra los Estados-Unidos y España.

No creíamos nosotros tan próximo entonces el rompimiento que despues ha ocurrido en la república vecina; y si este escrito llega á manos del estadista que nos comunicó los planes de ese gran levantamiento, que será una catástrofe para el Sur si no consigue su objeto, recordará la exactitud de las observaciones que le hicimos, principalmente sobre los perjuicios

que á la larga y mas que en ninguna otra ocasion, en los momentos de peligro, entraña la esclavitud donde quiera que exista.

El levantamiento del Sur tendrá por consecuencia forzosa la emancipacion de los negros, cualquiera que sea su resultado. Desde luego los declarados ya libres, en los Estados pronunciados, por el gobierno de Washington, conservarán su libertad. El ejemplo de Haití, á consecuencia de la revocacion por Napoleon I, del decreto de la Convencion que declaraba libres á los esclavos de las colonias francesas, nos dice cuál seria la suerte de los blancos en esos Estados si pretendiesen despues de su separacion ó de su sometimiento, restablecer el antiguo órden de cosas. La libertad de esos negros obligará á tomar en los Estados donde no llega todavía la emancipacion, medidas propias para ir manumitiendo gradualmente á los esclavos de los Estados que se conservan unidos al Norte; porque no será posible conservar mucho tiempo la paz en el Sur, ora sea formando parte de la gran confederacion, ora sea república separada é independiente, si unos negros se mantienen en esclavitud, mientras que otros, que serán los mas, gozan de libertad.

Doloroso es que el gobierno de Washington haya dado el decreto de emancipacion de los negros de los Estados pronunciados, por una miserable mira de hostilidad contra sus amos, y no por el gran principio de la libertad. Si hubiera acatado este principio, el decreto no seria entonces parcial; y aun cuando nosotros no estemos por la manumision violenta, sino por la gradual y bien combinada con las circunstancias locales de cada país, reconoceriamos, en la generalidad de la medida, la bondad de la fuente de su procedencia. En el campo de la moral pierde por eso todo su mérito esa que hubiera podido ser una noble y generosa inspiracion.

Los mismos Estados del Sur, si hubieran comprendido sus verdaderos intereses, si hubieran tenido conciencia de la fuerza moral que en el mundo cristiano ejerce la repugnancia que inspira la esclavitud, se habrian adelantado á decretar por conveniencia propia, la emancipacion gradual y paulatina de sus negros. Asentado así el principio de la libertad de los esclavos por sus mismos amos, las potencias de Europa que mas desean la separacion de los Estados confederados y que no temen tanto como la Inglaterra un rompimiento con los Estados-Unidos, no hubieran tenido el reparo de la esclavitud para reconocer la independencia de la nueva república; pero ninguna nacion del mundo cristiano, ni las mismas que adolecen del mal de tener esclavos, se hubieran atrevido á reconocer á los Estados Confederados, antes de que su independencia fuese un hecho consumado por la victoria, si ese reconocimiento se debiera hacer bajo el signo de reprobacion de que se separaban por mantener á sus negros en indefinida esclavitud.

A pesar de eso, el grande interés que tienen las potencias occidentales de Europa en la ereccion de la república de los Estados Confederados, debió haberlas reunido para influir con sus consejos en la adopcion por el gobierno de Jefferson Davis, de aquellas medidas que hubieran facilitado su reconocimiento.

Mas sea de esto lo que fuere, y cualquiera que sea el resultado de la guerra civil en los Estados-Unidos, las grandes potencias de Europa deben unirse para apoyar en México un órden de cosas que preste garantías á propios y estraños, á fin de afianzar en estas regiones el establecimiento de instituciones que estén en armonía con las suyas y con nuestras verdaderas necesidades.

El primer beneficio que resultará de este hecho, beneficio que será mas seguro si llega á erigirse la república de los Estados Confederados del Sur, será el de relegar en los archivos, como un curioso documento histórico, eso que se ha dado en llamar la *doctrina de Monroe*, y que en su orígen no fué mas que la *resolucion* que inició Clay en 1823 referente á la oposicion que encontraría, de parte de los Estados-Unidos, la intervencion europea en América para restablecer á Fernando VII en el pleno dominio de sus perdidas colonias. Andando el tiempo, los anglo-americanos han querido dar á esa *resolucion* una latitud que en un principio no tenia ni para ellos mismos, y que no solamente pugna con el sentido comun y raya en estravagante, sino que está en contradiccion manifiesta con los mismos principios asentados por su gobierno en las contestaciones relativas al proyecto del tratado de las potencias Occidentales de Europa sobre recíprocas garantías de territorio; pues no podemos suponer que al reconocer en esas contestaciones los medios por los cuales un país puede hacer legítimamente nuevas adquisiciones territoriales, fuese la mente del gobierno de Washington asentar como principio que, en América, solo podian emplear esos medios los Estados-Unidos. Y si por acaso esta írrita pretension pudo en el Norte encontrar cabida en algunos cerebros exaltados y enorgullecidos por la prosperidad, de seguro que á ningun hombre sensato se le ha ocurrido nunca darle mas importancia de la que en sí tiene, ni considerar como cosa séria lo que solo podia servir para halagar el amor propio anglo-americano en circunstancias dadas, pero de ningun modo para establecer como principio de derecho de gentes una esclusion tan infundada, como ofensiva para todas las demas naciones del mundo.

Por otra parte, los hombres políticos de Washington debian pensar que esas naciones, escluidas arbitrariamente por una sola del goce de un derecho que es comun de todas, no habian de prestar su aquiescencia á tan es-

traña doctrina; y que si dejaban que los anglo-americanos la pregonaran en cuantos tonos podian imaginar, sin hacerles caso, era sin duda porque no la contemplaban digna de tomarla en consideracion, siendo una prueba evidente de la exactitud de esta asercion, el hecho mismo de haberse anexado España á Santo Domingo.... sin impetrar la vénia de los Estados-Unidos.

Con la division de la república del Norte, la prepotencia de la Gran Confederacion Americana se desvanecería, repartiéndose entre las dos nuevas naciones que se formasen, el gran poderío que juntas tienen. Si no hay division, por algunos años quedarán los Estados-Unidos debilitados por los estragos de la guerra actual, aunque así serán de temer en los primeros momentos, porque el gobierno no tendrá la autoridad suficiente para contener á tantos soldados licenciados con la terminacion de la guerra, en las espediciones filibusteras que emprendan, y probablemente nos veremos entonces envueltos con los anglo-americanos en cuestiones que pueden dar por resultado una guerra de conquista contra México, para indemnizarse así de los perjuicios que tengan en la civil que ahora los devora.

De cualquiera manera que se considere la cuestion, reunidos ó separados los Estados de mas allá del Gila y del Bravo, con la ereccion del imperio en México comenzará á establecerse el equilibrio político americano, el cual reconocerá, por punto de partida, el antagonismo de las instituciones que rijan en las repúblicas de los Estados del Norte y del Sur y en los imperios de México y del Brasil. Entonces la necesidad de una guerra de Occidente como la última de Oriente, desaparecerá del todo, y los peligros que amenazan á España por la isla de Cuba se aplazarán indefinidamente. Sin embargo, la España no debe olvidar que la isla de Cuba es la *llave del Golfo Mexicano*, como lo representa muy espresivamente el escudo de sus armas, y que por lo tanto la posesion de la grande Antilla será siempre codiciada.

Sin duda por esta causa algunos españoles manifiestan temor de que México llegue á ser un grande imperio, calculando que entonces las simpatías naturales de los cubanos por la independencia tendrán fácil satisfaccion anexándose á México. El medio de evitar que la colonia se separe de la madre patria, no es poner obstáculos al engrandecimiento de México, sino seguir los consejos de una política previsora en Cuba, de modo que el gobierno, siempre atento á descubrir las verdaderas y legítimas necesidades de los cubanos, se adelante á satisfacerlas; pues esas necesidades, cuando no se atienden, son las que enajenan las voluntades y siembran los odios que causan despues las revoluciones.—Algunos han pretendido justificar la conducta del general Prim, fundándola en esta fútil disculpa!

Independientemente de estos motivos generales de temor para España por

su colonia, hay otro muy serio que no se esconde á ninguno de los que se ocupan en esta grave cuestion, y es la de ser mas fácil que los ingleses tengan una guerra con España que con el imperio mexicano, ó con los Estados de la Confederacion Americana que producen algodon, y por consiguiente, que es mas fácil que Cuba se arruine y se pierda perteneciendo á España que formando parte integrante de nuestra monarquía, ó de la república que cuente entre sus Estados los que proveen de las materias primeras á las fábricas inglesas.

De suerte que en Cuba se corren de todos modos peligros de una guerra que para ella será siempre funesta, cualesquiera que sean las causas que la promuevan y sus resultados; y como es mas fácil un rompimiento de hostilidades entre Inglaterra y España que entre ingleses y mexicanos ó anglo-americanos; ¿quién pone en duda que, declarada la guerra, el gabinete de Saint James no tendrá el menor escrúpulo en desembarcar en las costas de la hermosa Antilla sus negros de Jamaica, para acabar en menos tiempo que el que tardaria en alistar su espedicion, con la prosperidad de la gran colonia española?

Este otro peligro que corre Cuba por causa de la esclavitud de sus negros, pende sobre sus destinos como nueva espada de Damocles, sin que pueda decirse que los cubanos con su prudencia y buen comportamiento tienen en sus manos alejarle cuanto cabe en la prevision humana; porque de ellos no depende conservar la paz con Inglaterra. La suerte de Cuba está sujeta á las determinaciones del gabinete de Madrid, en las que no tienen ninguna intervencion los cubanos, y por consiguiente ellos no pueden evitar, ni siquiera hacer observaciones y mucho menos oponerse á que se declare una guerra que infaliblemente causaria su ruina. Este triste convencimiento no puede menos de atormentar el ánimo de los hijos de Cuba, y mientras mas desarrollo adquieran los progresos de su civilizacion y el fomento de su agricultura y de su comercio, eso mayores serán los estímulos que tengan para desear salir de tan precaria situacion.

Los mismos peligros que esponen gravemente el porvenir de Cuba, amenazan el de Puerto Rico, y es lastimoso contemplar cómo cada vez se hacen mas inminentes, cuando de varios modos pudiera España conjurarlos. Como esta cuestion y la de México se hallan tan íntimamente enlazadas que en realidad no forman mas que una, con respecto á Europa, nos aventuramos á insinuar algunas observaciones sobre su resolucion, sin tratarla á fondo, por no ser propio de este lugar entrar en los pormenores de un plan de reformas en las colonias españolas.

Desde luego, como paso prévio, nos parece que se deben tomar todas

aquellas precauciones que sugiera la prudencia, con la mira de preparar el terreno para la gran medida de la emancipacion de los negros; porque en la realidad de las cosas todos estos peligros no reconocen otro orígen que el de la esclavitud. Cualquiera que sea, pues, el plan que adopte el gobierno español en la conducta que se proponga seguir en la administracion de sus colonias de América, si no estirpa en ellas radicalmente esa llaga que las devora, todos los remedios que aplique al mal, servirán solo como paliativos, que tal vez podrán retardar la crísis, pero que no salvarán de la enfermedad.

Bien se nos alcanza que son de la mayor magnitud las dificultades que presenta en la práctica la adopcion de esta reforma; pero es indispensable arrostrar por ellas cuando se trata de salvar lo principal con el sacrificio de lo accesorio; y cuidado, que es menester resolverse pronto con la decision propia de una conviccion íntima y profunda; porque los acontecimientos suelen precipitarse cuando las cosas llegan á cierto grado. á consecuencia de un incidente imprevisto, como por ejemplo, el de la emancipacion de los negros en los Estados-Unidos por causa de la guerra actual, y si se deja pasar la oportunidad de obrar, podria muy bien suceder que despues fuese ya tarde.

Ademas, España no va á lanzarse en una senda desconocida, pues ya varias naciones de Europa y entre ellas la Francia, y la Inglaterra en escala mayor, han dado el ejemplo de la emancipacion completa de los negros en sus colonias. Estos casos y otros mas que pudiéramos citar de los ocurridos en las naciones hispano-americanas, si bien es verdad que no han producido todos los buenos resultados económicos que de ellos se esperaban, no por eso es menos cierto que prueban hasta la evidencia la posibilidad de poner en práctica la medida, sin temor de grandes sacudimientos que perturben la paz interior. Acaso la festinada aplicacion de ciertas teorías abstractas contribuyó, y no poco, á que esos primeros ensayos no saliesen tan acertados como hubiera sido de desear; pero tal contratiempo no debe influir en manera alguna para retraer á los hombres de inteligencia y de sana intencion, de imitar ejemplos que no tenemos óbice en llamar provechosos, porque con sacrificios mas ó menos costosos, se han salvado intereses de mucha mayor cuantía. Empero, los errores que otros han cometido, deben servir para que los hombres sensatos aprendan á no caer en ellos; y cuando esos errores nacen solo de la inesperiencia en la aplicacion de un buen principio, los que tienen fe y ánimo fuerte, en vez de abatirse por un resultado desfavorable, cobran mas valor todavía, y trabajan con ahinco en la consecucion de su objeto, con la ventaja de conocer los escollos contra los que otros han tropezado.

No hay duda que la emancipacion violenta y repentina de la esclavitud en Cuba y Puerto-Rico, como hizo Francia á fines del siglo pasado en sus colonias, causaria una perturbacion ostraordinaria en esas islas; pero no es nuestra intencion aconsejar semejante desacierto.

Tambien es indudable que si se señala un término mas ó menos largo, á ejemplo de la Gran Bretaña, para que los amos preparen á los esclavos, por medio de cierto aprendizaje, al goce y buen uso de la libertad, no se conseguirá con esta servil imitacion mas que lo que sacaron los ingleses en Jamaica; pero tampoco es nuestro ánimo aconsejar la observancia de tal precedente.

Sin negar, pues, ni estos ni otros inconvenientes que ofrece la reforma, se nos ocurre preguntar: ¿son por ventura de tal naturaleza que impidan absolutamente su adopcion?

De ningun modo! Antes siendo, por el contrario, absolutamente indispensable hoy la emancipacion de los esclavos para asegurar de una manera eficaz la salvacion de las colonias, mientras mas graves sean estos inconvenientes, mas debe empeñarse el gobierno español en hallarle salida á la dificultad.

Y por cierto que la tal dificultad no es tan grande que ofusque la inteligencia y cierre todas las avenidas á una resolucion favorable. Ya con la introduccion en Cuba de colonos libres que de Yucatan, China y otros puntos conducen allí para trabajar en las labores del campo, se van desvaneciendo los principales temores que inspira la emancipacion bajo el punto de vista económico, temores fundados en la eventualidad de que se interrumpan las faenas de la agricultura, por la escasez que de brazos útiles para el cultivo de la tierra puede sobrevenir á consecuencia de la manumision de los negros, que, acostumbrados á ver el trabajo como la señal de la esclavitud, considerarán probablemente al principio la holganza como el emblema de la libertad.

Sustituyendo, pues, con oportunidad, á la sombra de un sistema de colonizacion bien entendida, el trabajo de los esclavos por el de hombres libres, la emancipacion de los negros en las colonias españolas se logrará incuestionablemente sin producir los quebrantos que la misma reforma causó en las inglesas y francesas.

Esta medida debe combinarse con otras del órden gubernativo para que el resultado sea completo, tales como las que ya hemos indicado y que se enderezan á introducir en la administracion de las Antillas españolas aquellas reformas políticas que son indispensables para estrechar entre criollos y peninsulares los lazos de amistad, interés y buena armonía que han de garantizar á España la conservacion de sus colonias de América.

VII.

En los párrafos anteriores nos hemos esforzado en demostrar la falsa posicion en que se encuentran los países bañados por las aguas del Seno Mexicano y los intereses de las naciones europeas que están en continuas relaciones con ellos.

Esta falsa posicion, como siempre sucede, tiene su orígen en la injusticia.

Bajo cualquier aspecto que se considere una cuestion, en política como en moral, lo que es malo en sí, no puede nunca servir de base sólida y durable á ninguna cosa.

Los Estados-Unidos se organizaron y se inscribieron en el catálogo de los pueblos soberanos é independientes de la tierra, bajo los auspicios mas favorables. Durante algun tiempo las sábias máximas de sus fundadores presidieron en su política, y su prosperidad no conoció precedente en la historia. Con su prosperidad se desarrolló en ellos la ambicion de conquistas, y con sus injustas invasiones se enajenaron la voluntad de sus vecinos y sembraron en el corazon de sus propios hijos semillas de discordia. Tenian á la verdad en sus entrañas un gérmen de grave enfermedad, y cuando debieran haberle arrancado de cuajo con tiempo y oportunamente, se imaginaron que no era un mal; antes por el contrario, se figuraron que era una de las causas principales de su riqueza. Fundados en tan deplorable error, no pensaron en estirparle, sino en darle cada dia mayor incremento. Este gérmen de males es la esclavitud, verdadero y primordial orígen de todas sus desavenencias, y hoy causa eficiente de su guerra civil, sin que por eso dejemos de conocer el influjo que subsidiariamente ejercen en ella otras cuestiones en las que ahora no se fija la atencion, porque aparecen como secundarias al lado de la importantísima de la esclavitud; pero que el dia que esta desaparezca, ocuparán el primer lugar, porque entrañan incompatibilidades de la mayor gravedad, que á su vez servirán de causa á nuevas disensiones, hasta que llegue el desmembramiento del coloso del Norte, si es que ahora no consiguen su objeto los Estados Confederados.

La gran república del Norte se dividirá pues, si no ahora, mas tarde, en dos grandes fracciones, cuyos tipos esenciales serán muy característicos. En la del Norte, la libertad del trabajo y del trabajador marcará sus progresos y adelantos en la civilizacion con su noble sello; mientras que en la del Sur

durará por mucho tiempo la huella que siempre deja la esclavitud del hombre en el trabajo.

El porvenir de la una no tiene sombras ni manchas; su horizonte de oro y azul, es puro como lo es el fundamento de sus leyes.

El porvenir de la otra está preñado de perturbaciones sociales á causa de la servidumbre y de los odios de raza que sobrevivirán á la manumision de los negros; su horizonte, oscurecido por las sombras de la esclavitud que hasta ahora ha servido de base á su economía interior, necesita, para despejarse, que se hagan cambios radicales en su organizacion y en sus costumbres.

Si mientras permanecieron sin guerra y unidos los Estados del Norte y del Sur, estaban siempre en continua pugna por causa de la esclavitud, en la suposicion de que ahora se separen y formen dos naciones independientes, la misma causa producirá entre ellos perennes disgustos que darán márgen á graves conflictos en sus relaciones internacionales.

Los Estados del Norte, que no se considerarán entonces obligados á guardar las consideraciones que antes respetaban cuando los del Sur formaban con ellos una misma familia, trabajarán con toda libertad en la propaganda abolicionista y suscitarán sin embozo las cuestiones de emancipacion y de derecho de asilo en su territorio para los negros, sin estar contenidos ya por el temor que antes los encerraba en los límites reconocidos de los derechos de cada Estado de la Gran Confederacion.

Como en los Estados del Sur la idea de conservar la esclavitud es la que principalmente causa su disidencia actual respecto de los del Norte, si se constituyen ahora en república independiente, no es de suponer que al hacerlo, tengan la intencion de abolirla desde luego; aunque mas tarde es indudable que se ocuparán en escogitar los medios de estingüir esa malhadada institucion. Pero antes de que emancipen á sus esclavos, nada de estraño será que, confiando en su poder y enorgullecidos con su triunfo, se lancen en las empresas arriesgadas de filibusterismo y se erijan en un constante amago contra el sosiego y la pacífica posesion, por parte de sus dueños actuales, de los países que ambicionen.

Agréguese á esto, que enojados los del Sur, por la falta del apoyo que hubiera sido de desear que les prestaran las potencias mas directamente interesadas en su separacion de los del Norte, se considerarán libres de compromisos para con ellas, si logran separarse sin auxilio estraño, y no se creerán obligados á guardar muchos miramientos.

Y sin embargo, ningun país puede contar con una larga duracion cuando sus tendencias constituyen una amenaza constante en sus relaciones con sus

vecinos, y sus instituciones un estado violento en su organizacion interior, por ser contrario á la naturaleza, y nada lo es tanto como la esplotacion por la fuerza del hombre por el hombre.

Nuevos Espartacos nacerán que, con mejor fortuna que John Brown, lograrán al fin y al cabo, si los blancos no se adelantan á dar la libertad á sus negros, la emancipacion de sus hermanos, favorecidos en sus empresas por los poderosos auxiliares que encontrarán en el Norte, si es que no precipita la realizacion de ese acontecimiento una guerra estranjera.

Los anglo-americanos del Sur, lo repetimos, con la mira de precaver este suceso mientras tengan esclavitud, tratarán de adquirir mas tierras creyendo que así serán mas fuertes; pero es claro que con el aumento de su estension territorial lo que ganarán, será aumentar sus peligros, porque con la multiplicacion de sus esclavos serán mayores las contingencias que por esta causa tengan que temer, y mientras mas ensanche den á su territorio, tanta mas dificultad tendrán para defenderle. Y cuenta que no podrán en un momento dado disminuir los riesgos que trae consigo la esclavitud, como lo hacian los griegos con los ilotas cuando su crecido número inspiraba temores al Estado, porque esas matanzas no son ya de nuestra época, y porque hoy el interés y la pasion de las riquezas hablan mas alto para nuestros vecinos que el temor de un suceso que se presenta dudoso para unos, remoto para otros y que algunos aparentan creer tan insignificante, que no debe tomarse en consideracion.

Esa codicia de riquezas y ese interés de que hacemos mérito, habian adquirido tales proporciones en los Estados-Unidos, que la especulacion de criar esclavos era allí, antes de comenzar la guerra civil actual, una de las mas lucrativas, y se ocupaban en ella como se ocupan en cualquiera otra parte en la cria del ganado caballar ó vacuno.

Para dar salida á esta triste mercancía, se necesita aumentar el cultivo de la tierra. De aquí sus deseos de adquirir nuevos territorios, deseos que han elevado á una que llaman *teoría de espansion*, y que hoy mismo, en medio de la guerra que sostienen, les impulsan á formar proyectos de invasion en la orilla derecha del Bravo. La ocupacion de la parte del territorio mexicano que ambicionan nuestros vecinos, hubiera llegado á ser un hecho consumado antes de que pudiéramos nosotros oponerles algun obstáculo, si el restablecimiento de la monarquía en México no nos sacara del estado de abyeccion en que habiamos caido.

A pesar de eso, nosotros debemos prepararnos con tiempo, á fin de que no nos cojan desprevenidos el dia que sea necesario combatir y rechazar con la fuerza una injusta agresion.

De los Estados sin esclavos tambien debemos temer, y mucho mas si en California y Nuevo-México, que hace poco eran nuestros, germinan las ideas de separacion y de constituirse en república independiente de los del Norte y del Sur. En este caso corremos por esa parte de nuestra frontera mayores peligros que los que hoy nos amenazan por la línea del Bravo; porque entonces la república del Pacífico querria igualarse en territorio cuando menos á México, máxime teniendo tan cerca la codiciada Sonora con sus ricos placeres de oro.

Ya hemos dicho que estos peligros de invasion que nos amenazan en el porvenir, podrian evitarse favoreciendo las potencias interesadas en la desmembracion de los Estados-Unidos, la ereccion de la república de los Estados Confederados, imponiendo por condicion al reconocimiento de su independencia, el respeto inviolable de la integridad de su propio territorio y de la del de todos los demas países vecinos. Pero como esto no ha sido posible, los peligros para México quedan en pié hasta cierto grado.

Si á estos peligros esteriores agregamos los que en el interior amenazaban á nuestra sociedad de una disolucion completa, por la imposibilidad en que nos hallábamos de llegar por nosotros mismos á organizar un órden de cosas duradero y estable en México, tendrémos por resultado la deplorable situacion en que nos encontrábamos, situacion que hacia indispensable buscar el remedio á nuestros males fuera del país.

En México no habia ningun partido bastante fuerte para dominar á los otros. Los gobiernos se sucedian sin dejar tras de sí mas memoria que los tristes recuerdos de sus vejaciones y tropelías. Las cosas habian llegado á tal estremo en estos últimos años, que las calificaciones que adoptaban los partidos no eran mas que espresiones arbitrarias que no significaban lo que con tales nombres se comprende en otras partes. En realidad ya no habia mas cuestiones de partido en México que la guerra cruenta que hacian los que nada tenian á la propiedad pública ó privada. Del erario nacional hacian granjería los empleados de la nacion, y de la fortuna de los particulares daban cuenta las arbitrarias exacciones de la autoridad, desde la mas elevada hasta la mas ínfima de la escala social; pues comenzando por los repetidos préstamos forzosos, impuestos caprichosamente por el ministro de hacienda, y acabando por las gabelas que verbalmente fijaba el alcalde del villorrio mas insignificante, por todas partes, cada autoridad en su esfera y en su jurisdiccion, imponia contribuciones á su antojo y reducia á prision al que no las pagaba, cuando no le estrechaba de otra manera mas inícua.

Era imposible que una sociedad continuara mucho tiempo bajo un sistema tan insufrible. Se hacia, pues, indispensable LA INTERVENCION EUROPEA

EN MEXICO para salvarnos, tanto del enemigo estranjero como de nosotros mismos.

En efecto, la necesidad de la intervencion la comprendian y la deseaban todos los hombres pensadores en México, bien que algunos disimularan sus deseos llamándola mediacion, y que otros le agregaran el epíteto de amistosa; pero no se resolvian á tomar ninguna iniciativa en asunto de tamaña gravedad, porque no suponian que fuera fácil y hacedero poner de acuerdo sobre este particular á las potencias occidentales de Europa, y ademas que quisieran apechugar con las consecuencias que para ellas pudiera acarrear la intervencion. Así es que veíamos en México este remedio á nuestros males como el náufrago que á lo lejos descubre una tabla en la que puede salvarse y que en su ansiedad y congoja por asirla, va perdiendo en cada triste conato que hace para lograr su objeto, las pocas fuerzas que le quedan y con ellas sus esperanzas.

No quiere esto decir que no hubiese en México hombres que repugnasen el remedio, unos de buena fe y otros con dañada intencion. De los primeros nos ocuparemos en el párrafo siguiente. Los segundos eran aquellos hombres que, habiéndose apoderado de los destinos públicos, sin mérito para ello, comprendian perfectamente que el dia que hubiese en México un gobierno de órden, desaparecerian de la escena política.

No faltaban tampoco quienes rechazaran la intervencion, porque acostumbrados á considerar el país como árbol caido del que todos hacen leña, veían muy claramente que en cuanto la probidad fuera la enseña del gobernante, se acabarian las vergonzosas especulaciones que los enriquecian, arruinando al país.

Tales eran los malos enemigos de la idea de la intervencion, y como tenian el poder en la mano, la sofocaban en cierne por cuantos medios estaban á su alcance, bien que sin creer que la cosa pudiera realizarse; pero iluminados por ese temor instintivo del hombre á quien amenaza un gran peligro y que tiene inspiraciones propias del miedo, preveían que al fin sus maldades tendrian un término, sin poder fijar cuál seria ese término.

En esta situacion estábamos cuando las torpezas del gobierno, como si aquí se verificara aquello de que cuando Dios quiere perder á los hombres los ciega, vinieron á favorecer la realizacion del plan que debia salvarnos y que deseaban todos los buenos mexicanos que aceptan cualquier sacrificio antes que perder la nacionalidad y la independencia del país. Ese plan fué el tratado de Lóndres, firmado en Octubre de 1861, por el cual las tres potencias occidentales de Europa tomaban la demanda en la cuestion mexicana.

La causa ocasional de ese tratado fué la ley del 17 de Julio de dicho año,

conocida aquí con el nombre de ley de suspension de pagos. La historia de esa ley es curiosa; héla aquí en pocas palabras.

Cuatro dias antes, esto es, el 13 de Julio, se habia organizado un nuevo ministerio del que era gefe, como ministro de relaciones esteriores, el Sr. D. Manuel María de Zamacona, quien dió un manifiesto á la nacion que era un verdadero proceso contra los actos del gobierno hasta entonces. En él decia que "la palabra reforma no sería la única que escribiria en el frontispicio de su obra, sino que añadiria las de *reorganizacion*, *órden*, *economía y moralidad*."

Estas cuatro últimas palabras están subrayadas en el manifiesto. La palabra *moralidad*, aplicada á su futura administracion, es la mas repetida en él, y sin embargo, el primer paso que da el ministerio, es presentar al congreso la ley de suspension de pagos! La cámara se oponia á aprobarla, porque, por desmoralizado que esté un cuerpo, la conciencia pública ejerce siempre una presion saludable sobre sus miembros; así fué que el gobierno solo pudo conseguir que pasara su ley usando de una supercherÍa que, si fué cierta, no necesitamos calificar, como la de asegurar al congreso, en contestacion á una pregunta que sobre el particular se le hizo, que ya se habia puesto de acuerdo con los ministros estranjeros en lo relativo á la suspension.

Aunque las tres sesiones del congreso en que se trató este punto, fueron secretas, todo el mundo sabia lo que pasaba en ellas con mas exactitud que si hubiesen sido públicas. En México nadie guarda ningun secreto político, y de esto se habló tanto, que no hay quien ignore lo que acabamos de referir, sea cierto ó no.

La falsedad del testimonio del gobierno, si le dió, vino á ponerse de mani fiesto cuando publicada la ley con fecha 17 de Julio, se vió que fué la causa del rompimiento de las relaciones con los representantes de Inglaterra y Francia, estando ya rotas con España desde la violenta espulsion del Embajador de S. M. C.

El escándalo que produjo esta ley en nosotros mismos á pesar de estar ya, por desgracia, demasiado avezados á las inconsecuencias é informalidades de ciertos gobiernos poco escrupulosos en el cumplimiento de sus compromisos, fué general en todos los partidos; pues apenas habian pasado seis meses que el gobierno de D. Benito Juarez habia ocupado á México, teniendo á su disposicion los inmensos capitales que habia acumulado el clero durante tres siglos, y los muy considerables que la piedad de nuestros mayores habia destinado á obras de beneficencia y de instruccion públicas.

Los despilfarros y la ineptitud de la administracion eran tales, que una mitad de los representantes del congreso, 51 diputados, dirigieron á D. Be-

nito Juarez una representacion pidiéndole que bajara de la silla presidencial, siendo cabalmente uno de los fundamentos de esa peticion, el derroche escandaloso de los centenares de millones de pesos que componian los bienes del clero.—Debemos advertir que entre todos los miembros del congreso no habia *un solo individuo* del partido conservador.

Pero mucho se engañara el que creyera que esa ley fué la causa eficiente de una resolucion tan importante, cual fué la de combinar la intervencion. Los males que de muy atras nos aquejaban y nuestras continuas discordias, fueron la semilla que al fin produjo la intervencion europea en México; y como para que se realice un grande acontecimiento providencial, es necesario que ocurran otros hechos estraordinarios que lo faciliten, concurrieron para producir el que ahora nos salva, la asombrosa guerra de los Estados-Unidos y los torpes desaciertos de la administracion pasada. La supina ineptitud de esa administracion se figuró que puesto que la suspension de pagos de los adeudos reconocidos por convenciones diplomáticas, ocasionó el tratado de Lóndres, con derogar la parte de la ley que se referia á esa suspension, se desvanecia la causa de la intervencion, y por consiguiente todo debia volver á su antiguo ser y estado.—Este solo hecho prueba la superficialidad de los estadistas que tan poco alcanzaban en su prevision.

Tres grandes potencias como la Francia, la Inglaterra y la España, no se hubieran reunido para hacer la guerra á la administracion de Juarez, si á tan mezquinas proporciones se concretasen sus pretensiones. Cada una de ellas es por sí sola sobrado fuerte para obtener el pago de lo que se le debe y para deshacer sus agravios.

Su empresa era otra, y bien claro se deducia cuál era la mente de la intervencion por el contesto mismo del tratado.

Y sin embargo, sorpresa fué lo primero que produjo, porque muy contados eran los que estaban iniciados en los pasos que se daban en Europa para lograr este resultado.

VIII.

La variedad de ideas y de convicciones que se observa en los hombres cuando ocurre un hecho social de grande importancia, es muy digna de estudiarse en sus causas y en sus efectos. El amor á la patria y los deberes para con ella no son en verdad sentimientos nuevos en el mundo, y sin embargo, vemos en la historia que bajo distintos conceptos y en disposiciones

absolutamente contrarias, se invocan ese amor y esos deberes como norte de la conducta de hombres que siguen caminos muy diversos y hasta diametralmente opuestos. Apliquemos esta observacion á dos grandes hechos de nuestra historia, á la guerra de nuestra independencia y á la actual intervencion europea en México.

Cuando comenzaron los disturbios en 1810 por el grito de Dolores, la fidelidad al rey, la obediencia á nuestros superiores, el respeto á nuestros iguales, eran el principio y el sentimiento dominantes en nuestra sociedad; porque tal la habian constituido sus fundadores, porque así la habian formado las instituciones á cuya sombra habia crecido y medrado. Las relaciones entre el superior y los subalternos, los respetos y las consideraciones de hombre á hombre constituian los lazos que estrechaban las obligaciones sociales. Pero á medida que la ilustracion se fué estendiendo y penetrando por las varias clases de la poblacion, la independencia en las opiniones y la libertad de discurrir contribuyeron para que se formara otro estado moral, en cuya virtud los hombres se separaban de la influencia que sobre ellos ejercia la idea de la obligacion hácia las personas, para seguir la de un pensamiento mas general, la influencia del amor á la patria y la de los deberes que nos impone. La fidelidad al rey y la fidelidad á la patria, cuando el rey y la patria dejaron de ser para los mexicanos una misma idea, una misma cosa, produjeron una division que estableció en nuestro país profundas diferencias entre sus hijos, calificadas por los nombres mismos con que se designaban; pues unos se llamaban patriotas y otros realistas.

Para estos, el respeto á lo pasado, el influjo de la costumbre y sobre todo la generosa intencion que acompaña siempre á la idea de fidelidad, eran estímulos poderosos para obligarlos á defender en conciencia la autoridad real.

Para aquellos, el amor á la patria, los deberes que nos impone ese ente moral, colectivo, que toma cuerpo, que adquiere una personalidad real y efectiva para los hombres que todo lo sacrifican por su país; la fidelidad á la persona del rey, la obediencia á los superiores y el respeto á los iguales, cedieron el campo á un sentimiento grande y bello que ejercía en sus almas un imperio superior al de los antiguos lazos sociales.

Así pues, tanto bajo la bandera del rey como bajo el pendon de la independencia, los mexicanos estaban impulsados por nobles y generosos arranques; pero los sentimientos que los animaban diferian completamente así en sus causas como en sus fines; pues los unos sacrificaban su vida y sus intereses por permanecer fieles y conservar el país á su rey, al paso que los otros hacian los mismos sacrificios por ser independientes y tener patria.

Desde que esto se consiguió en 1821, la nacion mexicana se ha visto cons-

tantemente trabajada por el espíritu revolucionario; y ora sean los conservadores, ora los puros, ora los moderados, todos los gobiernos que han regido sus destinos, han cometido á su vez errores y desaciertos, como si á porfia se hubieran empeñado en sumir al país en la espantosa anarquía que nos devoraba. La desmoralizacion pública y la desorganizacion social que nos minaban y corroían como cáncer devorador, habian producido hasta en los corazones mas esforzados y en los pechos mas animosos un letal desaliento que los hacia desesperar del porvenir de la república.

En medio de estas graves perturbaciones que nos afligian, se presentó el grande acontecimiento de la intervencion; y este suceso, aun antes que se supiera á punto fijo cuáles eran las miras de Inglaterra, Francia y España en la empresa, causó en los hombres buenos de todos los partidos distintas y hasta las mas opuestas impresiones, reflejándose estas con exactitud en el juicio que formaban sobre la intervencion.

Y aquí como en la guerra de nuestra independencia, es menester hacer justicia con franca y leal imparcialidad.

No hagamos mérito de los que por bastardos intereses se oponian y se oponen todavía á la intervencion: esa es la parte dañada de la sociedad que en sus últimas agonías no piensa mas que en esquilmar á los pobres pueblos por donde pasa en su fuga, cayendo sobre ellos como langosta voraz.—Hablemos solo de los hombres de bien.

En los primeros momentos de la intervencion, cuando en México no todos veían claro en el asunto, las opiniones se dividieron.

Habia mexicanos honrados y de buena fe que pensaban de tan distinta manera que parecia imposible que estuviesen animados de los mismos deseos de prosperidad por la patria comun, discrepando solo en los medios de lograr tan noble propósito. Unos se figuraban que la intervencion era la mayor calamidad que pudiera sobrevenirnos, y otros, que era lo único que nos podia salvar: aquellos, porque la contemplaban como un elemento mas de discordia en el país, porque engañados sobre sus fines, la juzgaban ignominiosa, porque el temor de que degenerara en conquista, despertaba en ellos los nobles y generosos sentimientos de patriotismo y de independencia que tanto honran á los buenos ciudadanos; y estos, porque creyeron desde un principio que respetaria la integridad de nuestro territorio, la nacionalidad y la independencia del país, y porque estaban persuadidos que solo con su ayuda se podria establecer en México un gobierno robusto y estable á cuya sombra medraran todos los verdaderos intereses del pueblo, un gobierno que por la moralidad que introdujera en todos los ramos de la administracion, afianzara la paz pública y diera vigor, animacion y vida á las fuerzas

legítimas y productoras del país, á la vez que reprimiera la anarquía y las fuerzas perversas y destructoras de nuestra sociedad; un gobierno, en fin, que fuese respetable y respetado en el interior como en el esterior, y que supiese manejar el poder y mantener el órden al mismo tiempo que favorecer el desarrollo natural y progresivo de la verdadera libertad.

Ademas de los hombres que participaban de estas dos opuestas opiniones, habia otros, no menos honrados y de buena fe, en quienes la duda y los deseos del bien de la patria mantenian en triste perplejidad. Juzgaban que entregados nosotros á nosotros mismos, por nuestras locuras y desaciertos, no podriamos nunca organizarnos de una manera digna de un pueblo libre, soberano é independiente, y que aun cuando la esperiencia acabara á la larga por darnos mayor cordura, como tenemos en el Norte unos vecinos demasiado interesados en mermar nuestra estension territorial, el tiempo nos faltaria para constituirnos de modo que nos respetasen todos los que tuviesen la intencion de apoderarse de parte de nuestro país, ya fuera por medio de las armas, ya por compra, ya por anexion, ó bien por absorcion. Este porvenir mas ó menos cercano que con dolor vislumbraban en el horizonte todos los que con sangre fria meditaban en México sobre sus destinos probables, afligia á los mexicanos desinteresados de todos los colores políticos, y los hacia pensar con seriedad en la presente intervencion.

La intervencion, decian, no puede venir con solo el objeto de cobrarse las potencias aliadas lo que México debe á cada una de ellas, pues no necesitaban unirse para eso. Ademas, nuestras rentas públicas en el estado de revolucion perenne en que vivimos, no son suficientes para cubrir los gastos de administracion y los intereses de la deuda estranjera, y lo serán mucho menos agregando los gastos de la intervencion, que serán superiores á toda esa deuda; por manera que las potencias coligadas gastarán mas de lo que pretenden cobrar, resultando así contraproducéntem la medida.

Otras son pues, las miras de la intervencion.

Por de contado que ni la Francia, ni la España, ni mucho menos la Inglaterra, acometerian una empresa de ese tamaño fundándola en cálculos tan erróneos. De aquí sacaban por consecuencia natural que esa empresa debia tener por objeto el establecimiento en México de un gobierno tal, que garantizase á las potencias aliadas el presente y les diese seguridades para el porvenir.

¿Pero cómo podria conseguirse tan difícil resultado?

Si la intervencion partiera de potencias republicanas, desde luego podria asegurarse que esa forma de gobierno no correria riesgo de un cambio en México; pero viniendo de las tres potencias occidentales de Europa, era

de suponer que sus tendencias todas se enderezarian á favorecer la adopcion de la monarquía en el país.

Tal era la conclusion que sacaban los hombres de buenos deseos, pero no de accion, los hombres de dudas, y por consiguiente sin resolucion para tomar por sí solos la iniciativa en un punto de tanta gravedad. Estos son los hombres pacíficos que componen siempre la inmensa mayoría de una nacion: necesitan ser impulsados, si no, nada hacen, y prefieren padecer pasivamente, á tomar una resolucion activa para sacudir el yugo que los veja, oprime y aniquila.

Como la alianza de Francia, Inglaterra y España se habia ajustado con aparente intencion hostil, la vacilacion era natural; y ora combatidos por el flujo del temor, ora animados por el reflujo de la esperanza, los hombres que deseaban encontrar en la intervencion un término á nuestros males, juzgaban que debia tener un pretesto ostensible, y un objeto verdadero oculto, de alta política de las mas trascendentales.

El pretesto ostensible es cobrar lo que se les debe y pedir satisfaccion por los agravios inferidos.

El objeto oculto de alta política, es combatir en el continente americano la idea republicana, favoreciendo la fundacion en México de una monarquía constitucional que con hechos pruebe las ventajas de esa forma de gobierno sobre la que han adoptado todas las colonias que fundaron en el mundo de Colon los Corteses y Pizarros, al emanciparse de la madre patria, halagadas por el ejemplo de los Estados-Unidos, como si fuera posible que pueblos educados por la monárquica España, pudieran estar preparados para gobernarse republicanamente. La esperiencia de medio siglo ha demostrado hasta la evidencia que la forma republicana no puede afianzarse entre nosotros, y esta esperiencia no ha hecho mas que confirmar la verdad política de que el tiempo no consolida sino lo que él mismo contribuye á edificar.

El partido republicano en Europa es mas insidioso de lo que á primera vista aparece á los observadores superficiales; pero como siempre que se ha presentado en escena lo ha hecho bajo los auspicios de la revolucion, ha dado de sí la idea de que republicano y revolucionario son una misma cosa, y el temor que inspira el uno se estiende tambien al otro.

Dejando á un lado los revoltosos de profesion y hablando solo de los hombres de buena fe en sus opiniones y en sus determinaciones, no se puede negar que en el partido republicano por conviccion hay tambien hombres, como en el partido monárquico, que tienen un sentimiento noble y patriótico de la grandeza nacional; mas cuando el partido republicano llega á

ocupar el poder, no da pruebas de justicia ni de cordura en sus actos; porque, con el ansia de llevar al cabo sus promesas, como si un presentimiento interior le advirtiese que el tiempo le es escaso, no puede cumplirlas sino ejerciendo violencias y atropellando todos los respetos humanos. De esta manera, ni el mismo engrandecimiento de la patria tiene duracion, porque para que sea estable, es necesario que se apoye en la moral y en la justicia, cosas que están reñidas con la violencia y los atropellamientos.

De suerte que el partido republicano halaga, porque promete todo lo que el pueblo desea, y repele, porque cuando está en el *poder* no *puede* cumplir lo que promete.

Pero los pueblos olvidan pronto sus desengaños y se alucinan con una admirable facilidad con las mismas promesas que en otras ocasiones han servido de señuelo para seducirlos; así es que los gobiernos de las tres potencias occidentales de Europa, por la esperiencia de la historia, no son tan ciegas que desconozcan las maquinaciones del partido republicano, y en tal virtud toman muy de antemano sus precauciones para no verse despues envueltos en los peligros que para ellas traeria consigo su triunfo.

Y como la idea republicana donde impera sin oposicion es en la América, á la América viene la Europa á combatirla, aprovechando con la sagacidad propia de sesudos hombres de Estado, la ocasion mas oportuna que hasta ahora haya podido presentar la historia del nuevo mundo.

En efecto; la república-modelo, la que todos se han propuesto imitar cuando ha llegado la hora del triunfo, es esa del Norte, fundada por el grande á la par que modesto Washington; y que ahora, cuando ya habia adquirido un engrandecimiento colosal, cuando su poder y su influencia eran tenidos en mucha monta por la Europa entera, la flaqueza de su organizacion, oculta bajo el manto de una prosperidad fabulosa, ha venido á revelarse á todo el mundo por motivos que nadie sospechaba que tuviesen tamaña trascendencia. La república de Washington no ha podido resistir al primer grave contratiempo interior que ha tenido en su majestuoso curso, y sus admiradores, en Europa como en América, han sufrido un triste desengaño.

Bajo estos auspicios emprendieron las tres potencias coligadas, en sentir de los hombres cuyas ideas esponemos, que son los mas, su intervencion en México, y no hay duda que la guerra desastrosa que se hacen en los ex-Estados-Unidos, los Estados que tienen esclavos y los que no los tienen, favorecia mucho las miras de Francia, Inglaterra y España, por cuanto las dejaba libres y espeditas en su accion colectiva.

Partiendo de este precedente, calculaban que, si las tres potencias mencionadas habian dado principio á su obra, era porque debian de haber toma-

do todas sus precauciones para que los medios estuviesen proporcionados á los fines, y que por lo tanto la resistencia que se les hiciera en México por los partidarios del gobierno de Juarez, fuera infructuosa.

De esta conclusion á la inaccion en la lucha, no hay mas que un paso, y de la inaccion en estas circunstancias á ser intervencionista, no habia mas que otro.

Pero aquellos patriotas en quienes bulle poderoso y activo el sentimiento de la independencia nacional, y que creian que la intervencion la menoscababa en gran parte, se exaltaban al considerar tan solo que pudiera haber mexicanos que no pensasen como ellos, y los epítetos de hijos espurios de México y de traidores á la patria con que los reconvenian, espresan débilmente su indignacion: á la vez que los hombres cansados de revoluciones y de desórdenes y que desesperaban de la suerte de México si seguia entregado al desenfreno y á la anarquía, y que estaban persuadidos de que solo con la intervencion se podria salvar la patria, pensaban á su turno que los verdaderos traidores y los malos hijos de México eran los que con una resistencia inútil iban á aumentar los males que nos afligian.

Ignorándose cuál seria la mente de la intervencion, era natural que el arranque primero del corazon estuviese en favor de los que no transigian con la idea de que de fuera nos viniesen á imponer la ley ó nuestro modo de sér, aunque en la lucha tuviésemos que sucumbir.

La reflexion venia despues á hacer pensar que, siendo estéril la lucha, no debian empeñarse mucho en ella; porque una sana política aconseja que se acepten con tiempo necesidades inevitables para dominarlas, si es posible, ó cuando menos para dirigir ó modificar sus consecuencias.

No todos se figuraban que la lucha fuera estéril, pues muchos habia que, fundados en sus buenos deseos, creían fácil y hacedero, por las ventajas que ofrece un país tan dilatado como México y con un terreno tan vario, oponer una resistencia, si no invencible, al menos muy suficiente para fastidiar á los invasores y obligarlos á volverse, despues de cubrir las apariencias con un arreglo ó tratado en que se diesen por satisfechos.

Los que no participaban de tal credulidad, pensaban que tan ilusoria confianza hacia mas honor al corazon que á la inteligencia de los que la alimentaban, y pasando de ese estremo al campo de la lógica de los hechos, raciocinaban de esta manera.

Lo único que entre nosotros sostiene las revoluciones, es la esperanza de triunfar que nace con cada pronunciamiento; y esa esperanza está fundada en que, como nuestros gobiernos no han sido nunca la espresion genuina de las verdaderas necesidades del país, sino que han representado alternativa-

mente fuerzas aisladas, intereses esclusivos de partido, en vez de representar á la nacion entera, á la sociedad con sus costumbres, con sus tradiciones, con sus progresos reales y efectivos, con sus principios y con sus intereses legítimos y generales, era indispensable que cayeran, cada uno á su turno; porque esos gobiernos sin base sólida, que entre nosotros se levantaban sucesivamente, lejos de que la nacion toda los aceptara, no eran mas que gobiernos de bandería, que pronto se usaban y se gastaban, en tales términos, que se podian contar los meses, las semanas y hasta los dias que á cada uno de ellos le quedaba de duracion. Por manera que los pronunciamientos en la república no triunfaban tanto por la virtud de los principios que proclamaban, cuanto por el vicio radical de los gobiernos que combatian.

El triunfo, á la larga, era pues del que se pronunciaba, y esta seguridad hacia interminables nuestras guerras civiles. De suerte que si logramos establecer en México, decian, un gobierno con tales condiciones que sofoque en su cuna la esperanza de triunfar contra él, la guerra que se le haga, si es que se atrevan á hacerle alguna, será de corta duracion. Y eslabonando una idea con otra, los que criticaban la credulidad de los que esperaban triunfar en la guerra contra la intervencion, iban á parar, de consecuencia en consecuencia, á que el gobierno cuyo establecimiento sostuviera la intervencion, seria invencible, por estar apoyado en los ejércitos de las tres potencias coligadas, creyendo ademas firmemente que, como esas potencias representan en Europa tres tipos distintos de civilizacion cristiana, pero que coinciden y están en armonía respecto de los principios cardinales de toda buena administracion, el gobierno que dichas potencias protejan en el país, será francamente constitucional, á fin de que sea para México una condicion de paz y de órden, de justicia y de libertad; en una palabra, un gobierno que represente el respeto de los derechos de cada cual y el ejercicio legal de la autoridad.

Estas eran las distintas opiniones que la intervencion produjo, con el agregado de que la idea de conquista que mas queria esplotar el gobierno de Juarez, no tenia mucho eco, por cuanto á nadie se le ocultaba que era una garantía para México que fuesen tres naciones las que se habian coligado y que así unas á otras se servian de contrapeso, para impedir semejante resultado.

Sin embargo, el gobierno de Juarez esplotó por cuantos medios estaban á su alcance los sentimientos contrarios, y cubriéndose con el manto sagrado del patriotismo y del amor á la independencia, llamaba á las armas á los hombres de todos los partidos y ponia en juego la gran palanca de la prensa en Europa como en América, para desvirtuar el influjo poderoso que de

dia en dia iba ganando la intervencion, pretendiendo hacer creer que la guerra se la venia á hacer al país y no á su administracion.

Como si hubieran estado de inteligencia, los primeros pasos de la intervencion favorecieron las miras del gobierno de Juarez, que no se paraba en los medios para lograr sus fines.

Cuando se creia en un principio que la cuestion seria solo con los españoles, se trabajó mucho para despertar el antiguo odio de los hijos del país contra ellos, y muy intencionalmente separaban en las proclamas á la Francia y á la Inglaterra, que llamaban *amigas;* mientras que de los españoles se decia que eran *enemigos de lo que lleva el nombre de indio*, que venian á *arrebatar á cada uno de nosotros la pobre ó pingüe herencia que el sudor de nuestros padres nos labrara;....* y despues se agregaba pomposamente: "Se trata " nada menos de que la nacion española vuelva á ejercer el odioso dominio " de Señor en nuestro pais."

Trozos como éste de la proclama del general D. José María Arteaga, gobernador que era del Estado de Querétaro, se leen en las de todos los demas gobernadores y gefes de tropa, los que al mismo tiempo daban decretos llamando á los mexicanos para que se unieran contra los que venian á atacar la independencia é integridad del territorio, é imponiendo pena de muerte á todo el que *no ocurriere á empuñar las armas en defensa de su país* y permaneciera en los lugares ocupados por las fuerzas enemigas. Tambien se imponia pena de muerte á todo el que *tuviere correspondencia* con esos lugares, y hasta al que consumiere mercancías del enemigo! Pero el decreto que vino á colmar la medida de todos estos arranques de feroz impotencia, fué el que lleva la fecha de 25 de Enero de 1862 y que se publicó en México mucho despues de la salida del correo estraordinario que llevó á Veracruz la correspondencia del paquete inglés perteneciente á ese mes, revelando esta publicacion tardía el temor de que, si llegaba á noticia de los gefes de las fuerzas aliadas sus ferales disposiciones, se entorpeceria el logro de las esperanzas que alimentaba el gobierno de Juarez de contrarestar con promesas y halagos los efectos de la intervencion. En esa ley draconiana se confunden, en efecto, la invasion del territorio por los ejércitos aliados con toda clase de crímenes, con los delitos contra la independencia y seguridad de la nacion, con la piratería y el tráfico de negros, con el plagio de las personas, con la simple concurrencia á las juntas que se celebraren en los puntos ocupados por la intervencion para formar un gobierno mexicano, con la invitacion hecha á súbditos de otras potencias para cambiar la forma republicana del gobierno, y con varias otras cosas de todas las que se formaba en la ley un sangriento baturrillo sazonado con la pena de muerte!

Y no se concibe cómo despues de publicado este monstruoso decreto, se celebraran los tratados de la Soledad con el mismo ministro que le firmó!....

Despues de este famoso tratado, llegó á Veracruz el Exmo. Sr. general D. Juan N. Almonte, que mereció los honores de la esclusion del decreto de amnistía que dió el gobierno de Juarez con fecha 2 de Diciembre de 1861, decreto arrancado al miedo de la intervencion. Los términos en que está concebida esta esclusion, revelan la pasion que animaba al gobierno que la dictó, pues no teniendo de que acusar á la víctima, se le hacia un crímen de lo que en realidad era un timbre. He aquí esos términos:

Art. 2º No comprende esta *gracia* (la del indulto).... 3º *A los mexicanos que firmaron y ratificaron el tratado Mon-Almonte.*

Habia un temor muy fundado y una prevision instintiva en esta esclusion del general Almonte, porque el gobierno de Juarez comprendia muy bien que, á pesar de todos sus esfuerzos, no podria resistir al inmenso poder moral que adquiriria la intervencion, el dia que en ella estuviese representado el elemento mexicano que le faltaba.

Por eso pidió á los gefes de las fuerzas aliadas la espulsion del territorio mexicano del espresado general Almonte.

Por eso ordenó tambien el inicuo fusilamiento del nunca bien llorado general Robles.

Y por eso cometió tantas torpezas, que no tuvieron otro resultado que enajenarle cada vez mas y mas las voluntades; porque la sangre cimienta la opinion que con derramarla pretenden comprimir; porque la injusticia y la violencia, en vez de afianzar, minan el partido que las emplea, y fortalecen el partido contrario.

Los convenios de la Soledad se rompieron el dia 9 de Abril de 1862, como todo el mundo sabe; pero en lo que pocos han fijado la atencion es que precisamente en ese mismo dia el ministro de Estado de España, el Sr. Calderon Collantes, decia en pleno congreso, refutando el discurso del diputado Castro, estas notabilísimas palabras:

" En el convenio, en el arreglo celebrado entre los tres gobiernos, ha sido
" una de las principales condiciones, la de sostenerse mutuamente en las
" reclamaciones que respectivamente hubiese de formular cada uno de ellos.
" Cualesquiera que fuesen las que formulara la España, cualesquiera que
" fuesen las que presentasen la Francia y la Inglaterra, las fuerzas aliadas
" debian sostenerlas como si fueran las de su propia nacion."

¡La coincidencia no podia ser mas peregrina!

Despues de este suceso se formó el gobierno del general Almonte bajo los auspicios de la libertad que se gozaba en los lugares ocupados por las

fuerzas francesas, y con un hecho tan significativo, se desvanecieron las acusaciones que se hacian á la Francia, tanto fuera como dentro del país, relativas á sus proyectos de conquista.

Un malvado pretendió entonces cometer un crímen contra la persona del general Almonte y se sospechó que tambien contra el ministro de Francia, M. de Saligny; pero fué descubierto, juzgado y sentenciado, y pagó en el patíbulo su atentado.

Desde que se estableció el gobierno nacional del general Almonte, la intervencion francesa ganó en México todas las simpatías que eran debidas al beneficio inmenso que nos iba á hacer, y en todas partes aguardaban su ayuda para acogerse á su proteccion.

¿Cuál no seria el desaliento de los partidarios y amigos de la intervencion cuando vieron que, á la llegada del general Forey, uno de sus primeros actos fué destruir el gobierno que representaba en la intervencion francesa el elemento mexicano?

El gobierno de Juarez supo aprovechar este incidente para imponer al público la creencia de que la Francia venia á conquistar á México.

Repetida esta asercion por las mil bocas de una prensa subvencionada, llegó á creerse en efecto que era verdad lo que decia el gobierno, pues nada es tan corriente como que el público tenga las ideas mas falsas y erróneas sobre los acontecimientos que pasan á su vista, cuando un interés poderoso los adultera segun su conveniencia. A medida que esos acontecimientos se alejan de nosotros, se van desprendiendo de ellos las fingidas circunstancias con que la pasion los vistiera, y aparecen despues á nuestros ojos libres del mentido ropaje de que los desnuda la sana crítica del filósofo y del historiador. Pero mientras tanto, la mentira, á fuerza de repetirse, acaba por prevalecer, por ocupar el lugar de la verdad en la opinion pública, cuando la buena fe de los hombres de bien se ve asaltada por esa multitud de falsedades, creadas y propagadas por la malevolencia y las torpes pasiones de los partidos.

La duda en unos y la credulidad en otros fueron causa de que hostigados por las exigencias del gobierno de Juarez, protestaran muchos contra una intervencion que habia pasado por tantas peripecias y cuya mente no acertaban á comprender.

Por fin ocupó la intervencion á México y desde luego se presentaron dos caminos para llevarla á buen término. Era el primero convocar á los mexicanos para que organizaran un gobierno nacional, y el segundo establecer una administracion militar por las fuerzas de la intervencion, hasta que ocupado todo el país se consultara la voluntad nacional para fundar el gobierno.

Si se hubiera adoptado este último medio, los enemigos de la intervencion

hubieran tenido un argumento poderoso para sostener que eran mentidas promesas las que hacia la Francia de respetar la nacionalidad y la independencia de México, lo que hubiera sido fácil hacer creer, por el temor natural que se despertaria en todos los mexicanos de que se convirtiera en conquista la ocupacion. Y tan cierto es esto, que á pesar de haber seguido la intervencion el primer camino que dejamos señalado, todavía hoy las proclamas de los mexicanos estraviados que pretenden sostener la guerra contra el imperio y la inmensa mayoría de la nacion, no tienen mas que ese pretesto para cohonestar su conducta.

Se adoptó, pues, y con razon, el primer camino, y se procedió á establecer un gobierno nacional.

¿Pero cuál debia ser la forma de ese gobierno?

IX.

¿Cuál debia ser la forma de ese gobierno?—¡La monarquia!

Nosotros no estábamos educados para la república, y al quererla establecer, nos figuramos que bastaba tomar de los Estados-Unidos sus principios constitucionales; pero la Providencia, que dirige con mano certera los destinos de las sociedades humanas, iba llevando las cosas de México por sendas tan poco frecuentadas, que los acontecimientos se sucedian y nos asombraban en su estrañeza, porque queriamos interpretarlos con nuestras limitadas potencias.

¿Cuál ha sido la historia de México desde que se hizo independiente?

En dos páginas se escribe la historia moral de un pueblo.

México fué conquistado y gobernado por una nacion de guerreros que durante setecientos años mantuvo su espada desenvainada para arrojar del patrio suelo al enemigo agareno.

No hay un solo mexicano sensato que al recordar que desciende de esa altiva raza que pobló un mundo, no sienta latir su pecho de orgullo y de esperanza: de orgullo, porque la España, cuando vino á México, era la nacion mas poderosa del orbe, y hay digna satisfaccion en proceder de tan noble linaje; y de esperanza, porque abatida esa misma España por largos reinados infecundos, ha vuelto á renacer á la vida, presentándose de nuevo en el concierto de las grandes potencias de la tierra con sus credenciales de Joló, Cochinchina y Marruecos, y México á su vez tiene hoy abiertas las puertas para regenerarse y ser en América lo que será España en Europa.

Al venir España á México se admiró de hallar el imperio mas poderoso y

mas civilizado de cuantos se han encontrado en tierras nuevamente descubiertas. Los hijos de la raza indígena tienen tambien un justo y noble orgullo de contar entre sus antepasados á los Xicotencales y Huatimotzines, y las casas mas nobles de los primeros pobladores de este vasto imperio, tienen á honra agregar á sus nombres los de los gefes mexicanos con cuyas familias se enlazaron.

Mientras España dominó en México, no pudo darle mas que lo que tenia, y ciertamente que no le dió lo que en España no habia. En España no se conocian las ideas modernas de república mas que por los estragos que en Francia habian causado los sangrientos delirios de 93; y ni por sus tradiciones, ni por sus hábitos, ni por su educacion, podia admitirlas en sus instituciones, y mucho menos comunicarlas á sus dilatadas colonias de América. Así es que cuando México se hizo independiente, su primera inspiracion fué constituirse bajo la forma monárquica, que era la que conocia.

Al pretender reinar en México Iturbide, se estrelló en los escollos de una carrera para la que no estaba educado; y no teniendo los tamaños que se requieren para ser el fundador de una dinastía, sucumbió en la empresa.

Al vernos los mexicanos libres de España y sin gefe que nos rigiera, nos figuramos que podriamos consolidar entre nosotros un gobierno democrático, calcado sobre el establecido en la vecina república del Norte, y nos figuramos tambien que así procurariamos á México la misma prosperidad que disfrutaban los Estados-Unidos.

Ese fué un grave error, y sus funestas consecuencias aun las tenemos que deplorar.

Cuando una institucion nace espontáneamente en un país, es porque el país la necesita y está ya dispuesto para su adopcion; pero cuando se quiere violentar el órden natural y sucesivo de los progresos sociales, sucede con la mas bella teoría lo que con las plantas exóticas, que en vez de dar ricos productos, pronto degeneran, se marchitan y se secan; pues las ideas, como las plantas, no germinan sino cuando el terreno está bien preparado para recibirlas. Cuando las instituciones están en armonía con el estado de adelantamiento que guarda un pueblo, con sus mejoras materiales y con sus progresos morales é intelectuales, las buenas ideas se generalizan en la opinion pública, se robustecen y producen los ópimos frutos de la civilizacion; pero cuando queremos salvar grandes distancias de tiempos, de cultura y de lugares, y aplicamos á una situacion dada de un pueblo instituciones propias de otras circunstancias, de otra civilizacion ó de otro clima, de seguro que no producen ninguno de los buenos resultados con que se recomiendan en otras partes.

Esto es cabalmente lo que nos ha sucedido á nosotros, y al contemplar las tristes consecuencias que han tenido en nuestro país esas instituciones, hemos creido que con variar de hombres algunas veces y otras de forma, pero conservando siempre el mismo fondo de república, remediariamos los males que nos causaban; y pasando sin criterio, sin conciencia de la causa del mal y sin conocimiento del remedio propio para curarle, á los cambios y mudanzas mas deplorables, hemos probado en vano todas las formas de república, desde las mas liberales hasta las mas absolutas, sin alcanzar la felicidad tras que andábamos; porque no habiendo conexion ni armonía entre ellas y las verdaderas necesidades del pueblo, solo han producido entre nosotros una licencia escandalosa ó un despotismo ininteligente.

Así pasaba México sus años, alternando entre la dictadura mas tiránica y la oclocracia mas desenfrenada.

No debiéramos, pues, admirarnos de que los partidos que por tanto tiempo nos han dividido, se escudasen, cada uno á su vez, con la justicia y la razon para sublevar las pasiones mas borrascosas; de que en nombre del respeto á las leyes, proclamasen la rebelion; de que fundándose en los derechos del hombre, sancionasen el robo y el asesinato; de que so pretesto de progresos y adelantos sociales, escitasen á la multitud á cometer los escesos mas brutales, y de que en nombre de la fraternidad, del amor á la patria y á la libertad, apelasen al odio y á las venganzas entre los miembros de una misma familia, entre los hijos de un mismo suelo, para satisfacer las mas torpes aspiraciones.

¿Y cuál ha sido el resultado de semejantes desaciertos?

Que se han disuelto los vínculos sociales, que se han roto los lazos que mantenian en estrecha union la vida moral con la vida material, la vida del pueblo con la vida de la familia, la autoridad doméstica con la autoridad política, y los gobernados con los gobernantes.

De aquí el desenfreno de las costumbres públicas y privadas, desenfreno que produce la licencia, la venalidad y la corrupcion.

De aquí la maldad que no cree en la virtud, y la maledicencia que lanza por todas partes sus saetas emponzoñadas, sin respetar ninguna condicion, ninguna dignidad, ningun puesto, ningun individuo, ninguna autoridad; porque nada hay sagrado para ella cuando se han pervertido las ideas:—moral, instituciones, magistrados, leyes, deberes, derechos, virtud, honor, todo se reduce á problema en los pueblos desmoralizados por continuas revueltas interiores; revueltas que son mas dañosas que las guerras estrañas menos felices.

Pero del mismo esceso del mal nace á veces el remedio que le ha de estirpar.

Esas repetidas conmociones que hemos esperimentado, esa desazon y ese descontento que nos trabajaban; esa exasperacion de los ánimos, ese murmurar de todo y esa desconfianza terrible de los hombres, de las instituciones, de las cosas y del porvenir, han engendrado en el corazon de los buenos, que siempre son los mas por fortuna de las sociedades humanas, el deseo, con la conviccion de la necesidad, de un órden de cosas estable y duradero; y esto solo se consigue en los países que se hallan en nuestra situacion, con un gobierno fuerte y justiciero, con una autoridad respetable y respetada; porque el poder que no es fuerte, deja de ser poder, así como la autoridad que no es respetada deja de ser autoridad.

¿Mas cómo se hallaba la república cuando todos los que deseaban francamente la conservacion de la nacionalidad mexicana, dirigieron hácia la intervencion sus esperanzas?

Su situacion era de las mas deplorables.

Desde el primer magistrado de la nacion, desde el prelado mas virtuoso hasta el último de los ciudadanos, estaban espuestos á las mas vergonzosas injurias con que se haya manchado la prensa mexicana.

El robo y el asesinato en los parajes mas públicos y á la luz del dia, sin embozo ni empacho, y sin que nadie se moviera á favorecer á la víctima de una soldadesca indisciplinada, ó de un malvado á quien daba valor y audacia la impunidad.

La espoliacion organizada por la autoridad so pretesto de ocurrir á las necesidades de la patria.

La fortuna de los particulares á merced de un gobierno sin escrúpulos que la declara constituir la caja del ejército.

La administracion de justicia convertida en instrumento torpe de los intereses mas venales.

La vida del ciudadano pacífico en manos de la gente mas desalmada.

Las cárceles llenas de los hombres mas honrados y mas dignos, mientras que los ladrones y los bandidos campaban por sus respetos, desempeñando á veces cargos públicos muy elevados.

Los ricos empobrecidos por las exacciones mas arbitrarias, y reducidos á prision cuando ya no tenian con que pagar los incesantes pedidos de dinero con que los acosaban el gobierno y las autoridades de cada localidad.

Los pueblos incendiados, los campos talados y las cosechas destruidas.

Las ejecuciones sin formacion de causa á la órden del dia, en las ciudades como en el campo, ordenadas por generales como por simples capitanzuelos de guerrilla.

Todo anunciaba anarquía, miseria y disolucion.

El cuerpo social era casi un cadáver en cuyo desmembramiento pensaban propios y estraños.

Los pechos mas animosos desesperaban del porvenir.

La inmoralidad cundia de la esfera social mas elevada á las clases mas ínfimas del pueblo.

Cada Estado se contemplaba como una nacion *libre, soberana é independiente* de los otros, y así se titulaba y así procedia en sus relaciones con el gobierno general.

El ejército, en la mas completa indisciplina, en vez de representar como en todas partes el órden y de inspirar confianza á los habitantes pacíficos, era incapaz de prestar el menor apoyo á la autoridad para mantener la paz pública; antes al contrario, su presencia era motivo de espanto para los pueblos, por las depredaciones que causaba.

El gobierno, sin poder para hacer el bien y autorizado con omnímodas facultades para hacer el mal, no tenia mas fuerza que la física que le daban sus bayonetas; al paso que carecia completamente de aquella fuerza moral que da autoridad á una administracion justa y equitativa, y que á todos obliga á la obediencia.

La representacion nacional, con su conducta inesplicable, habia desacreditado entre nosotros una de las instituciones mas bellas de que pueden gloriarse los hombres en los países donde se ha comprendido debidamente su espíritu y su verdadera mision.

El edificio social se desplomaba, en fin, por todos sus ángulos, y al volver la nacion sus ojos hácia la intervencion europea que nos tendia una mano amiga en los momentos del naufragio, debemos convenir en que lo hacia estimulada por la necesidad que comprendia tener de sus servicios, é impulsada por el instinto de la vida que se reanimaba en su corazon con mas vigor, á medida que era mas grande la inminencia del peligro.

Y la pobre república mexicana, favorecida con tan pródiga mano por la naturaleza y tan maltratada por la torpe mano de sus hijos, con sus disensiones y contínuas revueltas intestinas, ¿cómo hubiera podido conjurar ese peligro y mucho menos combatir por sí sola tan graves males?

¡De ningun modo!

¿Pues entonces qué debia hacer?

Lo que ha hecho.—Buscar en un cambio radical de instituciones, una forma de gobierno que estuviese en concordancia con nuestro orígen y nuestras verdaderas necesidades, y que por su estabilidad y por su armonía con los principios que rigen en Europa, nos procurase el apoyo y las simpatías de las grandes potencias interesadas en impedir el desmembramiento de una

nacion como México, cuya existencia es de general interés para la conservacion del equilibrio entre todos los pueblos de cierta categoría de Europa y de América.

Ese gobierno no podia ser otro que el gobierno imperial.

Y hé aquí por qué se *hacia indispensable, para salvar la nacionalidad y la independencia del país*, EL RESTABLECIMIENTO DE LA MONARQUIA EN MEXICO.

X.

El verdadero patriotismo consiste hoy, pues, en maldecir las revoluciones, las guerras civiles y las torpezas de nuestros gobernantes que nos han puesto en el caso de necesitar la intervencion europea, y no en oponernos á la que nos ha asegurado el primero de todos los bienes, la independencia nacional.

Bien se nos alcanza que no se destruyen en un dia el desórden y el vandalismo que han durado muchos años, porque esos elementos de desorganizacion social han tenido tiempo de echar hondas y funestas raices, cuya estirpacion completa es obra larga y laboriosa.

Pero mucho se engañaría el que confundiera esas chusmas de bandidos que viven hoy del robo y del saqueo, con los patriotas que en otro tiempo brotaban, por decirlo así, de la tierra para conquistar nuestra independencia.

Entonces no se necesitaban proclamas, ni leyes draconianas, ni mandamientos conminatorios, ni mentidas constituciones, ni promesas de apropiarse los bienes ajenos, ni ninguno de esos actos mas ó menos inmorales que han sido tan frecuentes en estos últimos tiempos y que se han puesto en práctica para interesar á los pueblos en un triunfo que indispensablemente debia ser efímero: bastaba solo el amor á la independencia de la patria para que no faltaran soldados á una gran causa.

Ese mismo sagrado amor á la independencia de la patria es en el que se ha inspirado el general Almonte para trabajar con un desprendimiento y una abnegacion sin iguales, por el triunfo de la intervencion y del imperio, que es su consecuencia natural y forzosa.

La intervencion, en efecto, fuera una cosa sin sentido, si otro gobierno que el monárquico hubiera sido su resultado.—Y sin embargo, hubo hombres que, á los pocos dias de haber llegado al país y sin haber estado nunca antes en él, se preciaban de conocerle, y decian que en México no habia parti-

do monárquico. En esto no hacian mas que repetir, como eco fiel, lo que querian los demagogos que fuera de México se creyera sobre este punto.

Si hubiera sido cierto que en México no habia monarquistas, ¿para qué imponer entonces la pena de muerte contra todo el que pretendiera cambiar la forma de gobierno?

Y cuando por medio del terror se imponia un absoluto silencio á la manifestacion de tales deseos, los demagogos se apoyaban en ese mismo silencio para decir que en México no habia partido monárquico!

Sí le habia, y es hoy muy numeroso, pues se compone de todos los que no especulan con la cosa pública, de todos los que viven de un trabajo honesto y digno, de todos los que tienen algo que perder y nada que ganar en las revueltas de la república; y si callaba, era porque ocupando el poder sus contrarios, el que se hubiera atrevido á alzar la voz en su favor, hubiera pagado con su cabeza su estéril audacia.

Por ignorancia, y á veces por malicia, los prohombres de la demagogia habian difundido en el vulgo la idea de que la monarquía era contraria á la libertad y á la independencia, y la comparaban con la antigua dominacion colonial; así es que para muchos la palabra monarquía es sinónima de servidumbre.—Haríamos muy poco favor á nuestros lectores si nos empeñáramos en demostrar la falsedad de semejante concepto, y si hacemos mencion de él, es tan solo para que se vea de qué medios se valia la demagogia para desacreditar en las clases poco ilustradas de nuestra sociedad, la forma de gobierno que ha dado á las naciones de Europa tanta verdadera libertad y tanto engrandecimiento.

El general Almonte, pues, al trabajar por la intervencion y por el triunfo de la idea monárquica, es consecuente con sus principios, y no hace mas que continuar, mejor dicho, que completar la grande obra por la que perdió la vida su ilustre progenitor: la libertad y la independencia de su patria.

Hoy comprenden instintivamente esta verdad los pueblos, y sobre todo esa inmensa poblacion indígena, porque despues de tantos errores y de tantas esperanzas frustradas, despues del abatimiento, de la indiferencia y hasta de la desesperacion que habian producido en ellos las vanas teorías con que los habian alucinado, responden á los manejos que ponen en juego los demagogos para levantarlos contra la intervencion francesa, con las adhesiones mas sinceras al imperio.

Esto debia suceder; porque cansado ya el pueblo de las vejaciones perennes de los que tomaban su nombre para esquilmarle, no era posible que las proclamas de esos hombres tuviesen el menor eco en el país, ni que produjeran en ninguna parte ese arranque espontáneo de patriotismo que entusias-

ma tanto cuando se defiende una causa nacional que tiene simpatías en todos los corazones. Y como la verdadera causa nacional es hoy la de sostener y defender el imperio que nos da paz, órden y estabilidad, el entusiasmo de todos está en favor de su triunfo, porque con él lograremos el afianzamiento de las instituciones que nos darán verdadera libertad y segura independencia.

A la sombra de ese gobierno protector, regido por sábias doctrinas y empuñando el timon de la nave del Estado el príncipe advertido y prudente que nos envidiarán las viejas naciones de Europa, veremos mejorar la condicion social de los mexicanos; adelantar á la par las ciencias y las artes, la agricultura y el comercio, la industria y la minería; y desenvolverse, guardando una saludable armonía, las mejoras materiales y los progresos morales é intelectuales, que es como se alcanza la verdadera civilizacion.

Y nunca admiraremos bastante al hombre que, pudiendo gozar todas las delicias de una vida feliz, tranquila y sosegada en el hogar doméstico, ó en medio de las consideraciones y de los respetos debidos á un elevado mérito personal y á la mas alta posicion social, va á consagrar sus laboriosas vigilias al bienestar de un pueblo que lleno de confianza se entrega en sus brazos y deposita en su honradez y en su conciencia las facultades necesarias para llevar á buen término la grande obra de nuestra reorganizacion social, el engrandecimiento y la prosperidad de su nueva patria.

Y si nosotros consideramos á nuestro emperador Maximiliano I como el puerto seguro de nuestra salvacion en la deshecha tempestad que corriamos, como la firme columna en cuya sólida basa irán á estrellarse las olas de las ambiciones desenfrenadas, ¿qué mucho que los austríacos no quieran que un príncipe de tan aventajadas prendas, que se halla tan cerca del trono de los Hapsburgos, renuncie á servir directamente á su patria nativa, por venir á reinar en México, país tan apartado de su cuna, y que tan pocas relaciones tiene hoy con los súbditos del emperador su hermano?

Este es un noble sentimiento que debemos respetar y que respetamos en realidad; pero que produce en nosotros un deseo enteramente contrario al de los austríacos; porque mientras mas motivos tengan ellos para no querer dejar la presea que hoy poseen, eso mayores son precisamente los motivos que nosotros tenemos para desear que venga á gobernarnos.—Escasos por demas son los buenos gobernantes, y cuando el Supremo Dispensador de bienes pone en el camino de los destinos de un pueblo, á un príncipe dotado de las condiciones necesarias para ser el fundador de un grande imperio y gefe de una dinastía de nobilísima estirpe, insensato será el que se oponga al cumplimiento de esa mision providencial!

XI.

Aquí hubiéramos concluido nuestra tarea si los discursos pronunciados en el cuerpo legislativo francés por los hombres eminentes de la oposicion, no nos volvieran á poner la pluma en la mano para refutar los errores en que han incurrido al tratar la cuestion mexicana.

Si es admirable la facilidad con que en Europa se acogen los informes mas falsos y se adoptan las opiniones mas absurdas sobre las cosas de México, mas admirable es todavía ver que hombres de los tamaños de los que en la cámara francesa están al frente de la minoría que ataca al gobierno del emperador Napoleon III, por su espedicion á México, suban á la tribuna, y con la autoridad de la alta posicion social que ocupan, asienten los hechos mas inexactos y aventuren las aserciones mas erróneas.

Esto, sin embargo, no debiera estrañarse tanto, porque cuando un general espedicionario se figuró descubrir desde su tienda de campaña en las playas de Veracruz, la causa de los males que nos afligian y que la monarquía no era el remedio que necesitábamos, ¿qué mucho que en París se dejen sorprender las mas claras inteligencias por los falsos informes de hombres interesados en adulterar la verdad?

El general que tan tristemente se engañó en la cuestion mexicana, ha influido con sus determinaciones de una manera lastimosa sobre la suerte que habria cabido á España y á los españoles en América, si su conducta hubiera sido del todo opuesta á la que se empeñó en seguir. Eso, no obstante, su conducta fué aprobada oficialmente en lo general, por su gobierno, bien que desaprobada, tambien oficialmente, en cada uno de los puntos particulares que comprendia; enigma que no alcanza á descifrar nuestra inteligencia, pero que es un hecho incontestable, y un hecho que ha causado en el pueblo español un profundo sentimiento que ha tenido que sofocar en silencio por espíritu nacional, así como por el respeto que es tradicional en España á la autoridad.

¿Qué hubiera sucedido en Francia si las fuerzas francesas hubiesen abandonado la espedicion de México como las españolas?

¡Qué hermosos discursos no hubiera pronunciado entonces la oposicion en contra del gobierno!

Y razon habria tenido para ello, porque con semejante comportamiento hubiera faltado la Francia á la mision providencial que la trajo á México.

Pero el espíritu de oposicion encuentra motivos de censura en todo, en lo malo como en lo bueno; y si los hombres que en el cuerpo legislativo francés han atacado la política del emperador en México, hubiesen estado en el gobierno, acaso habrian seguido la misma conducta que ahora con tanta acritud vituperan.

A pesar de que los cargos que hacen no tienen ningun fundamento, nos complacemos en creer que proceden de buena fé; pero como carecen de exactitud los hechos que aducen, con demostrar el error en que incurren, desvaneceremos hasta la menor duda qne pueda quedar en el ánimo del hombre mas preocupado.

Por de contado que á nosotros no nos toca tratar la cuestion en este lugar bajo el punto de vista francés. La voz de los oradores del gobierno de Napoleon III ha sido sobrado elocuente para que haya quien se atreva á hacer oir la suya despues. En tal virtud, nosotros nos limitaremos en esta refutacion á rectificar los hechos y á deshacer los errores de la oposicion con leal imparcialidad.

¿Cuáles son esos hechos?

¿Cuáles son esos errores?

En los cargos que dirige la oposicion francesa, los vamos á ver. Comencemos por el mas célebre de sus oradores, por Mr. Thiers, que podemos considerar como el representante de la idea que se refiere á la monarquía de Julio.

La primera acusacion que se escapa de los labios de Mr. Thiers, es la de que nunca habrá seguridad en nuestros caminos públicos.

Muy fácil es hablar del porvenir, pero no siempre los presagios funestos se realizan, y por fortuna, los hechos vienen frecuentemente á desmentir á esos profetas de la desgracia. Si en México nunca hubiera habido seguridad en los caminos, se podria temer entonces que el cargo tuviera algun fundamento; pero, gracias á Dios, aquí hemos tenido tanta ó mas seguridad que en cualquiera otra parte del mundo. Durante el gobierno español las conductas de plata atravesaban centenares de leguas en el país sin necesidad de escolta, y nunca se dió el caso de que se estraviara un solo peso. Despues vinieron, es verdad, las revoluciones y con ellas los desórdenes que son consiguientes y que han causado esa inseguridad que cree ahora perdurable Mr. Thiers; mas con el establecimiento de un gobierno como el que hemos proclamado, veremos pronto pacificado el país, y con la estincion de la causa, desaparecerán sus efectos: el tiempo nos será testigo, y no muy tarde, de que la aseveracion de Mr. Thiers es tan gratuita como infundada.

Al calificar los partidos en México, los reduce el ilustre historiador fran-

cés á dos, y les da nombres que con solo ellos despierta en Francia las simpatías por el uno, al mismo tiempo que subleva las antipatías contra el otro: tales son los nombres de *partido del antiguo régimen* y *partido del régimen moderno*.

Con solo esta calificacion revela Mr. Thiers lo mal informado que está sobre las cosas de México. La verdad del hecho es, que en la triste historia de nuestras revoluciones, habiamos llegado á este estremo, que ya en México no teniamos, como lo hemos indicado anteriormente, mas que dos partidos, sí, pero no los que en Francia se conocen con los nombres que les ha dado Mr. Thiers. Esos dos partidos son: el de los hombres que quieren vivir de su trabajo, y el de los hombres que quieren vivir del trabajo ajeno. En México la espresion de partido del antiguo régimen no tiene sentido ni aplicacion. Aquí no hay quien quiera volver atras, y loco seria el que intentara detener en su majestuoso curso la corriente moderada, pero irresistible, de los tiempos. Mas como el mismo Mr. Thiers dijo que empleaba esas calificaciones para espresar *bien su pensamiento*, nada tenemos que objetar, pero sí que advertir que su *pensamiento* no es la *verdad*.

Otro inconveniente halla Mr. Thiers para que se restablezca en México la monarquía, y es que los mexicanos (Mr. Thiers dice el partido) que la desean, tienen un aliado. ¿Y quién es ese fatídico aliado cuyo concurso le hace pensar á Mr. Thiers de una manera tan funesta del porvenir de la monarquía?—El clero!... de quien dice que tiene *costumbres intertropicales;* espresion que emplea para no ser desatento.

En el cuerpo legislativo se rieron de la ocurrencia, porque en Francia un chiste hace reir siempre; pero eso no da un solo quilate de certeza á ninguna gratuita imputacion.

A renglon seguido asienta Mr. Thiers otro hecho, cuya inexactitud no tiene ni siquiera la disculpa de que pudo, en el campo de sus apreciaciones, formar un juicio equivocado; porque ese hecho es enteramente contrario á la verdad: tal es el de decir que si el gobierno de Juarez vendió á vil precio los bienes del clero, en cambio le abrió á éste un artículo en el presupuesto!

No se comprende cómo un hombre de la posicion del ilustre orador, cuyos errores tenemos la pesadumbre de rectificar, se haya dejado engañar tan lastimosamente por individuos sin probidad y sin conciencia, como deben ser los que han influido en su ánimo para hacerle creer tan patente falsedad.

El clero desde el advenimiento de Juarez al poder, no ha tenido mas recursos para vivir que las limosnas de los fieles, y es falso, falsísimo que se le haya abierto ningun artículo en el presupuesto, presupuesto que por otra parte no llegó á formarse nunca durante la administracion de Juarez.

Partiendo de una base tan deleznable, pregunta despues Mr. Thiers si puede ser obra fácil la de apoyar un gobierno en uno de esos partidos (que sin duda serán el conservador, el reaccionario ó el clerical), cuando en el otro están casi toda la poblacion y todos los adjudicatarios de los bienes del clero.

Da tristeza ver cuán erróneo es el concepto que de México se forman en Europa, y no se concibe cómo Mr. Thiers se haya aventurado á decir que casi toda la poblacion está en México de parte de Juarez!—Este es un error de tanto bulto que no necesita refutacion.

Los adjudicatarios de alguna importancia de los bienes del clero, son casi todos estranjeros que han entrado en esa clase de negocios por las pingües ventajas que en ello encontraban. El temor de que con la caida del gobierno de Juarez se frustraran sus esperanzas de gran lucro, los hacia acérrimos partidarios de su administracion, y contribuyeron no poco, por sus relaciones en Europa y en los Estados-Unidos, y sobre todo en Francia, á que se formaran fuera de México una idea muy equivocada de las cosas de nuestro país. Los nombres que daban á los partidos influia tambien en apoyo de sus aserciones, pues con llamar liberal á los demagogos y reaccionarios á los hombres de órden, era presentar ya juzgada la cuestion ante un público que ignora el ningun significado que aquí tienen esas espresiones y que las interpreta segun el sentido que les dan en Europa.

Los mexicanos que han entrado por especulacion en el negocio de adjudicarse bienes del clero, son muy contados, y es tan liviano el peso con que puedan gravitar en la balanza, que no darán mas valor al partido á que se arrimen, que el que da un cero á la izquierda de cualquiera cantidad.

Pero en este mismo argumento del influjo que cree Mr. Thiers que tienen los adjudicatarios de los bienes del clero, se descubre de una manera palmaria el orígen de los informes en que se ha inspirado para coordinar su discurso. Despues veremos confirmado este aserto.

Una cosa podemos asegurar sobre este punto, y es que los adquiridores de los bienes del clero serán siempre partidarios muy decididos del gobierno que les garantice sus adjudicaciones, sea monárquico ó republicano.

Luego viene, en el órden de sucesion que el mismo Mr. Thiers ha seguido en su discurso, la duda de que llegue á realizarse aquí lo que llama *el hermoso ensueño* de los mexicanos, el restablecimiento de la monarquía; porque hemos adquirido los malos hábitos, no los buenos, de la república, y porque el príncipe que hemos elegido no tiene *clientela* en el país.

Al comenzar su discurso, dijo M. Thiers que se habia rodeado de todos los informes que pueden proporcionar la ciencia, la política y la economía pública; pero desgraciadamente olvidó consultar los hechos de nuestra historia.

Durante el reinado de Cárlos V, conquistó Hernan Cortes el imperio de Moctezuma, y todos los grandes recuerdos históricos de los mexicanos, se refieren á la casa de Austria. Ademas, cuando en 1821 nos hicimos independientes, previmos el caso de que los príncipes españoles se negaran á venir á México, y para ese evento recurrimos á esa misma casa de Austria para encontrar en ella un monarca, que viniera á continuar aquí la grande obra de civilizacion comenzada por su ilustre abuelo, que dió su nombre al siglo en que viviera. Las desgracias de aquellos tiempos hicieron torcer el curso natural de los acontecimientos, y en vez de monarquía tuvimos república. Mr. Thiers lo ha dicho, y nosotros lo repetiremos sin ningun inconveniente, porque es la verdad: de la república no hemos adquirido mas que los malos hábitos; y precisamente por eso es que, aleccionados hoy por una triste esperiencia, nos queremos constituir en monarquía.

Si en vez de los malos hábitos hubiéramos adquirido los buenos, nadie habria pensado en dejar de ser republicano; pero como no estábamos educados para regirnos bajo esa forma de gobierno, solo hemos encontrado en ella desgracias sin cuento, que han convertido á la monarquía á todos los republicanos que desean verdaderamente la felicidad de la patria; con lo que se ha formado una numerosísima *clientela*, para usar la espresion de Mr. Thiers, á nuestro emperador Maximiliano I, que será en México el sucesor de Cárlos V, el ancla fuerte que, afianzada en el sólido fondo de nuestras ricas tradiciones, de nuestros mas nobles recuerdos históricos, enlace de una manera indisoluble nuestro pasado lleno de gloria con nuestro porvenir lleno de esperanzas.

Otra de las aserciones erróneas que se advierte en el discurso de Mr. Thiers es la de decir, para defender á Juarez y á su administracion, que la ley de suspension de pagos de 17 de Julio de 1861, se dió por el congreso, *malgré le président Juarez, malgré le ministère*, contra la voluntad del presidente Juarez y de su ministerio!

En el párrafo VII, pág. 53, hemos dicho ya lo que hubo en este particular, importando poco para la verdad del hecho de que *el gobierno fué quien presentó la iniciativa* de esa ley, que se valiera de este ó de aquel medio para lograr que pasara en el congreso. Nada mas tenemos que agregar ahora, sino que todos los informes que le han dado á Mr. Thiers adolecen del mismo defecto, están marcados con el mismo sello de falsedad.

Con respecto á las manifestaciones hechas á Mr. de Saligny por el gobierno de Juarez relativas á los pasos que habia dado *para prevenir este accidente* (así llama Mr. Thiers á la ley de suspension de pagos), y á la promesa de *hacer grandes esfuerzos* para conseguir del congreso su derogacion, son cosas

tan nuevas para los mexicanos, que las hemos venido á saber por el discurso del orador francés. El proyecto de ley para "derogar las disposiciones de la del 17 de Julio que se referian á las convenciones diplomáticas y á la deuda contraida en Lóndres," se discutió en el congreso en la sesion del dia 23 de Noviembre, en virtud de una iniciativa de varios diputados, y fué aprobada por 63 votos contra 34, cuando ya se sabian los preparativos que se estaban haciendo en la Habana, y que se aguardaban de un momento á otro las tropas españolas, que al fin llegaron el 8 de Diciembre á Veracruz.

Esta derogacion tuvo la misma causa que la ley de amnistía que se dió algunos dias despues: el miedo que inspiraba la intervencion.

Estraña Mr. Thiers que despues de llegadas las tropas interventoras, los monarquistas en México no se hubiesen pronunciado contra Juarez. Ya hemos indicado cómo se trató en aquella época de hacer creer al pueblo mexicano que los españoles nos venian á conquistar de nuevo, y cómo se escitaban las pasiones contra los antiguos dominadores de la América. Esta circunstancia hubiera influido poco, en verdad, en las determinaciones de los mexicanos que comprenden muy bien la imposibilidad de una reconquista; pero vino á agregarse un incidente inesperado que á todos nos heló la sangre en el corazon y nos hizo perder la esperanza. Este malhadado incidente fué el desconcierto que reinaba entre los gefes de las fuerzas interventoras. En vista de tamaña desgracia, era muy natural que pensáramos que si ellos no podian ponerse de acuerdo entre sí, mal nos podrian poner á nosotros. De suerte que al echarnos en cara nuestra inaccion, nos hacen responsables de culpas ajenas.

Aquí pudiéramos decir lo que ya hemos manifestado respecto á la ley draconiana de 25 de Enero, que nos ponia una mordaza en la boca y despues se apoyaban sus autores en el silencio forzoso que guardábamos, para negar que habia partido monárquico en México. De la propia manera en el desacuerdo de los gefes de la intervencion, que no era mas que el reflejo de la falta de unidad que habia habido en la celebracion del tratado de 31 de Octubre de 1861 entre las potencias que representaban, lo que no era por cierto una garantía suficiente para que los mexicanos que deseaban salir de la triste situacion en que se encontraba la república, se aventurasen á tomar la iniciativa en un movimiento de tanta trascendencia como el que se esperaba de nosotros; esos gefes se apoyaban en la inaccion que su estraña conducta nos obligaba á guardar, para decir que no habia partido monárquico en México, y eso mismo lo repite Mr. Thiers en la tribuna francesa, seis meses despues que hemos proclamado el imperio!...

Entre los cargos erróneos que hace Mr. Thiers á México, figura tambien

el de que son tan exageradas las noticias que sobre su fertilidad se han propalado en Europa, que ni el algodon se produce con las ventajas que le atribuyen. Se apoya para decir esto en informes de personas competentes, entre las cuales hay una que salió del país con el carácter de agente de Juarez!

Para que se vea hasta qué estremo ciega el espíritu de partido á los hombres, bastará decir que le han hecho creer al avisado y perspicaz orador de la oposicion, que solo en las costas del Seno Mexicano es donde se puede cultivar el algodon, y que de cinco cosechas se pierden dos ó tres, *porque las lluvias del mes de Marzo atacan el fruto en el momento de abrirse el capullo!*

¡Hasta el órden inmutable de la naturaleza pretenden trastornar para favorecer á la desacreditada administracion de Juarez y para influir en contra de la intervencion! Decir que *las lluvias de Marzo* en México atacan el algodon al abrirse los capullos, es lo mismo que asegurar que los rigores del frio de Agosto hielan el Sena en Francia.

Esta es la única contestacion que podemos dar á tamaño despropósito.

Por lo que respecta á los lugares donde se produce el algodon en México, ya hemos visto, pues de intento lo pusimos en el párrafo IV, páginas 23 y 24, que se produce en quince Estados que miden 71,697 leguas cuadradas y que están situados en el interior del país, y en las costas del Golfo y del Pacífico. Hemos visto tambien que en Yucatan, por ejemplo, un *mecate* produce 100 libras de algodon en bruto. Vamos ahora á lo que equivale esa produccion y lo que cuesta. El *mecate* es una medida yucateca que reducida á metros, comprende un paño de tierra de 404 ½ metros cuadrados; es decir, que la hectárea le contiene 24,72 veces. El costo de su cultivo no pasa de seis reales. Su rendimiento anual varia de 32 á 160 libras castellanas de algodon en bruto, segun es malo ó bueno el año, debiendo advertir que el año comun se encuentra en la mitad de los de mayor produccion. De suerte que en años de esterilidad produce la hectárea en Yucatan 791 libras de algodon en bruto, ó sean, á razon de 459ᵍ4 por libra, 363 kilógramos; y en años de bonanza, 3,955 libras, ó sean 1,817 kilógramos: produccion que da, por término medio 1,090 kilógramos; cuando la Florida, que es el Estado que menos produce en los Estados-Unidos, rinde 283, y Tejas, que es el Estado mas fértil, no pasa de 849 kilógramos. Por manera que Yucatan produce 28,38 por 100 mas que Tejas y 200 por 100 mas que la Florida!—En los Estados-Unidos es difícil averiguar lo que cuesta el cultivo de una hectárea sembrada de algodon, porque empleando esclavos en la labranza de la tierra, los cálculos están sujetos á variaciones que no siempre pueden apreciarse bien para formar un cómputo exacto. En Yucatan, segun los datos que preceden, cuesta el cultivo de un *mecate* 75 centavos de peso, lo que da por una

hectárea $ 18,54; por donde vemos que un kilógramo de algodon en bruto, siendo el rendimiento de la hectárea 1,090 kilógramos, cuesta, por término medio en el lugar de la produccion, $0,01 $\frac{7}{10}$. ¡Un centavo de peso y siete décimos de centavo el kilógramo!

¿Dónde se produce mas barato?....

Por consiguiente, no solo es inexacto el dicho de Mr. Thiers, sino que en México hay comarcas donde se produce el algodon en cantidad y en baratura tales, que no conocemos ningun país del mundo mas favorecido por la naturaleza.

En abono de esta verdad, podemos decir tambien que hay terrenos en los que á veces produce el trigo mas de 200 por 1, y otros en los que se dan en un mismo año tres cosechas consecutivas de distintos frutos, sin que por eso parezca despues cansada la tierra, como si su fertilidad fuera inagotable.

No insistiremos mas sobre este particular, y pasaremos á ocuparnos en el último punto que sirve de epílogo al discurso del célebre orador de la oposicion.

Propone Mr. Thiers que para salvar los intereses de la Francia, ya que su honor militar quedó limpio del descalabro de Puebla con la toma posterior de esta ciudad, se trate al príncipe Maximiliano en tales términos, que rehuse venir á México, en cuyo caso se podria volver á entrar en arreglos con Juarez; y usando sus mismas palabras para no hacerle perder nada del sello que las caracteriza, diremos en frances: *revenir à ce président; peu séduisant, sans dante, à ce président Juarez qui est à la tête....*

Y no pudo acabar el orador por las numerosas interrupciones y reclamaciones del cuerpo legislativo que ahógaron su voz.

Igual reprobacion encontró una idea tan poco cuerda en toda la prensa periódica, sin distincion de color político, y hasta parece que el mismo Mr. Thiers ha ciado en su pretension al ver lo mal que se recibió en Francia. Cuando leímos aquí su discurso, llegaban tambien á nuestra noticia los sucesos de Monterey, en los que aparecia Juarez huyendo de la última capital de Estado en que creyó encontrar segura hospitalidad, antes de pasar á las orillas anglo-americanas del rio Bravo del Norte; y el efecto que esta coincidencia produjo, fué el de hacer asomar á nuestros labios una triste sonrisa, porque comprendimos que cuando un escritor tan eminente como el ilustre historiador del cuarto de siglo mas lleno de grandes acontecimientos que pueda presentar la vida de un pueblo, se engaña tan fácilmente sobre los asuntos de México, poco debiamos esperar de los que no tienen su tacto político ni su hábito de escudriñar la verdad en los dichos de los hombres y en las aseveraciones contradictorias de los documentos históricos.

Pero en esta proposicion de Mr. Thiers se revelan mas claramente que en ninguna otra circunstancia, las influencias juaristas que le han rodeado, creyendo él sin duda al hacerla, que seguia un buen camino, guiado en su carrera por esas luces falaces que le conducian al precipicio del error; á la manera que los navegantes de la edad média iban á estrellarse en los escollos de las costas, engañados por los fuegos que insidiosamente encendian los mismos lemanes, para disfrutar despues de los beneficios del naufragio.

Tanto Mr. Thiers como Mr. Favre, que es el orador del partido republicano en el cuerpo legislativo, insisten en repetir que los emigrados mexicanos engañaron al gobierno francés en 1861, haciendo creer que en cuanto se presentara la intervencion en las playas de México, todo el país se levantaria en su favor. No hubo engaño de parte de los emigrados mexicanos. Todo el país se hubiera levantado, en efecto, si los gefes que mandaban las fuerzas interventoras hubieran observado una conducta en la cual hubiésemos visto nosotros la unidad y la armonía necesarias para inspirar confianza en su intencion. La deplorable escision de dichos gefes y los artículos del periódico que se publicaba en el campo de la intervencion bajo las inspiraciones del general Prim, artículos que todos eran contrarios al pensamiento de restablecer la monarquía en México, nos hicieron creer que la intervencion no venia con miras favorables á nuestras ideas, y ahogaron en nuestra garganta la espresion de los deseos mas sinceros en su favor, así como nos ataron los brazos en la accion, porque nadie se hubiera arriesgado á pronunciarse por la monarquía cuando el gefe principal de las fuerzas interventoras le hacia la guerra públicamente en su periódico. No hay pues justicia en acusarnos por nuestra inaccion, ni en acusar á los mexicanos emigrados, porque ellos no engañaron á nadie. Toda la desgracia consistió en el desacuerdo que sobrevino entre los gefes plenipotenciarios de las tres naciones. Desde la llegada de las fuerzas españolas, que se adelantaron á las francesas y á las inglesas, comprendimos aquí que habia algo mal combinado que comenzó á hacernos temer por el buen éxito de la intervencion colectiva de las tres grandes potencias occidentales de Europa. Todos estos desgraciados accidentes, y otros muy graves que sobrevinieron, en un todo opuestos al pensamiento de la intervencion, hasta ser una negacion de ella, como los convenios de la Soledad, dieron al gobierno de Juarez tiempo sobrado para prepararse á la defensa y para imponer silencio á la mas insignificante manifestacion de deseos en favor de la monarquía: la catástrofe del odioso fusilamiento del apreciabilísimo general Robles, ejecutado casi á la vista de los ejércitos aliados, prueba hasta la evidencia la terrible sujecion en que nos tenian.

Confunde Mr. J. Favre los hechos de una manera censurable para descar-

gar su cólera republicana sobre el general Márquez, diciendo que la ocupacion de los $ 600,000 *pertenecientes á la legacion inglesa*, fué causa de que le encerraran en una prision. Ni los $ 600,000 pertenecian á la legacion inglesa, ni el general Márquez fué reducido á prision por ese hecho.—Así se tergiversan las cosas, cuando no se lleva mas mira que la de acusar, ó la de favorecer á un partido que creen que es en México igual al que uno sostiene en Europa.

A un cargo tan poco meditado, contesta el general Márquez con su gloriosa defensa de Morelia.

Dice tambien Mr. J. Favre que con motivo de no sabemos qué declaracion del Illmo. Sr. Arzobispo de México, *fué necesario recurrir á los cañones para hacer abrir las puertas de la catedral á los soldados franceses.* Y despues esclama: *He aquí cómo hemos restablecido el órden en México.*

En presencia de engaños de tal magnitud, no podemos sino repetir lo que ya hemos dicho respecto de Mr. Thiers, que nos causa una verdadera pesadumbre contemplar la ligereza con que acoge un espíritu de exagerada oposicion, las suposiciones mas absurdas remitidas á Francia de México por los enemigos de México y de Francia, y que la fácil credulidad del partidario acepta sin crítica ni cordura como verdades inconcusas.

Compárense estos engaños con los que se atribuyen á los emigrados mexicanos, y saque el hombre sensato la consecuencia que resulte de la comparacion.

Lo mismo podemos decir de la resistencia que ve Mr. J. Favre que hacen por todas partes los demagogos. Nosotros aquí, en el teatro de los acontecimientos, no vemos mas que hechos parecidos al siguiente, que tomamos de un parte dado por el general L'Heriller, que es uno de los gefes mas acreditados del ejército francés.—Dice así:

"El 25 de este mes, á las cinco de la mañana, una partida de quinientos hombres con dos piezas de artillería han sorprendido y asaltado la hacienda de Mal Paso, situada á cinco leguas de Zacatecas, sobre el camino de Villanueva. Los valientes habitantes de esta hacienda, sorprendidos por este ataque injustificable, lejos de acobardarse por el número de asaltantes, se han resistido vigorosamente sosteniendo un fuego bien dirigido, durante seis horas consecutivas, sin que los enemigos, que cometieron toda clase de atrocidades en los alrededores de la hacienda, pudiesen lograr entrar en ella. Cuando los auxilios, enviados violentamente de Zacatecas, llegaron, el enemigo, cansado de una resistencia tan tenaz, y habiendo consumido todas sus municiones, se habia retirado ya á Jerez, Villanueva y Ciénega, profiriendo amenazas de volver, y que se vengaria cruelmente. Sin embargo, la brillante defensa de Mal Paso fué muy costosa á sus desgraciados habitantes, que cuenta una pérdida de doce heridos y vein-

tidos muertos, entre los cuales hay ancianos, mujeres y niños cobardemente asesinados. Este acto de barbarie debia vengarse muy pronto. El capitan Crain Villers del primer batallon de Cazadores á pié, con una compañía del mismo cuerpo, un peloton de Cazadores de Africa, y cincuenta dragones mexicanos, mandados por el mayor Mena, salieron á las diez de la noche de Mal Paso y llegaron á Jerez al rayar el dia. Tomar la villa y sorprender á los bandidos que dormian en sus cuarteles, fué asunto de un cuarto de hora; y todos los que se encontraron con las bayonetas de nuestros cazadores, fueron pasados por las armas sin piedad, porque aun se hallaban poseidos de la indignacion que les habia causado la vista de tantas víctimas inocentes. El enemigo ha tenido sobre cien hombres muertos y cuarenta heridos: se le han hecho sesenta y dos prisioneros, y se le tomaron sesenta caballos, dos piezas de artillería y tres carros cargados con toda clase de armas, etc., etc.

"Entre los prisioneros se encontraban, el teniente coronel Rafael Medina, el comandante de escuadron Ignacio Arteaga, el teniente Juan Espinosa, el subteniente Vicente Valadez, el gefe de guerrilla Benito Calera, y en fin, D. José María Chavez, antiguo gobernador político de Aguascalientes: Rafael Medina, Ignacio Arteaga, Juan Espinosa, Vicente Valadez y Benito Calera, convictos de pertenecer á una cuadrilla de asesinos, fueron inmediatamente fusilados en Jerez

"En cuanto á Chavez, habiendo recibido dos heridas de lanza al tiempo de intentar la fuga, en este momento se está juzgando en compañía de sus cómplices, por la Corte marcial de Zacatecas, y si ésta los condena á muerte, serán pasados por las armas á las veinticuatro horas, en la plaza pública de Mal Paso.

"En esa misma noche, el comandante Gautrelet, del 2º de Zuavos, sorprendió la hacienda del Mezquite, á siete leguas del Fresnillo: ha hecho diez prisioneros, tomado dos cañones, una gran cantidad de armas y caballos, etc., etc., dispersándose la guerrilla é internándose en la Sierra.

"En fin, el 26, el guerrillero Sotero Delgado fué reconocido como espía, y condenado por la Corte marcial del Fresnillo, ha sido ejecutado en la plaza de la Alameda.

"Que todos estos ejemplos de severidad no atemoricen las poblaciones, sino al contrario, que ellos las animen.

"El ataque de Mal Paso ha sido un verdadero acto de vandalismo; y la heróica defensa hecha por los sirvientes de la misma hacienda, prueban que los esfuerzos de los bandidos serán inútiles, siempre que los hombres honrados quieran unirse y armarse en defensa de sus hogares.

"El atrevido golpe de mano del capitan Crain Villers, sobre Jerez, prueba tambien á las poblaciones, que siempre podrán contar con la generosa proteccion de las tropas francesas que jamas han hecho la guerra, ni á los ancianos, ni á las mujeres, ni á los niños, pues solamente persiguen encarnizadamente á los asesinos y ladrones.

"Que los buenos y los débiles tengan confianza; pero que tiemblen ó se sometan los malvados.

"Aguascalientes, 30 de Marzo de 1864.—El general comandante de la 1ª brigada de la 2ª division, *E. L'Heriller.*"

Pero puede muy bien suceder que pongan en duda la veracidad de este parte, si algun desconocido demagogo le atribuye á exageraciones de partido.

Entre los miembros de la oposicion que firmaron la enmienda al proyecto de contestacion al discurso de la corona, está Mr. Guéroult, quien despues echó agua en su vaso de vino, como dicen en su tierra, manifestando que no deseaba que las tropas francesas se retirasen *inmediatamente* de México.—Recordamos este suceso, porque cuando menos prueba la ligereza con que procede el orador en sus determinaciones.

Pues bien, Mr. Guéroult se autoriza, para hablar de las cosas de México, con el precedente de haber residido cuatro años en nuestro país; lo que en efecto es una circunstancia que debiera dar peso á sus palabras.

Mr. A. Guéroult comenzó su vida política siendo sansimoniano, despues aceptó el consulado francés en Mazatlan que le ofreció Mr. Guizot, siendo ministro de Luis Felipe; de allí pasó, con el mismo carácter, á Jassy, donde le alcanzó la revolucion de 48, que le separó de su destino, y de regreso en París, se filió entre los partidarios de la república democrática y social. De suerte que podemos considerar á Mr. Guéroult como el orador del partido socialista en el cuerpo legislativo.—Veamos cómo se espresa.

Lo mismo que sus compañeros de la oposicion, sabiendo el influjo que en Francia ejerce en la opinion pública la calificacion de clerical, se empeña Mr. Guéroult en llamar al partido favorable á la intervencion francesa en México, con ese nombre desacreditado en Europa. Ya hemos hecho notar varias veces la inexactitud de semejante calificacion, que rechazamos aplicada á nuestro partido, al que los puros han nombrado siempre conservador, y que en estos últimos tiempos, cuando han querido buscar prosélitos en Europa, han llamado *reaccionario*, y que ahora denomina *clerical* la oposicion en Francia, para dar cierta popularidad al partido de los juaristas, popularidad que de otro modo nunca hubiera alcanzado.

Ignoramos cómo habrá estudiado nuestro país Mr. Guéroult, durante los cuatro años que nos honró con su presencia aquí; pero mal concepto nos formariamos de su criterio y perspicacia, si debiéramos juzgar al hombre por la idea que emite de que, permaneciendo en México la intervencion francesa uno ó dos siglos y gastando ciento cincuenta millones por año, entonces *tal vez* (peut-être) lograria la Francia algun resultado.—¡Ese adverbio dubitativo vale lo que pesa despues de los dos siglos que le preceden, y sobre todo despues de los treinta mil millones que gastaria la Francia!

¿Qué se puede contestar á semejante cargo?...

Dice tambien Mr. Guéroult que la espedicion francesa es una *expédition manquée*, y que solo poseemos la vigésima parte del país.

Esta asercion seria en todo exacta, cambiando tan solo su aplicacion, y diciendo que la empresa política de Juarez, presentándose á la faz del mundo como el representante de la legalidad en México y como contrario de la intervencion francesa, es una *entreprise manquée*, y que no ocupa ni siquiera la vigésima parte del territorio del imperio. Esta sí es la verdad.

Cerraremos esta ingrata tarea de rectificar errores de hombres tan eminentes, con los del venerable Mr. Berryer, gefe constante del partido legitimista en Francia.

Tanto este respetable anciano como otros oradores de la oposicion, han comparado la empresa política de Francia en México á la conquista y colonizacion de Argel, para buscar en una paridad que no existe, argumentos en contra de la mision que la Francia ha venido á cumplir en México, por los sacrificios que hace en la Argelía para establecer allí su autoridad.

Aquí no ha venido la Francia á conquistar, ni á imponer su autoridad: el establecimiento de un imperio en México es la prueba mas evidente del error en que se incurre al hacer el parangon.

Aludiendo despues á los Estados-Unidos, recuerda Mr. Berryer que, por antiguas tradiciones, ha sido siempre partidario de su engrandecimiento, creyendo en su honradez y buena fe, que en circunstancias graves la Francia encontraria en ellos un auxiliar poderoso!

Esta es una opinion personal que respetamos porque parte de un hombre de bien, que ha sido siempre fiel á sus convicciones; pero de la que no podemos participar por el conocimiento que tenemos de los Estados-Unidos; y de esto no hubiéramos hecho mérito, si despues no dijera el ilustre decano del foro francés, que en la conducta que la Francia ha observado en la espedicion de México, hay una ofensa contra ellos. La ofensa es la de haberse formado en México un imperio.

La doctrina Monroe, tan ofensiva para la Europa, ha encontrado una voz que la defienda en el parlamento francés!

Precisamente el gran mérito que para nosotros tenia, con respecto á Europa, la intervencion europea en América, era dar al traste con semejante doctrina, que no es solamente ofensiva, sino injuriosa para Europa.

Mas para que se vea cuán poco empeño hay por allá en informarse de las cosas de por acá, haremos notar un pequeño error geográfico que se le escapó sin duda en la improvisacion á Mr. Berryer, cuando dijo que los ingleses poseen *una parte de Jamaica;* pues es bien sabido que hace muchos años que le quitaron á España por completo esa hermosa isla. Despues agrega que como los ingleses son tan suspicaces, no verán nunca con gusto que aquí se

levante una potencia que pueda comprometer los intereses británicos en estas regiones.

Esto se parece al temor que le atribuyen al general Prim del futuro engrandecimiento de México, por el peligro que amenazaria á las colonias españolas.

Pero es cosa curiosa comparar los argumentos de la oposicion.

Por un lado tenemos hombres tan autorizados, como que conocen el país por una residencia de cuatro años, que no creen que México pueda recompensar los sacrificios que en favor de su regeneracion hace la Francia, ni de aquí á doscientos años; y por el otro tenemos tambien hombres no menos autorizados por su ciencia y larga esperiencia, que temen que la Inglaterra no vea con agrado nuestra regeneracion, porque entonces peligrarian, por el engrandecimiento de nuestro poder, sus colonias de América. ¿A qué debemos atenernos?... ¿Al fin seremos ó no seremos?—Para no intrincarnos en esta cuestion, que resolverá el porvenir sin duda ninguna de una manera gloriosa para la Francia y para México, y ventajosa para la humanidad entera, dejaremos que mientras tanto la discutan entre sí Mr. Guéroult y Mr. Berryer.

Pero se nos ocurre preguntar: ¿En dónde encontrará la Francia, en momentos de conflicto, una adhesion mas leal y mas *interesada* y *desinteresada* al mismo tiempo; en la *monarquía* mexicana que la deberá todo lo que sea, ó en la *república* anglo-americana que ya en cuestiones importantes ha olvidado lo que la debe? ¿En dónde encontrará un auxiliar mas seguro, en el imperio mexicano, que quiere enlazar sus destinos con los de la Europa monárquica, ó en la república anglo-americana que quiere escluir á la Europa de toda ingerencia en los asuntos de América?....

Hay algunos problemas que con solo esponerlos quedan resueltos, y este es uno de ellos.

XII.

Ya hemos llegado al término de nuestra tarea. Poco nos queda que decir; pero antes de terminar nos debemos á nosotros mismos hacer una declaracion; cual es: que en lo que escribimos, guardamos siempre el mas profundo respeto á nuestra independencia como escritores; que podemos errar en nuestros juicios, pero que no nos desviamos nunca á sabiendas del recto camino de la verdad; y que si no siempre decimos todo lo que pensamos y sabemos, porque en asuntos delicados las circunstancias acon-

sejen la discrecion, nunca, jamas, ni por vanidad, ni por cálculo, ni por condescendencia, ni por miedo, hemos dicho lo que no pensábamos. Y mientras tengamos en la mano una pluma, ninguna consideracion humana nos hará cambiar de conducta.

La responsabilidad, pues, de este escrito es toda nuestra. Nadie ha influido en su composicion, ni con advertencias, ni con indicaciones, ni con inspiraciones ni consejos. A medida que escribiamos, iban á la prensa, todavía fresca la tinta, las hojas que llenábamos. Por eso acaso habrá sacado este trabajo mas defectos de los que hubiéramos deseado que tuviera.

En él nos hemos empeñado en demostrar que, por consecuencia del desconcierto y de la desorganizacion social en que habiamos caido, por causa de nuestras interminables revoluciones, y con motivo de las pretensiones invasoras de la colosal república de los Estados-Unidos, se hacia indispensable una intervencion en México de las potencias europeas mas directamente interesadas en nuestra existencia como nacion soberana é independiente; porque nosotros por nosotros mismos, no hubiéramos llegado nunca á consolidar un órden de cosas estable y duradero en el país. Las potencias á las que mas les conviene nuestra regeneracion y engrandecimiento, son Inglaterra, Francia y España, por los intereses que representan en América, intereses que deben estar mancomunados con los de México en esta grave cuestion.

Tambien nos hemos esforzado en probar que la intervencion hubiera sido una cosa sin sentido, si no tuviera por resultado el restablecimiento de la monarquía en México; porqu econ nuestros malos hábitos republicanos, se hubiera hecho indispensable la ocupacion perenne del país por fuerzas estranjeras para conservar el órden, perspectiva que nadie hubiera aceptado voluntariamente; al paso que la estabilidad que en sí tiene la institucion monárquica que hemos adoptado con gusto, es una seguridad de nuestra independencia, y una garantía para el porvenir de los intereses que ligan á las tres grandes potencias occidentales de Europa con México en la importantísima cuestion de América.

Y sin embargo, esta intervencion que repetidas veces hemos llamado providencial, y que la Francia, para su mayor gloria, ha llevado sola al cabo, ha encontrado una oposicion de partido en donde no debia hallar mas que aprobacion y aplauso. Políticos mal aconsejados, en efecto, han querido reducir esta trascendentalísima cuestion á las mezquinas proporciones de una especulacion de mercader, y cuentan los francos que cuesta como si la Francia caminara á una bancarota por los fondos que adelanta en la empresa. Tengan por seguro los hombres que tanto temen esos adelantos, que pron-

to serán reembolsados, y con usura, por los beneficios inmensos que redundarán en provecho de la Francia por su comercio con México.

Los cuatro partidos que son contrarios al imperio de Napoleon, se hallan representados en el cuerpo legislativo por cuatro de sus jefes parlamentarios.

Esos cuatro partidos son:

El Socialista,
El Republicano,
El Orleanista,
El Legitimista.

El primero lo representa Mr. A. Guéroult.
El segundo, Mr. J. Favre.
El tercero, Mr. Thiers.
El cuarto, Mr. Berryer.

Era, pues, consiguiente que la política de Napoleon III en México encontrara á esos cuatro hombres notables en los bancos de la oposicion.

Pero no por eso es mas justo su comportamiento.

Los falsos informes que los han inducido en error y en los que fundan sus argumentos, podrán tal vez alucinar á algunos incautos y causar alguna impresion en los que ignoran las cosas de México; pero de seguro que ese alucinamiento y esa impresion serán muy pasajeros, porque en cuanto se derrame sobre esos malhadados errores la luz de la verdad, se desvanecerán con sus rayos como la niebla con los del sol.

La verdad!—Ah! esa es una diosa augusta que todos invocamos y que huye de donde impera la pasion.

¡No quereis la verdad!—esclamaba Mr. Thiers en su última interrupcion con la que trató de influir en la votacion del cuerpo legislativo sobre LA CUESTION MEXICANA.

¿Y no querreis vosotros saber la verdad?—preguntaremos nosotros tambien al concluir. Oh! así será por desgracia, si sordos á la voz de la razon, si ciegos á la luz de los hechos, rechazais su evidencia por un deplorable espíritu de oposicion!

J. Rafael de Castro.